

Introducción: *DMR Consulting*. 2003
Introdução: *DMR Consulting*. 2003
Introduzione: *DMR Consulting*. 2003
Einleitung: *DMR Consulting*. 2003
Introduction: *DMR Consulting*. 2003

Traducción a español de Juan Campbell. 2003
Traduzione italiana a cura di Idiomas Nuevo Mundo. 2003
Übersetzung ins Deutsche Maralde Meyer-Minnemann. 2003
Translation to English by Margaret Jull Costa. 2003

Ilustraciones de Francisco Solé. 2003
Ilustrações por Francisco Solé. 2003
Illustrazioni di Francisco Solé. 2003
Illustrationen Francisco Solé. 2003
Illustrations by Francisco Solé. 2003

EL CAMINO DEL ARCO

<i>Unas palabras de DMR Consulting</i>	07
<i>Un relato de Paulo Coelho para DMR Consulting</i>	09

O CAMINHO DO ARCO

<i>Algumas palavras da DMR Consulting</i>	39
<i>Um relato de Paulo Coelho para a DMR Consulting</i>	41

IL CAMMINO DELL'ARCO

<i>Alcune parole da DMR Consulting</i>	71
<i>Un racconto di Paulo Coelho per DMR Consulting</i>	73

DER WEG DES BOGENS

<i>Einige Worte von DMR Consulting</i>	105
<i>Für DMR Consulting: Eine Geschichte von Paulo Coelho</i>	107

THE WAY OF THE BOW

<i>A few words from DMR Consulting</i>	139
<i>A story written by Paulo Coelho for DMR Consulting</i>	141

El regalo que hemos elegido esta Navidad es un cuento que el autor universal Paulo Coelho ha escrito en exclusiva para nuestros clientes.

“El camino del arco” cuenta la historia de Tetsuya, el mejor arquero del país, quien transmite sus enseñanzas a un niño de su aldea. El trabajo y esfuerzo diario, la superación de las dificultades, la constancia y la valentía para tomar decisiones arriesgadas son aspectos que van surgiendo a lo largo del relato.

Paulo Coelho ha sabido plasmar en estas pocas páginas muchos de los valores que inspiran nuestro día a día. Innovación, flexibilidad, adaptación al cambio, entusiasmo, trabajo en equipo, cualidades que ponemos a su disposición en un intento de perfeccionar nuestro “camino del arco”.

Como para el protagonista del relato, en *DMR Consulting* tratamos de “dar lo mejor de nosotros mismos porque sabemos que lo más importante que tenemos, somos nosotros”.

Es nuestro deseo que disfruten del relato.

Feliz Navidad

Socios *DMR Consulting*

Para todos los clientes de *DMR Consulting*, que tienen una visión de la estrategia corporativa basada en la eficiencia individual, he escrito este texto, en el que arco, flecha, blanco y arquero son parte integrante de un mismo sistema de desarrollo y desafío.

Paulo Coelho

Paulo Coelho

EL CAMINO DEL ARCO

Una oración sin objetivo es como una flecha sin arco

Un objetivo sin oración es como un arco sin flecha

Ella Wheeler Wilcox

-Tetsuya.

El chico miró asustado al extranjero.

-Nadie en esta ciudad ha visto jamás a Tetsuya con un arco en las manos -respondió-. Todos sabemos que trabaja en carpintería.

-Puede que haya desistido, que se haya acobardado; no me importa -insistió el extranjero-. Pero no puede ser considerado el mejor arquero del país si ha abandonado su arte. Por eso he hecho un viaje de tantos días: para desafiarlo y terminar con una fama que ya no merece.

El chico vio que de nada le serviría seguir discutiendo. Era mejor llevarlo hasta el carpintero para que viera con sus propios ojos que estaba engañado.

Tetsuya estaba trabajando en la oficina situada en los bajos de su casa. Se dio la vuelta para ver quién llegaba, y se le congeló la sonrisa. Sus ojos se quedaron fijos en la bolsa alargada que llevaba consigo el extranjero.

-Es exactamente lo que está pensando -dijo el recién llegado-. No he venido para humillar ni para provocar al hombre que se convirtió en una leyenda. Tan sólo quiero demostrar que, tras años y años de práctica, he conseguido llegar a la perfección.

Tetsuya respondió que tenía que volver a su trabajo: estaba terminando de colocar las patas de una mesa.

-Un hombre que sirvió de ejemplo a toda una generación, no puede desaparecer como usted desapareció -continuó el extranjero-. He seguido sus enseñanzas, he procurado respetar el camino del arco, y merezco que me vea disparar . Si lo hace, me iré por donde vine y no diré a nadie dónde se encuentra el mayor de todos los maestros.

El extranjero sacó de su bolsa un arco largo, hecho de bambú barnizado, con la empuñadura un poco más abajo del centro. Hizo una reverencia a Tetsuya,

camino hasta el jardín e hizo otra reverencia hacia un lugar determinado. Acto seguido, disparó una flecha ornamentada con plumas de águila, abrió las piernas para tener una base firme para disparar, con una mano llevó el arco hasta delante de su rostro, y con la otra colocó la flecha.

El chico miraba con una mezcla de alegría y miedo. Tetsuya, a su vez, había interrumpido su trabajo y miraba al extranjero con curiosidad.

El hombre llevó el arco –ya con la flecha sobre la cuerda- hasta el centro de su pecho. Lo levantó por encima de la cabeza y, a medida que bajaba las manos, comenzó a abrirlo.

Cuando llegó con la flecha a la altura de su rostro, el arco ya estaba completamente extendido. Por un momento que pareció durar una eternidad, arquero y arco permanecieron inmóviles. El chico miraba hacia el punto donde apuntaba la flecha, pero no veía nada.

De repente, la mano de la cuerda se abrió, el brazo fue empujado hacia atrás, el arco dibujó un elegante giro con la otra mano, y la flecha se perdió de vista para volver a aparecer a lo lejos.

-Ve y cógela –dijo Tetsuya.

El chico volvió con la flecha. Había atravesado una cereza que estaba en el suelo, a cuarenta metros de distancia.

Tetsuya hizo una reverencia al arquero, fue a un rincón de su carpintería, y cogió una especie de madera fina, de delicadas curvas, envuelta en una larga cinta de cuero. Desenrolló la cinta sin ninguna prisa y descubrió un arco semejante al del extranjero, con la diferencia de que parecía haber tenido bastante más uso.

-No tengo flechas, así que necesitaré una de las tuyas. Haré lo que me pides, pero tendrás que mantener la promesa que has hecho: jamás revelarás el nombre de la aldea donde vivo.

“Si alguien preguntara por mí, le dirás que fuiste al fin del mundo en mi busca,

hasta que descubriste que me había mordido una cobra y había muerto dos días más tarde.”

El extranjero asintió y le tendió una de sus flechas.

Apoyando en la pared uno de los extremos del largo arco de bambú, y haciendo un esfuerzo considerable, Tetsuya colocó la cuerda. A continuación, sin decir nada, salió en dirección a las montañas.

El extranjero y el chico lo acompañaron. Caminaron durante una hora hasta llegar a una hendidura entre dos rocas, por donde corría un caudaloso río. El lugar sólo se podía cruzar a través de un puente de cuerda medio podrido y a punto de caerse.

Con toda tranquilidad, Tetsuya se plantó en mitad del puente, que se balanceaba peligrosamente, hizo una reverencia a algún lugar del otro lado, armó el arco tal y como lo había hecho el extranjero, lo levantó, lo llevó hasta su pecho y disparó.

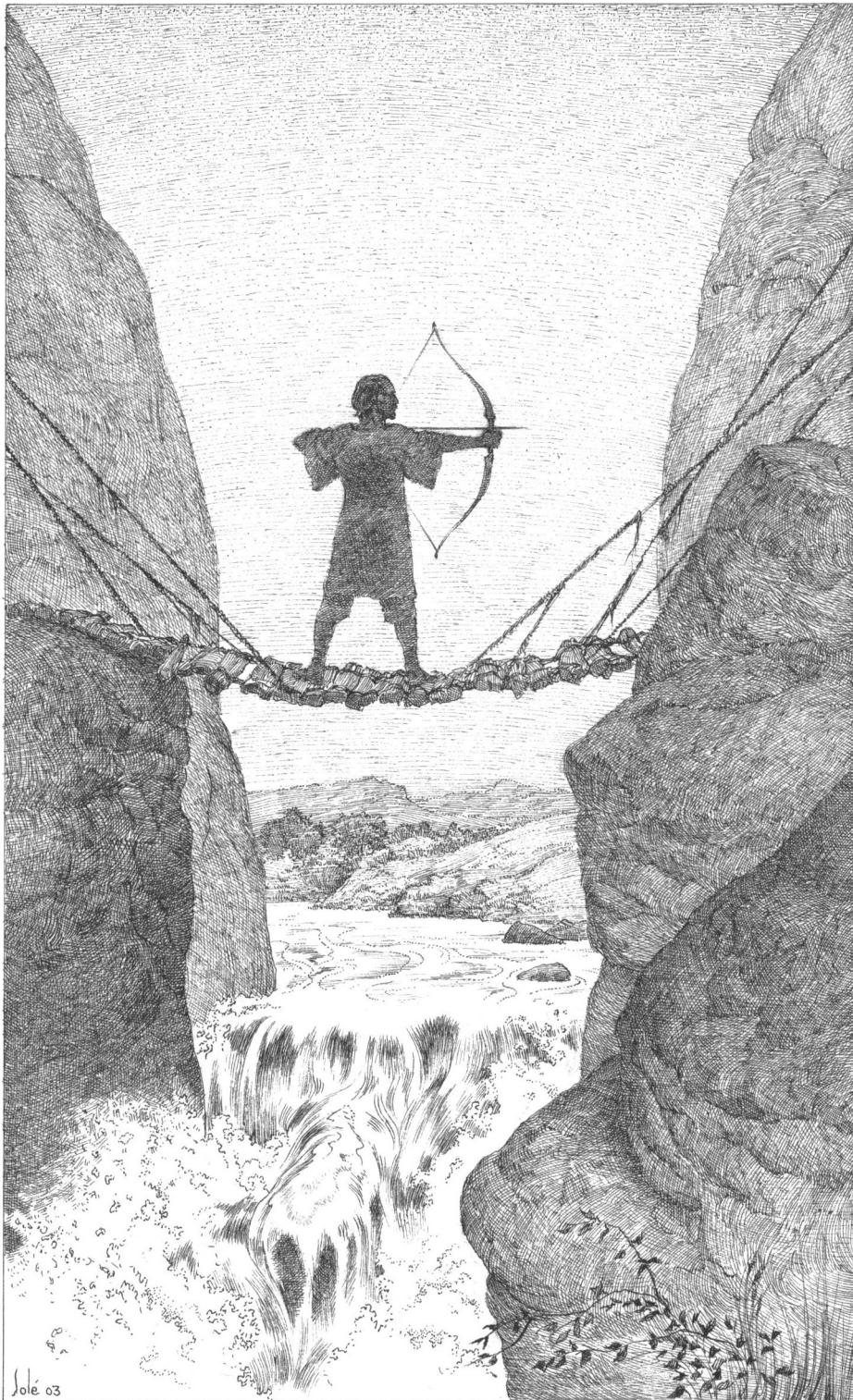
El chico y el extranjero vieron que la flecha había atravesado un melocotón maduro, que se encontraba a veinte metros del lugar.

-Tú alcanzaste una cereza, yo alcancé un melocotón –dijo Tetsuya, mientras volvía a la seguridad del margen del río-. La cereza es menor.

“Tú alcanzaste tu objetivo a cuarenta metros, y el mío estaba a la mitad de esa distancia. Estás, por lo tanto, en condiciones de repetir lo que he hecho yo. Ven aquí, ponte en mitad del puente, y haz lo mismo.”

Aterrorizado, el extranjero caminó hasta mitad del puente medio podrido, sin apartar la vista del despeñadero bajo sus pies. Hizo los mismos gestos rituales y disparó en dirección al melocotonero, pero la flecha pasó a mucha distancia. Al volver al margen, tenía la cara blanca.

-Tienes habilidad, tienes dignidad, y tienes postura –dijo Tetsuya-. Conoces bien la técnica y dominas el instrumento, pero no dominas tu mente. Sabes disparar cuando todas las circunstancias te son favorables, pero cuando estás



en un terreno peligroso, no das en el blanco. El arquero, sin embargo, no siempre puede escoger su campo de batalla, de modo que vuelve a comenzar tu entrenamiento y prepárate para situaciones desfavorables.

“Continúa en el camino del arco, pues es el recorrido de una vida. Pero aprende que un tiro correcto y certero es muy diferente a un tiro con paz en el alma.” El extranjero hizo una vez más una larga reverencia, colocó su arco y flechas en la bolsa alargada que cargaba al hombro, y partió.

En el camino de vuelta, el chico estaba exultante.

-¡Lo has humillado, Tetsuya! ¡Cómo se ve que eres el mejor!

-No debemos juzgar a las personas sin antes aprender a oírlos y respetarlos. El extranjero era un hombre bueno: no me humilló, no intentó demostrar que era mejor, aunque diera esa impresión. Quería mostrar su arte y verlo reconocido, pese a que pareciera estar desafiándome.

“Además, forma parte del camino del arco enfrentarse de vez en cuando a pruebas inesperadas, y justamente eso fue lo que el extranjero me ha permitido hacer hoy.”

-Él dijo que tú eras el mejor de todos. Yo no sabía que eras un maestro en el tiro con arco. Si es así, ¿por qué trabajas en una carpintería?

-Porque el camino del arco sirve para todo, y mi sueño era trabajar con madera. Además, un arquero que sigue este camino no necesita ni arco, ni flecha, ni blanco.

-Nunca pasa nada interesante en esta aldea, y de repente me doy cuenta de que estoy delante de un maestro en un arte por el que ya nadie se interesa –dijo el chico, con los ojos encendidos-. ¿Y qué es el camino del arco? ¿Me lo puedes enseñar?

-Enseñar no es difícil. Puedo hacerlo en menos de una hora, en cuanto lleguemos de vuelta a la aldea. Lo difícil es practicar todos los días, hasta conseguir

la precisión necesaria.

Los ojos del chico parecían implorar una respuesta afirmativa. Tetsuya caminó en silencio durante casi quince minutos. Cuando volvió a hablar, su voz parecía más joven.

-Hoy estoy contento: he honrado al hombre que, hace muchos años, me salvó la vida. Por ello, te daré todas las reglas necesarias, pero no podré hacer nada más que eso. Si entiendes lo que te estoy diciendo, podrás usar estas enseñanzas para lo que desees.

“Hace apenas unos minutos, me llamaste maestro. ¿Qué es un maestro? Yo te respondo: no es aquél que enseña algo, sino quien inspira al alumno a dar lo mejor de sí para descubrir un conocimiento que ya tiene en el alma.”

Y en cuanto hubieron bajado de la montaña, Tetsuya le explicó el camino del arco.

LOS ALIADOS

El arquero que no comparte con otros la alegría del arco y de la flecha, jamás conocerá sus propias cualidades y defectos.

Por lo tanto, antes de ponerte a buscar nada, búscate aliados: gente que se interesa por lo que estás haciendo.

No digo: “busca otros arqueros.” Digo: encuentra personas con diferentes habilidades, porque el camino del arco no es diferente de cualquier otro camino que se sigue con entusiasmo.

Tus aliados no serán necesariamente aquellas personas a quienes todos miran, ante quienes se deslumbran y de quienes afirman: “no hay nadie mejor.” Muy al contrario: serán aquéllos que no temen errar, y sin embargo yerran. Por ello, su trabajo no siempre es reconocido. Pero es esa clase de persona la que trans-

forma el mundo, la que, tras muchos errores, consigue acertar en algo que marcará un antes y un después en su comunidad.

Son personas que no pueden quedarse esperando los acontecimientos para después tomar la mejor decisión: ellos deciden a medida que actúan, aun sabiendo los riesgos que con ello corren.

Convivir con estas personas es importante para un arquero, porque éste necesita entender que, antes de colocarse frente al blanco, debe ser lo bastante libre para cambiar de dirección a medida que lleva la flecha hacia delante de su pecho. Cuando abre la mano y suelta la cuerda, debe decirse a sí mismo: “mientras abría el arco, recorrí un largo camino. Ahora suelto esta flecha con la conciencia de que he arriesgado lo suficiente y he dado lo mejor de mí.”

Los mejores aliados son aquéllos que no piensan como los demás. Por eso, cuando busques compañeros para compartir con ellos el entusiasmo del tiro, sigue tu intuición y no te dejes llevar por los comentarios ajenos. Las personas siempre juzgan a los demás poniendo como modelo sus propias limitaciones, y a veces la opinión de la comunidad está llena de prejuicios y temores.

Únete a los que experimentan, arriesgan, caen, se hieren y vuelven a arriesgar. Apártate de quienes afirman verdades, critican a quienes no piensan como ellos, jamás dan un paso sin tener la seguridad de que se les respetará por ello, y prefieren tener certezas a tener dudas.

Únete a los que se exponen y no temen ser vulnerables: ellos entienden que las personas sólo podemos mejorar cuando vemos lo que hace el prójimo, no con el fin de juzgarlo sino para admirarlo por su dedicación y coraje.

Tal vez pienses que el tiro con arco no puede interesar a un panadero o a un agricultor, pero yo te digo: ellos ven, aprenden, y ponen lo que aprenden en aquello que están haciendo. Tú harás lo mismo: aprenderás como el buen panadero a usar las manos y a saber la mezcla exacta de los ingredientes.

Aprenderás como el agricultor a tener paciencia, a trabajar duro, a respetar las

estaciones, y a no blasfemar contra las tormentas, pues ello sería una pérdida de tiempo.

Únete a los que son flexibles como la madera de tu arco y entienden las señales del camino. Son personas que no dudan en cambiar de rumbo cuando se topan con un obstáculo insalvable, o cuando vislumbran una oportunidad mejor. Tales son las cualidades del agua: pasar entre las rocas, adaptarse al curso del río y transformarse a veces en un lago hasta que la depresión está rebosando y puede seguir su curso. Porque el agua no olvida que su destino es el mar, y que tarde o temprano deberá llegar a él.

Únete a los que jamás dijeron: “se acabó, aquí me detengo”. Porque así como al invierno le sigue la primavera, nada termina: después de alcanzar tu objetivo hay que comenzar de nuevo, empleando en todo momento lo que aprendiste en el camino.

Únete a los que cantan, cuentan historias, disfrutan la vida, y tienen alegría en los ojos. Porque la alegría es contagiosa, y siempre consigue evitar que nos dejemos paralizar por la depresión, la soledad y las dificultades.

Únete a los que hacen su trabajo con entusiasmo. Pero para poder serles útil como ellos te son útiles a ti, debes saber cuáles son tus herramientas, y cómo puedes perfeccionar tus habilidades.

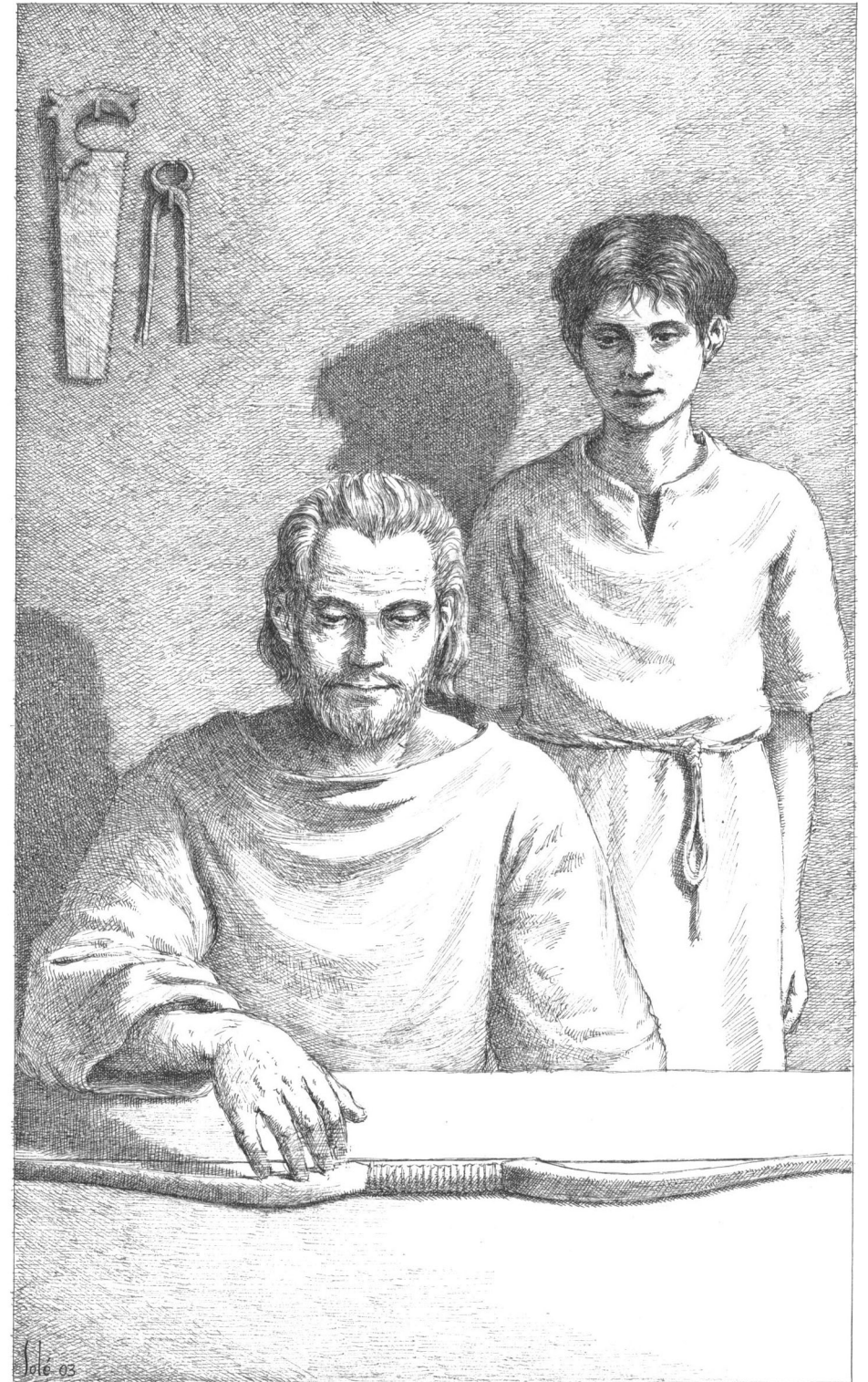
Por tanto, ha llegado el momento de conocer tu arco, tu flecha, tu blanco y tu camino.

EL ARCO

El arco es la vida: dale toda tu energía.

La flecha partirá un día.

El blanco está lejos.



Pero el arco permanecerá siempre contigo, y hay que saber cuidarlo.
Necesita períodos de inactividad: un arco siempre armado, en estado de tensión, pierde su potencia. Por tanto, déjalo que repose y recupere su firmeza. Así, cuando estires la cuerda, estará contento y con su fuerza intacta.

El arco no tiene conciencia: es un prolongamiento de la mano y el deseo del arquero. Sirve para matar o para meditar. Por ello, sé siempre claro en tus intenciones.

Un arco tiene flexibilidad, pero también tiene un límite. Un esfuerzo más allá de su capacidad lo romperá, o dejará exhausta la mano que lo sostiene. Por lo tanto, procura estar en armonía con tu instrumento y no le exijas más de lo que te puede dar.

Un arco o bien reposa o bien se tensa en la mano del arquero. Pero la mano no es sino el lugar donde se concentran todos los músculos del cuerpo, todas las intenciones del tirador, todo el esfuerzo para el tiro. Por lo tanto, para mantener con elegancia el arco abierto, haz que cada parte dé sólo lo necesario, y no disperses tus energías. De este modo, podrás disparar muchas flechas sin cansarte.

Para entender tu arco, es preciso que se convierta en parte de tu brazo y sea una extensión de tu pensamiento.

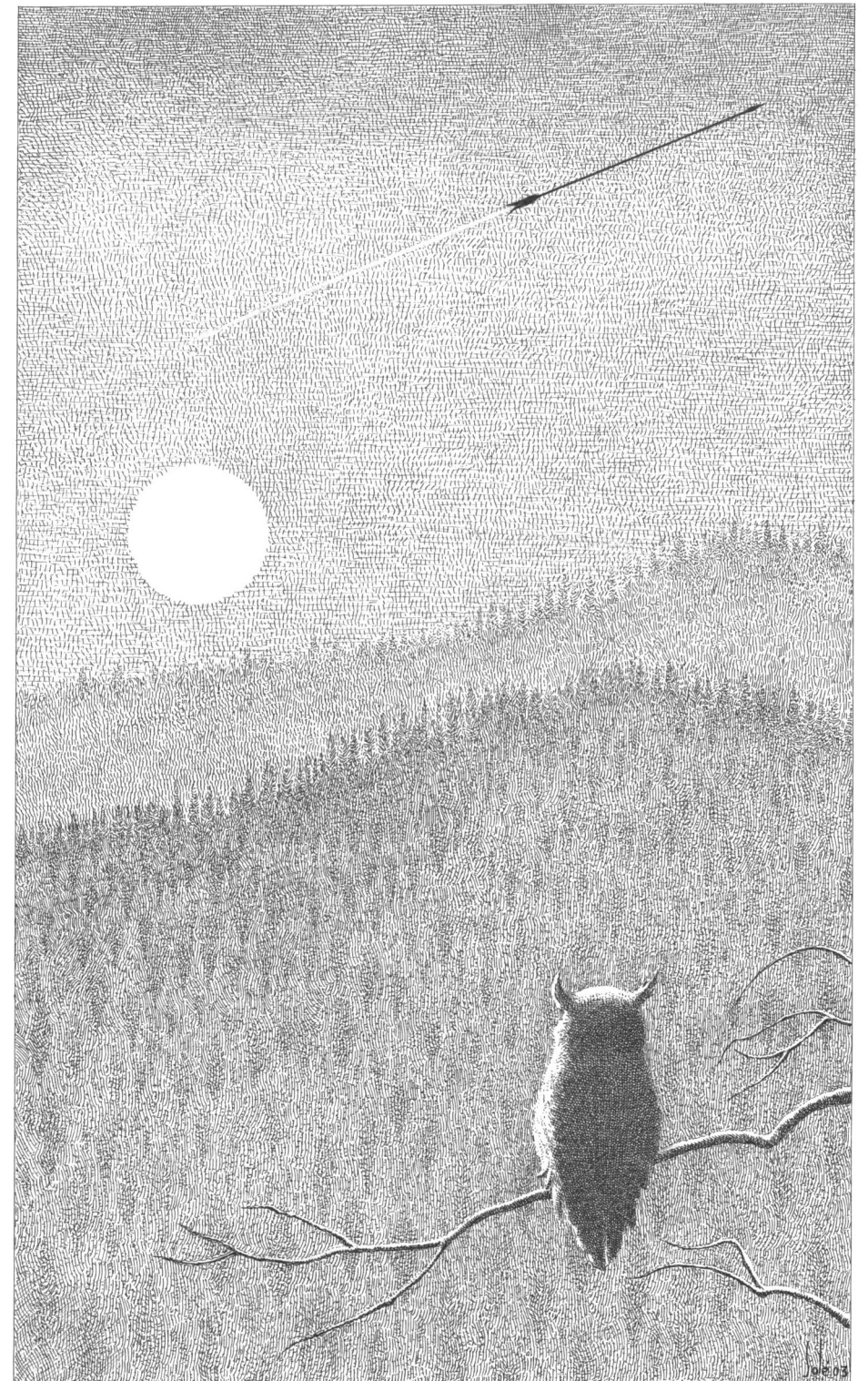
LA FLECHA

La flecha es el intento.

Es lo que une la fuerza del arco con el centro del blanco.

El intento tiene que ser cristalino, recto, bien equilibrado.

Una vez haya partido no volverá, por lo que, si los movimientos que llevaron hasta el tiro no fueron precisos y correctos, es mejor interrumpirlo que actuar



precipitadamente sólo porque el arco ya estaba tenso y el blanco, esperando. Pero jamás dejes de soltar la flecha si lo único que te detiene es el miedo a errar. Si has hecho los movimientos correctos, abre la mano y suelta la cuerda. Aunque no des en el blanco, sabrás afinar la puntería la próxima vez. Si no te arriesgas, nunca sabrás qué cambios eran necesarios. Cada flecha deja un recuerdo en tu corazón, y es la suma de estos recuerdos lo que te hará disparar cada vez mejor.

EL BLANCO

El blanco es el objetivo a alcanzar.

Fue escogido por el arquero, pero está lejos, y no podemos jamás culparlo si no lo alcanzamos. En eso reside la belleza del camino del arco: nunca puedes disculparte diciendo que el adversario era más fuerte.

Tú escogiste tu blanco y eres responsable de él.

El blanco puede ser mayor o menor, estar a la derecha o a la izquierda, pero tú siempre tienes que colocarte frente a él, respetarlo y hacer que se aproxime mentalmente. Sólo cuando se encuentre en la punta de tu flecha debes soltar la cuerda.

Si ves el blanco como enemigo, podrás quizá acertar el tiro, pero no conseguirás mejorarte en nada a ti mismo. Te pasarás la vida intentando colocar una simple flecha en el centro de una cosa de papel o madera, lo que es absolutamente inútil. Y cuando estés en compañía, te quejarás de que no haces nada interesante.

Por eso, debes escoger tu blanco, dar lo mejor de ti para alcanzarlo, y mirarlo siempre con respeto y dignidad: sé consciente de lo que significa, y de cuánto esfuerzo, entrenamiento e intuición has necesitado.

Cuando mires al blanco, no te concentres sólo en él, sino en todo lo que sucede a tu alrededor, porque la flecha, al ser disparada, se encontrará con factores con los que tú no cuentas, como el viento, el peso o la distancia.

Tienes que entender el blanco. Debes preguntarte constantemente: “si yo soy el blanco, ¿dónde estoy? ¿Cómo puedo ser alcanzado de modo que dé al arquero la honra que merece?”

Porque un blanco sólo existe en la medida en que existe el arquero. Lo que justifica su existencia es el deseo del arquero de alcanzarlo. Sin él, sería una cosa muerta, un pedazo de papel o madera al que nadie prestaría atención.

Así, de la misma manera que la flecha busca el blanco, el blanco también busca la flecha, porque es ella la que da sentido a su existencia: ya no es un pedazo de papel, sino el centro del mundo de un arquero.

LA POSTURA

Una vez se ha entendido el arco, la flecha y el blanco, hay que tener serenidad y elegancia para aprender la práctica del tiro.

La serenidad viene del corazón. Aunque muchas veces lo atormenta la inseguridad, el corazón sabe que, a través de una postura correcta, conseguirá dar lo mejor de sí.

La elegancia no es algo superficial, sino la manera que encontró el hombre para honrar la vida y el trabajo. Por eso, cuando a veces sientes que la postura te incomoda, no debes pensar que es falsa o artificial: es verdadera porque es difícil. Hace que el blanco se sienta honrado por la dignidad del arquero.

La elegancia no consiste en la postura más cómoda, sino en la más adecuada para que el tiro sea perfecto.

La elegancia se logra cuando se descarta todo lo superfluo y el arquero descu-

bre la simplicidad y la concentración: cuanto más simple y sobria sea la postura, más bella será.

La nieve es bonita porque tiene un solo color, el mar es bonito porque parece una superficie plana. Pero tanto el mar como la nieve son profundos y conocen sus cualidades.

CÓMO SUJETAR LA FLECHA

Sujetar la flecha es estar en contacto con su intención.

Hay que mirarla en toda su longitud, ver si las plumas que guían su vuelo están bien colocadas, verificar la punta y cerciorarse de que está afilada, y comprobar que está recta y no quedó curvada o dañada en un tiro anterior. La flecha, con su simplicidad y liviandad, puede parecer frágil, pero la fuerza del arquero consigue que pueda llevar consigo la energía de su cuerpo y de su mente. Cuenta la leyenda que una simple flecha fue capaz de hundir un navío: el hombre que la disparó sabía dónde se hallaba la parte más delgada de la madera, con lo que abrió un agujero que permitió que entrara el agua en la bodega sin hacer ruido y acabó así con la amenaza de invasión que pendía sobre su aldea.

La flecha es la intención que deja la mano del arquero y parte en dirección al blanco. Por lo tanto, es libre en su vuelo, y seguirá el camino que le fue destinado en el momento del tiro.

Será tocada por el viento y por la gravedad, pero eso es parte de su recorrido: una hoja no deja de ser hoja porque una tormenta la arranque del árbol.

Así es la intención del hombre: perfecta, recta, afilada, firme, certera. Nadie la puede detener cuando cruza el espacio que la separa de su destino.

CÓMO SUJETAR EL ARCO

Ten calma y respira profundamente.

Todos tus movimientos son percibidos por tus aliados, que te ayudarán en lo que sea necesario.

Pero no olvides que también el adversario está observando, y conoce la diferencia entre la mano firme y la mano trémula: por lo tanto, si estás tenso, respira hondo, pues eso te ayudará a concentrarte en todas las etapas del tiro.

En el momento en que sujetas el arco y lo colocas, con elegancia, delante del cuerpo, repasa mentalmente cada etapa que te llevó a preparar el tiro. Pero hazlo sin tensión, pues es imposible tener todas las reglas en la cabeza. Y con el espíritu tranquilo, a medida que repases cada etapa, te darás cuenta de cuáles fueron los momentos más difíciles, y de cómo los superaste.

Eso te dará confianza, y tu mano dejará de temblar.

CÓMO TENSAR LA CUERDA

El arco es un instrumento de música y es en la cuerda donde se manifiesta su sonido.

La cuerda es grande, pero la flecha la toca sólo en un pequeño punto, y es en este punto donde debe concentrarse toda la sabiduría y experiencia del arquero.

Si este punto se inclina un poco a la derecha, o un poco a la izquierda, si está por encima o por debajo de la línea de tiro, nunca se alcanzará el objetivo.

Por lo tanto, al tensar la cuerda, sé como el músico que toca su instrumento.

En la música, el tiempo es más importante que el espacio: un conjunto de

notas colocadas en línea no quiere decir nada, pero quien lee lo que allí está escrito es capaz de transformar esta línea en sonidos y compases.

Así como el arquero justifica la existencia del blanco, la flecha justifica la existencia del arco: puedes lanzar una flecha con la mano, pero un arco sin flecha no tiene ninguna utilidad.

Por lo tanto, cuando abras los brazos, no pienses que estás estirando el arco. Piensa que la flecha es el centro, inmóvil, y tú estás haciendo que arco y cuerda se le aproximen por los extremos hasta tocarla con cuidado y pedirle que cooperen contigo.

CÓMO MIRAR EL BLANCO

Muchos arqueros se quejan de que, a pesar de haber practicado el arte del tiro durante años, aún sienten que el corazón se les dispara de ansiedad, que les tiembla la mano, que les falla la puntería. Tienen que entender que aunque un arco o una flecha no pueden cambiar nada, el arte del tiro hace que nuestros errores sean más evidentes.

El día que no sientas amor por la vida, tu tiro será confuso, complicado. Verás que estás sin fuerza suficiente para estirar al máximo la cuerda y que no consigues hacer que el arco se curve como debe.

Esa mañana, cuando veas que tu tiro es confuso, intenta descubrir qué provocó tal imprecisión. Ello hará que tengas que enfrentarte a un problema que te incomoda, pero que hasta entonces estaba oculto.

También sucede lo contrario: tu tiro es seguro, la cuerda suena como un instrumento musical, los pájaros cantan alrededor. Entonces te darás cuenta de que estás dando lo mejor de ti mismo.

Mientras tanto, no te dejes llevar por los tiros de la mañana, sean éstos preci-

sos o inseguros. Te quedan aún muchos días por delante, y cada flecha es una vida en sí misma.

Aprovecha los malos momentos para descubrir qué te hace temblar.

Aprovecha los buenos momentos para encontrar el camino que ha de llevarte a la paz interior.

Pero que ni temor ni alegría te detengan: el camino del arco es un camino sin fin.

EL MOMENTO DE DISPARAR

Existen dos tipos de tiro.

El primero es aquél que se da con precisión, pero sin alma. En este caso, aunque el arquero tenga un gran dominio de la técnica, se concentra exclusivamente en el blanco, y por eso no ha evolucionado, se ha vuelto repetitivo, no ha conseguido crecer, y un día dejará el camino del arco, pues siente que se ha convertido en una rutina.

El segundo tiro es el que se da con el alma. Cuando la intención del arquero se transforma en el vuelo de la flecha, su mano se abre en el momento justo, el sonido de la cuerda hace que los pájaros canten, y el gesto de disparar a algo en la distancia provoca, paradójicamente, un retorno y un encuentro con uno mismo.

Tú sabes el esfuerzo que costó abrir el arco, respirar hondo, concentrarte en tu objetivo, tener clara tu intención, mantener la elegancia de la postura, respetar el blanco.

Pero también debes comprender que nada en este mundo permanece con nosotros por mucho tiempo: en algún momento tu mano tendrá que abrirse y dejar que tu intención siga su destino.

Por lo tanto, la flecha tiene que partir, por más amor que sientas por cada paso que te llevó a la postura elegante y a la posición correcta, y por más que admires sus plumas, su punta, su forma.

Pero no podrá partir antes de que el arquero esté listo para el disparo, pues su vuelo sería muy corto. No puede partir después de que haya alcanzado la postura y concentración exactas, porque el cuerpo no resistiría el esfuerzo y la mano comenzaría a temblar.

Tiene que partir en el momento en que el arco, el arquero y el blanco se encuentran en el mismo punto del universo: eso se llama inspiración.

LA REPETICIÓN

El gesto es la encarnación del verbo. En otras palabras, una acción es un pensamiento que se manifiesta.

Un pequeño gesto nos denuncia, de modo que tenemos que perfeccionar todo, pensar en los detalles, aprender la técnica de tal manera que se vuelva intuitiva. La intuición no tiene nada que ver con la rutina, sino con un estado espiritual más allá de la técnica.

Así, después de mucho practicar, ya no pensamos en todos los movimientos necesarios. Éstos pasan a formar parte de nuestra propia existencia. Pero para eso hay que entrenar y repetir.

Y, si no fuera suficiente, entrenar y repetir.

Observa a un buen herrero trabajando el acero. Para el ojo inexperto, no hace sino repetir los mismos martillazos.

Pero quien conoce el camino del arco, sabe que cada vez que levanta el martillo y lo hace descender, la intensidad del golpe es diferente. La mano repite el mismo gesto, pero conforme se acerca al hierro, sabe que debe tocarlo con más

dureza o con más suavidad.

Así es con la repetición: aunque parezca igual, siempre es distinta.

Observa el molino. Para quien ve sus aspas sólo una vez, parece girar siempre con la misma velocidad, repitiendo el mismo movimiento.

Pero quien conoce los molinos sabe que están condicionados por el viento, y cambian de dirección siempre que hace falta.

La mano del herrero se entrenó repitiendo miles de veces el gesto de martillar. Las aspas del molino son capaces de moverse con velocidad después de que el viento haya soplado mucho y haya hecho que se limpien sus engranajes.

El arquero permite que muchas flechas pasen lejos de su objetivo, porque sabe que sólo aprenderá la importancia del arco, de la postura, de la cuerda y del blanco después de repetir sus gestos miles de veces, sin miedo a errar.

Los verdaderos aliados jamás lo criticarán, porque saben que el entrenamiento es necesario y es la única manera de perfeccionar su instinto y su tiro.

Hasta que por fin llega el momento en que ya no hace falta pensar en lo que se está haciendo. A partir de ahí, el arquero pasa a ser su arco, su flecha y su blanco.

CÓMO OBSERVAR EL VUELO DE LA FLECHA

Una vez que la flecha ha sido disparada, no queda nada que el arquero pueda hacer, si no es acompañar su recorrido en dirección al blanco. A partir de este momento, la tensión necesaria para el tiro ya no tiene razón de existir.

Por lo tanto, el arquero mantiene los ojos fijos en el vuelo de la flecha, pero su corazón reposa, y él sonríe.

La mano que soltó la cuerda es empujada hacia atrás, la mano del arco hace un



movimiento de expansión, el arquero es forzado a abrir los brazos y enfrentarse, a pecho descubierto, a las miradas de sus aliados y de sus adversarios.

En este momento, si entrenó lo suficiente, si consiguió desarrollar su instinto, si mantuvo la elegancia y la concentración durante todo el proceso del tiro, sentirá la presencia del universo y verá que su acción ha sido justa y merecida. La técnica hace que las dos manos estén listas, que la respiración sea precisa, que los ojos se puedan fijar en el blanco. El instinto hace que el momento del tiro sea perfecto.

Quien pase cerca y vea al arquero de brazos abiertos, con los ojos acompañando a la flecha, pensará que no está haciendo nada. Pero los aliados saben que la mente de quien realizó el tiro ha cambiado de dimensión, está ahora en contacto con todo el universo: continúa trabajando, aprendiendo todo aquello que el tiro ha traído de positivo, corrigiendo eventuales errores, aceptando sus cualidades, esperando a ver cómo reacciona el blanco al ser alcanzado.

Cuando el arquero tensa la cuerda, puede ver el mundo entero dentro de su arco. Cuando acompaña el vuelo de la flecha, este mundo se le hace más próximo, lo acaricia, y hace que tenga la sensación perfecta del deber cumplido.

Cada flecha vuela de manera diferente. Tira mil flechas: cada una te mostrará un recorrido distinto. Ése es el camino del arco.

EL ARQUERO SIN ARCO, SIN FLECHA, SIN BLANCO

El arquero aprende cuando olvida las reglas del camino del arco y pasa a actuar basándose sólo en su instinto. Pero para olvidar las reglas antes hay que conocerlas y respetarlas.

Cuando alcanza este estado, ya no necesita de los instrumentos que lo ayudaron a aprender. Ya no necesita del arco, ni de las flechas, ni del blanco, porque

el camino es más importante que aquello que lo llevó a caminar.

De la misma forma, llega el momento en que el alumno que está aprendiendo a leer se libera de las letras aisladas y pasa a crear palabras con ellas.

Sin embargo, si las palabras estuviesen todas unidas, no tendrían sentido o dificultarían mucho su comprensión: es necesario que existan espacios entre las palabras.

Es necesario que, entre una acción y la siguiente, el arquero recuerde todo lo que hizo, converse con sus aliados, descanse y se sienta alegre por el hecho de estar vivo.

El camino del arco es el camino de la alegría y del entusiasmo, de la perfección y del error, de la técnica y del instinto.

Pero sólo lo aprenderás a medida que vayas tirando tus flechas.

Cuando Tetsuya terminó de hablar, estaban ya a la puerta de la carpintería.

-Gracias por la compañía –le dijo al chico.

Pero éste no se movió.

-¿Cómo puedo saber si lo hago bien? ¿Cómo estar seguro de que tengo la mirada concentrada, la postura elegante, el arco sujeto de manera correcta?

-Mentaliza la idea de un maestro perfecto que está siempre a tu lado, y haz todo lo posible por reverenciarlo y honrar sus enseñanzas. Ese maestro, a quien muchos llaman Dios, otros llaman “algo”, y otros llaman talento, siempre nos mira. Él no merece sino lo mejor.

“Acuérdate también de tus aliados: debes apoyarlos, pues ellos te ayudarán cuando lo necesites. Procura desarrollar el don de la bondad: este don te permite estar siempre en paz con tu corazón. Pero sobre todo, no olvides esto: lo que te he dicho tal vez sean palabras inspiradas, pero sólo tendrán sentido si las experimentas.”

Tetsuya extendió la mano para despedirse, pero el chico lo retuvo:

-Sólo una cosa más: ¿cómo aprendiste a disparar?

Tetsuya reflexionó un poco: ¿valía la pena contarle? Pero como aquél había sido un día especial, terminó abriendo la puerta de su oficina.

-Voy a hacer té. Y voy a contarte la historia. Pero tendrás que prometerme lo mismo que le pedí al extranjero: jamás hables con nadie sobre mi habilidad. Entró, encendió la luz, volvió a envolver su arco con la larga cinta de cuero y lo puso en un lugar discreto: si por casualidad alguien lo encontrase, pensaría que era un pedazo retorcido de bambú. Fue a la cocina, preparó el té, se sentó con el chico y comenzó su historia.

-Hace un tiempo trabajaba para un gran señor que vivía no lejos de aquí. Era el encargado de cuidar sus establos. Pero como el señor siempre estaba de viaje, yo tenía mucho tiempo libre y decidí dedicarme a lo que consideraba la verdadera razón de vivir: la bebida y las mujeres.

“Un buen día, después de varias noches en blanco, sentí un vértigo y caí en mitad del campo. Pensé que iba a morir y me rendí. Pero un hombre a quien jamás había visto pasó por el camino, se apiadó de mí, me llevó a su casa –en un lugar muy lejos de aquí– y cuidó de mí durante varios meses. Mientras reposaba, lo veía ir todas las mañanas al campo con su arco y sus flechas.”
“Cuando me hube recuperado, le pedí que me enseñase el arte del arco; era mucho más interesante que cuidar caballos. Pero él me respondió que me había acercado mucho a la muerte, y ahora no podía alejarla: había causado demasiado daño a mi cuerpo físico y ahora la muerte estaba a dos pasos de mí.”

“Si yo quería aprender, era sólo para que la muerte no me tocara. Un hombre de un país lejano, al otro lado del océano, le había enseñado que era posible desviarse por un tiempo del camino que lleva al precipicio de la muerte. Pero en mi caso, debía ser consciente por el resto de mis días de que estaba caminando al borde de ese abismo y en cualquier momento podía caer en él.”

“Me enseñó entonces el camino del arco. Me presentó a sus aliados, me obligó a participar en competiciones, y enseguida mi fama se extendió por todo el país. Cuando vio que ya había aprendido lo suficiente, me quitó las flechas y el blanco, y sólo me dejó el arco como recuerdo. Me dijo que empleara todas sus enseñanzas en algo que realmente me llenase de entusiasmo.”

“Le dije que lo que más me gustaba era la carpintería. Él me bendijo y me pidió que partiese y me dedicase a lo que me gustaba hacer, antes de que mi fama como arquero terminase por destruirme o me llevase de vuelta a mi vida anterior.”

“Desde entonces, trabo a cada segundo una lucha contra mis vicios y mi auto-compasión. Tengo que estar concentrado, mantener la calma, hacer con amor el trabajo que escogí, y jamás tener apego al momento presente. Porque la muerte sigue todavía muy cerca de mí, el abismo está a mi lado y yo camino por el borde.”

Tetsuya no añadió que la muerte está siempre cerca de todos los seres vivos: el chico era todavía muy joven y no tenía por qué pensar en eso. Tetsuya tampoco le dijo que cada etapa del camino del arco estaba presente en cualquier actividad humana.

En cuanto hubo bendecido al chico, de la misma manera que él mismo había sido bendecido muchos años atrás, le pidió al chico que se fuera, porque había sido un día muy largo y tenía que dormir.

Agradecimientos

A Harrigel, por el libro “El Zen en el arte del tiro con arco”(Ed. Pensamento)

*A Pamela Hartigan, directora general de la Schwab Foundation for Social Entrepreneurship,
por describir las cualidades de los aliados.*

*A Dan y Jackie DeProspero, por el libro en colaboración con Hideharu Onuma, “Kyudo”(Budo
Editions, France)*

A Carlos Castaneda, por la descripción del encuentro entre la muerte y el nagual Elías.



O presente que escolhemos este Natal é um conto escrito para os nossos clientes pelo autor universal, Paulo Coelho.

“O caminho do arco” conta-nos a história de Tetsuya, o melhor arqueiro do país, que transmite os seus ensinamentos a uma criança da sua aldeia. O trabalho e esforço diário, o ultrapassar de dificuldades, a constância e a valentia para tomar decisões arriscadas são aspectos que vão surgindo ao longo do relato.

Paulo Coelho soube expressar nestas páginas muitos dos valores que regem o nosso dia a dia. Inovação, flexibilidade, adaptação à mudança, entusiasmo, trabalho em equipa são qualidades que pomos à sua disposição com o intuito de aperfeiçoar o nosso “caminho do arco”.

Como para o protagonista do relato, na *DMR Consulting* “damos o melhor de nós porque sabemos que é o que temos de mais importante”

Desejamos que desfrutem desta história.

Feliz Natal

Os Sócios da *DMR Consulting*

Para todos os clientes da *DMR Consulting*, que conseguem ter uma visão da estratégia corporativa a partir da eficiência individual, escrevi este texto, onde arco, flecha e alvo e arqueiro são parte integrante do mesmo sistema de desenvolvimento e desafio.

Paulo Coelho

Paulo Coelho

O CAMINHO DO ARCO

Uma oração sem objetivo é como uma flecha sem arco

Um objetivo sem oração é como um arco sem flecha

Ella Wheeler Wilcox

-Tetsuya.

O rapaz olhou espantado o estrangeiro.

-Ninguém nesta cidade viu Tetsuya segurando um arco – respondeu. – Todos sabemos que ele trabalha em carpintaria.

-Pode ser que tenha desistido, que tenha se acovardado, isso não me interessa – insistiu o estrangeiro. – Mas não pode ser considerado o melhor arqueiro do país, se já abandonou sua arte. E por isso viajei tantos dias: para desafia-lo e colocar um ponto final em uma fama que já não merece.

O rapaz viu que não adiantava ficar discutindo: era melhor leva-lo até o carpinteiro, para ver com seus próprios olhos que ele estava enganado.

Tetsuya estava trabalhando na oficina situada nos fundos de sua casa. Virou-se para ver quem chegava, e seu sorriso foi interrompido no meio. Os olhos se fixaram na longa sacola que o estrangeiro carregava consigo.

-É exatamente o que você está pensando – disse o recém-chegado. – Não vim aqui para humilhar nem provocar o homem que virou uma lenda. Apenas gostaria de provar que, com todos os meus anos de prática, consegui chegar à perfeição.

Tetusya fez menção de retornar ao seu trabalho: estava terminando de colocar os pés de uma mesa.

-Um homem que serviu de exemplo para toda uma geração, não pode desaparecer como o senhor desapareceu – continuou o estrangeiro. – Segui seus ensinamentos, procurei respeitar o caminho do arco, e mereço que me veja atirar. Se fizer isso, irei embora e não direi a ninguém onde se encontra o maior de todos os mestres.

O estrangeiro tirou de sua bagagem um arco longo, feito de bambu envernizado, com o punho situado um pouco abaixo do centro. Fez uma reverencia para

Tetsuya, caminhou até o jardim, e fez outra reverência para um lugar determinado. Em seguida, tirou uma flecha ornada com plumas de águia, abriu as pernas de modo a ter uma base sólida para atirar, com uma das mãos trouxe o arco até diante de seu rosto, com a outra colocou a flecha.

O rapaz olhava com um mixto de alegria e espanto. E Tetsuya tinha interrompido seu trabalho, olhando o estrangeiro com curiosidade.

O homem trouxe o arco – já com a flecha presa à corda – até o centro do seu peito. Levantou-o acima da cabeça, e a medida que abaixava as mãos, começou a abri-lo.

Quando chegou com a flecha a altura do seu rosto, o arco já estava completamente estendido. Por um momento que pareceu durar uma eternidade, arqueiro e arco permaneceram imóveis. O rapaz olhava para o local onde a flecha estava apontando, mas não via nada.

De repente, a mão da corda se abriu, o braço foi empurrado para trás, o arco descreveu um giro gracioso na outra mão, e a flecha desapareceu de vista, para tornar a aparecer ao longe.

-Vá pega-la – disse Tetsuya.

O rapaz voltou com a flecha: ela havia atravessado uma cereja que se encontrava no chão, a quarenta metros de distância.

Tetsuya fez uma reverência para o arqueiro, foi até um canto de sua carpintaria, e pegou uma espécie de madeira fina, com curvas delicadas, envolta em uma longa tira de couro. Desenrolou a tira sem a menor pressa, e apareceu um arco semelhante ao do estrangeiro – com a diferença que parecia ter sido bastante mais usado.

-Não tenho flechas, e precisarei de uma das suas. Farei o que me pede, mas terá que manter a promessa que fez: jamais irá revelar o nome da aldeia onde vivo.

“Se alguém perguntar por mim, diga que foi até o final do mundo tentando

encontrar-me, até descobrir que eu tinha sido picado por uma cobra, e morri do dois dias depois.”

O estrangeiro assentiu com a cabeça, e estendeu uma de suas flechas.

Apoiando uma das extremidades do longo arco de bambu na parede, e fazendo um considerável muito esforço, Tetsuya colocou a corda. Em seguida, sem dizer nada, saiu em direção as montanhas.

O estrangeiro e o rapaz o acompanharam. Caminharam por uma hora, até chegar a uma fenda entre duas rochas, onde corria um rio caudaloso: o lugar só podia ser cruzado através de uma ponte de corda apodrecida, quase despencando.

Com toda calma, Tetsuya foi até o meio da ponte – que balançava perigosamente - fez uma reverência para algo do outro lado, armou o arco da mesma maneira que o estrangeiro havia feito, levantou-o, trouxe-o de volta ao peito, e disparou.

O rapaz e o estrangeiro viram que um pêsego maduro, que se encontrava à vinte metros do local, havia sido transpassado pela flecha.

-Você atingiu uma cereja, eu atingi um pêsego – disse Tetsuya, voltando para a segurança da margem. - A cereja é menor.

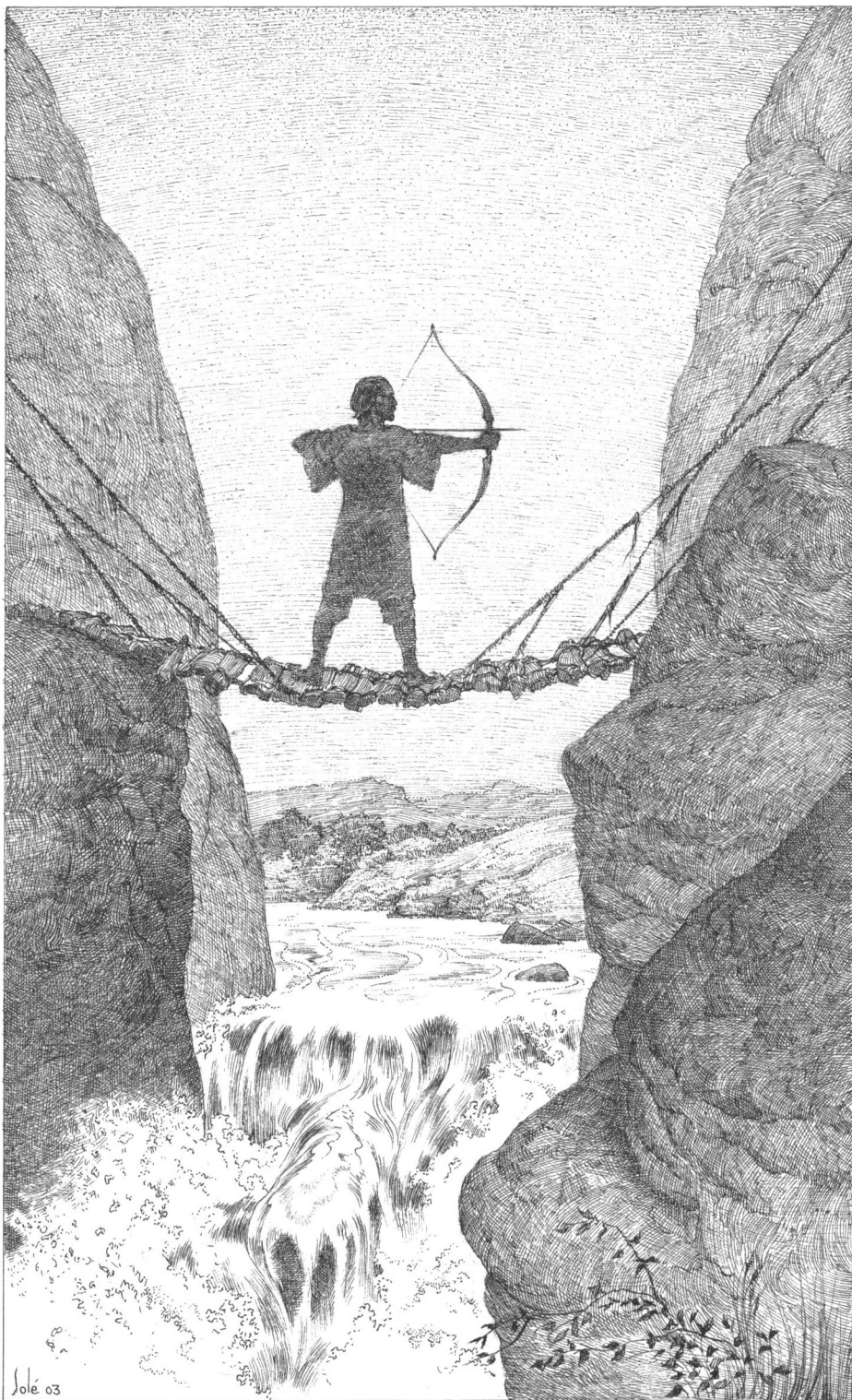
“Você atingiu seu alvo a quarenta metros, e o meu estava à metade desta distância. Portanto, você tem condições de repetir o que fiz. Venha até aqui o meio desta ponte, e faça a mesma coisa.”

Aterrorizado, o estrangeiro caminhou até o meio da ponte semi-apodrecida, mantendo os olhos fixos no despenhadeiro debaixo dos seus pés. Fez os mesmos gestos rituais, disparou em direção à árvore de pêsegos, mas a flecha passou muito longe.

Ao voltar para a margem, seu rosto estava pálido.

-Você tem habilidade, tem dignidade, e tem postura – disse Tetsuya. –

Conhece bem a técnica e domina o instrumento, mas não domina sua mente.



Sabe atirar quando todas as circunstâncias são favoráveis, mas se estiver em um terreno perigoso, não consegue atingir o alvo. Entretanto, nem sempre o arqueiro pode escolher seu campo de batalha, de modo que recomeça seu treinamento, e esteja preparado para situações desfavoráveis.

“Continue no caminho do arco, pois ele é o percurso de uma vida. Mas aprenda que um tiro correto e certo é muito diferente de um tiro com a paz na alma.”

O estrangeiro mais uma vez fez uma longa reverência, colocou seu arco e suas flechas na longa sacola que carregava ao ombro, e partiu.

No caminho de volta, o rapaz estava exultante.

-Você o humilhou, Tetsuya! Você deve ser mesmo o melhor de todos!

-Não deveríamos julgar pessoas sem antes aprender a ouvi-las e respeitá-las. O estrangeiro era um homem bom: não me humilhou, nem tentou provar que era melhor, embora desse a impressão de fazer isso. Queria mostrar sua arte, e vê-la reconhecida, mesmo que desse a impressão de estar me desafiando.

“Além do mais, faz parte do caminho do arco enfrentar de vez em quando algumas provas inesperadas, e foi justamente o que o estrangeiro me permitiu fazer hoje”.

-Ele disse que você era o melhor de todos, e eu nem sabia que você era um mestre no tiro com arco. Se é assim, por que trabalha em uma carpintaria?

-Porque o caminho do arco serve para tudo, e meu sonho era trabalhar com madeira. Além do mais, um arqueiro que segue este caminho não precisa de arco, nem de flecha, nem de alvo.

-Nada de interessante acontece nesta aldeia, e de repente eu me dei conta que estou diante de um mestre em uma arte que ninguém se interessa mais – disse o rapaz, com os olhos brilhando. – O que é o caminho do arco? Você pode me ensinar?

-Ensinar não é difícil. Posso fazer isso em menos de uma hora, enquanto caminhamos de volta ao vilarejo. O difícil é praticar todos os dias, até conseguir a precisão necessária.

Os olhos do rapaz pareciam implorar uma resposta positiva. Tetsuya andou em silêncio por quase quinze minutos, e quando tornou a falar, sua voz parecia mais jovem:

-Hoje estou contente: honrei o homem que, há muitos anos atrás, salvou minha vida. Por causa disso, lhe darei todas as regras necessárias, mas não posso fazer nada além disso: se você entender o que estou dizendo, poderá usar estes ensinamentos para o que desejar.

“Há poucos minutos, você me chamou de mestre. O que é um mestre? Pois eu lhe respondo: não é aquele que ensina algo, mas aquele que inspira o aluno a dar o melhor de si para descobrir um conhecimento que ele já tem em sua alma.”

E enquanto desciam a montanha, Tetsuya explicou o caminho do arco.

OS ALIADOS

O arqueiro que não compartilha com outros a alegria do arco e da flecha, jamais irá conhecer suas próprias qualidades e defeitos.

Portanto, antes de começar qualquer coisa, busque aliados – gente que se interessa pelo que você está fazendo.

Não digo: “busque outros arqueiros.” Digo: encontre pessoas com diferentes habilidades, porque o caminho do arco não é diferente de qualquer caminho seguido com entusiasmo.

Seus aliados não serão necessariamente aquelas pessoas que todos olham, se deslumbram, e afirmam: “ não existe ninguém melhor.” Muito pelo contrário:

é gente que não tem medo de errar, e portanto erra. Por causa disso, nem sempre seu trabalho é reconhecido. Mas é este tipo de pessoa que transforma o mundo, e depois de muitos erros consegue acertar algo que fará a diferença completa na sua comunidade.

São pessoas que não podem ficar esperando que as coisas aconteçam, para depois poderem decidir qual a melhor atitude a tomar: elas decidem a medida que agem, mesmo sabendo que isso pode ser muito arriscado.

Conviver com estas pessoas é importante para um arqueiro, porque ele precisa entender que, antes de colocar-se diante do alvo, deve ser livre o bastante para mudar de direção a medida que traz a flecha para diante do seu peito. Quando ele abre sua mão e solta a corda, deve dizer para si mesmo: “ enquanto abria o arco, percorri um longo caminho. Agora solto esta flecha com a consciência de que arrisquei o bastante, e dei o melhor de mim.”

Os melhores aliados são aqueles que não pensam como os outros. Por isso, ao buscar companheiros para dividir com você o entusiasmo do tiro, acredite na sua intuição, e não ligue para os comentários alheios. As pessoas sempre julgam os outros tendo como modelo suas próprias limitações – e as vezes a opinião da comunidade é cheia de preconceitos e medos.

Junte-se a todos que experimentam, arriscam, caem, se machucam, e tornam a arriscar. Afaste-se daqueles que afirmam verdades, criticam os que não pensam como eles, jamais deram um passo sem ter certeza de que seriam respeitados por isso, e preferem ter certezas do que ter dúvidas.

Junte-se aos que se expõem e não temem ser vulneráveis: esses entendem que as pessoas só podem melhorar quando olham o que seu próximo está fazendo, não para julga-lo, mas para admira-lo por sua dedicação e coragem.

Talvez você pense que atirar com o arco não pode interessar a um padeiro ou a um agricultor, mas eu lhe digo: eles colocarão o que viram naquilo que estão fazendo. Você também fará o mesmo: aprenderá com o bom padeiro como

usar as mãos, e como saber a exata mistura dos ingredientes. Aprenderá com o agricultor a ter paciência, trabalhar duro, respeitar as estações, e não blasfemar contra as tempestades – porque isso seria uma perda de tempo.

Junte-se aos que são flexíveis como a madeira do seu arco, e entendem os sinais do caminho. São pessoas que não hesitam em mudar de curso quando descobrem uma barreira intransponível, ou quando vislumbram uma oportunidade melhor. Essa é a qualidade da água: contornar rochas, adaptar-se ao curso do rio, as vezes transformar-se em lago até que a depressão esteja cheia e possa continuar seu caminho, porque a água não esquece que seu destino é o mar, e mais cedo ou mais tarde deverá chegar até ele.

Junte-se aos que jamais disseram: “acabou, preciso parar por aqui.” Porque assim como o inverno é seguido pela primavera, nada pode acabar: depois de atingir seu objetivo é necessário recomeçar de novo, sempre usando tudo que aprendeu no caminho.

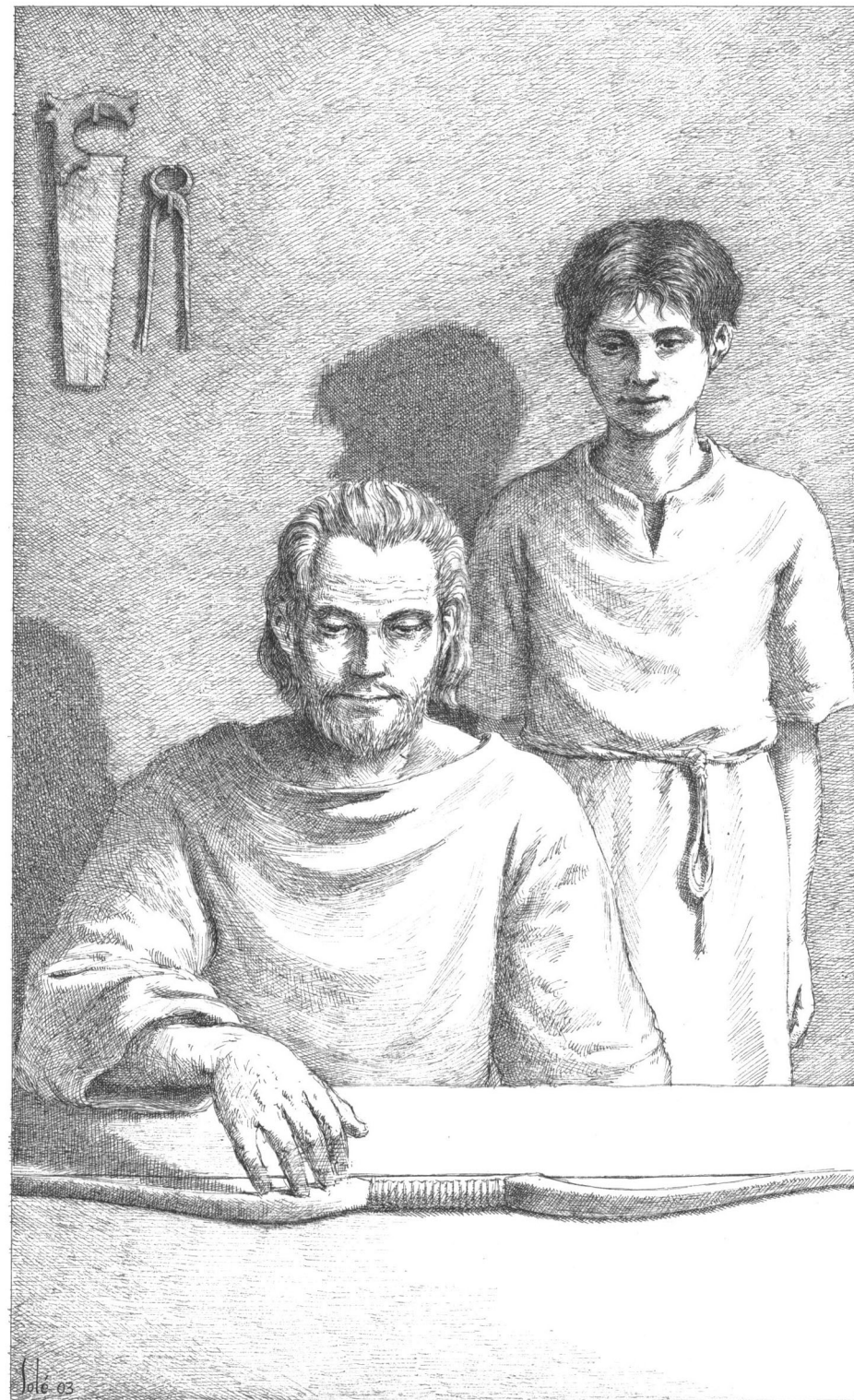
Junte-se aos que cantam, contam histórias, desfrutam a vida, e tem alegria nos olhos. Porque a alegria é contagiosa, e sempre consegue impedir que as pessoas se deixem paralizar pela depressão, pela solidão, e pelas dificuldades. Junte-se à todos que fazem seu trabalho com entusiasmo. Mas para que você possa ser útil a eles como eles são úteis a você, é preciso saber quais são as suas ferramentas, e como poderá aperfeiçoar suas habilidades.

Portanto, é chegada a hora de conhecer seu arco, sua flecha, seu alvo, e seu caminho.

O ARCO

O arco é a vida: dele vem toda a energia.

A flecha irá partir um dia.



O alvo está longe.

Mas o arco permanecerá sempre com você, e é preciso saber cuida-lo.

Precisa de períodos de inação – um arco que sempre está armado, em estado de tensão, perde sua potência. Portanto, deixe-o repousar, recuperar sua firmeza: assim, quando você esticar a corda, ele estará contente e com sua força intacta.

O arco não tem consciência: ele é um prolongamento da mão e do desejo do arqueiro. Serve para matar ou para meditar. Portanto, seja sempre claro em suas intenções.

Um arco tem flexibilidade, mas também tem um limite. Um esforço além da sua capacidade irá quebra-lo, ou deixar exausta a mão que o segura. Portanto, procure estar em harmonia com o seu instrumento, e não exigir mais do que ele pode lhe dar.

Um arco está repousando ou estendido na mão do arqueiro: mas a mão é apenas o lugar onde todos os músculos do corpo, todas as intenções daquele que atira, todo o esforço para o tiro está concentrado. Portanto, para manter com elegância o arco aberto, faça com que cada parte dê apenas o necessário, e não disperse suas energias. Assim, você poderá disparar muitas flechas sem se cansar.

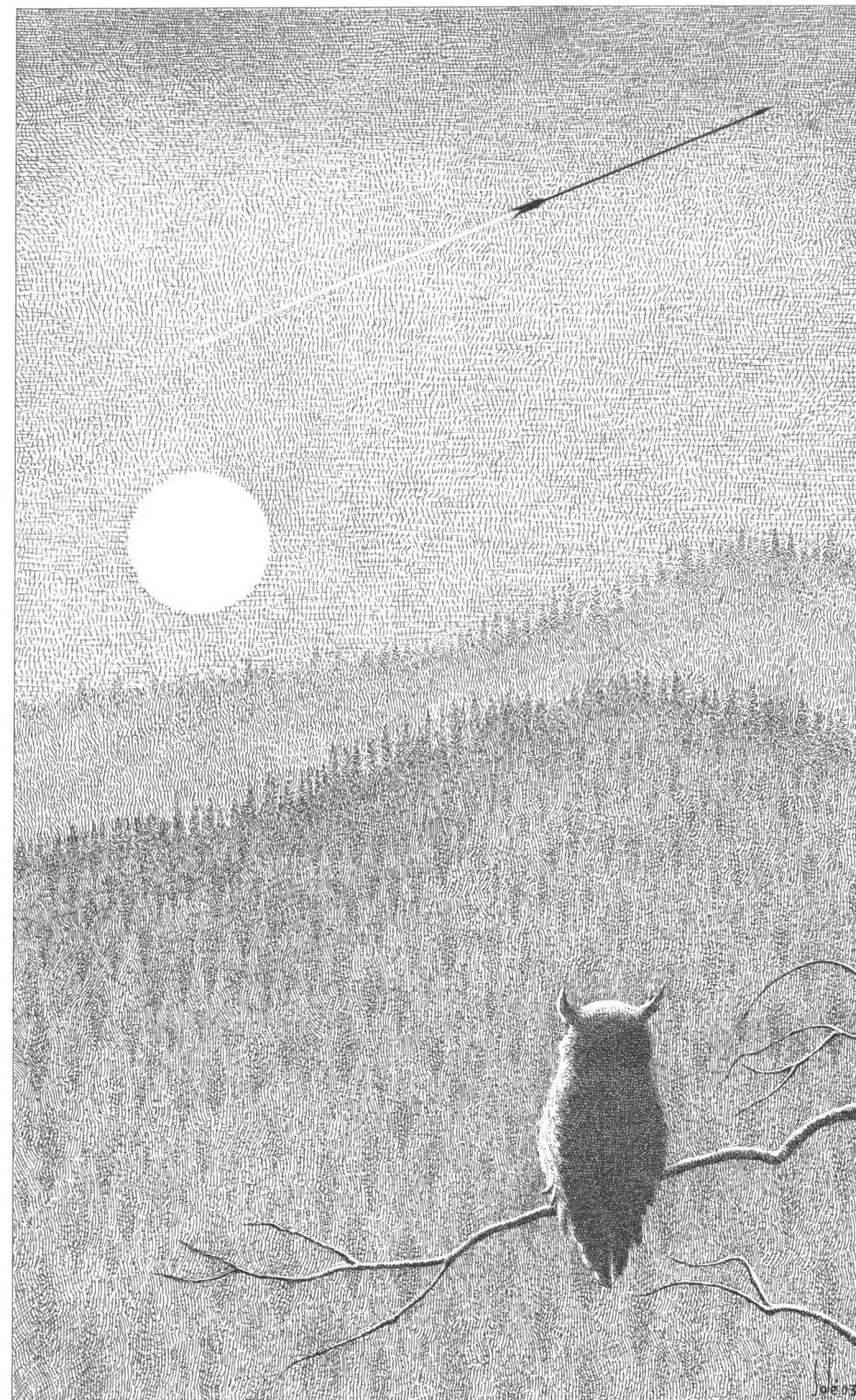
Para entender seu arco, ele precisa passar a fazer parte do seu braço, e ser uma extensão do seu pensamento.

A FLECHA

A flecha é o intento.

É o que une a força do arco com o centro do alvo.

O intento tem que ser cristalino, reto, bem equilibrado.



Uma vez que ela parte, não voltará, então é melhor interromper um tiro – porque os movimentos que o levaram até ele não estavam precisos e corretos do que agir de qualquer maneira, só porque o arco já estava retesado e o alvo estava esperando.

Mas jamais deixe de soltar a flecha se a única coisa que o paraliza é o medo de errar. Se fizer os movimentos corretos, abra sua mão e solte a corda. Mesmo que ela não atinja o alvo, você saberá corrigir sua pontaria da próxima vez. Se não arriscar, jamais saberá quais as mudanças que eram necessárias. Cada flecha deixa em seu coração uma lembrança – e é a soma destas lembranças que o fará disparar cada vez melhor.

O ALVO

O alvo é o objetivo a ser alcançado.

Foi escolhido pelo arqueiro, mas está distante, e não podemos jamais culpa-lo quando não é atingido. Nisso reside a beleza do caminho do arco: você não pode jamais desculpar-se, dizendo que o adversário era mais forte.

Foi você que escolheu seu alvo, e é responsável por ele.

O alvo pode ser maior, menor, estar a direita ou a esquerda, mas você tem que sempre colocar-se diante dele, respeita-lo, e fazer com que ele se aproxime mentalmente. Só quando ele estiver na ponta de sua flecha, é que você deve soltar a corda.

Se você olhar o alvo como inimigo, poderá até mesmo acertar o seu tiro, mas não conseguirá melhorar nada em você mesmo. Passará sua vida tentando colocar apenas uma flecha no centro de uma coisa de papel ou madeira, o que é absolutamente inútil. E quando estiver com outras pessoas, viverá reclamando que não faz nada de interessante.

Por isso, você precisa escolher seu alvo, dar o melhor de si para atingi-lo, e sempre olha-lo com respeito e dignidade: precisa saber o que ele significa, e quanto custou do seu esforço, do seu treinamento, da sua intuição.

Ao olhar o alvo, não se concentre apenas nele, mas em tudo que acontece ao seu redor: porque a flecha, ao ser disparada, irá encontrar-se com fatores que você não conta, como o vento, o peso, a distancia.

Você tem que entender o alvo. Precisa perguntar constantemente: “se eu sou o alvo, onde estou? Como gostaria de ser atingido, de modo a dar ao arqueiro a honra que ele merece?”

Porque um alvo só existe na medida em que o arqueiro existe. O que justifica a sua existência é o desejo do arqueiro de atingi-lo - ou ele seria uma coisa morta, um pedaço de papel ou madeira, em que ninguém prestaria atenção. Assim, da mesma maneira que a flecha busca o alvo, o alvo também busca a flecha, porque é ela que dá sentido a sua existência: já não é mais o papel, mas o centro do mundo de um arqueiro.

A POSTURA

Uma vez entendendo o arco, a flecha, e o alvo, é preciso ter serenidade e elegância para aprender a prática do tiro.

A serenidade vem do coração. Embora muitas vezes torturado por pensamentos de insegurança, ele sabe que - através da postura correta – irá conseguir o melhor de si.

A elegância não é uma coisa superficial, mas a maneira que o homem encontrou para honrar a vida e o seu trabalho. Por isso, quando as vezes você sentir que a postura o está incomodando, não pense que ela é falsa ou artificial: ela é verdadeira porque é difícil. Ela faz com que o alvo se sinta honrado pela digni-

dade do arqueiro.

A elegância não é a postura mais confortável, mas a postura mais adequada para que o tiro seja perfeito.

A elegância é atingida quando todo o supérfluo é descartado, e o arqueiro descobre a simplicidade e a concentração: quanto mais simples e mais sóbria a postura, mais bela ela será.

A neve é bonita porque tem apenas uma cor, o mar é bonito porque parece uma superfície plana – mas tanto o mar como a neve são profundos e conhecem suas qualidades.

COMO SEGURAR A FLECHA

Segurar a flecha é estar em contacto com a sua intenção.

É preciso olhar todo seu comprimento, ver se as plumas que guiam seu vôo estão bem colocadas, verificar a ponta, ter certeza de que ela está afiada.

Certificar-se que está reta, não foi curvada ou danificada por um tiro anterior. A flecha, como sua simplicidade e leveza, pode parecer frágil – mas a força do arqueiro faz com que ela consiga carregar para longe a energia de seu corpo e de sua mente. Conta a lenda que uma simples flecha já foi capaz de afundar um navio, porque o homem que a atirou sabia onde estava a parte mais fraca da madeira, e assim abriu um buraco que fez com que a água penetrasse sem ruído no porão, destruindo a ameaça dos invasores de sua aldeia.

A flecha é a intenção que deixa a mão do arqueiro, e parte em direção ao alvo – portanto, ela é livre em seu vôo, e irá seguir o caminho que lhe foi destinado no momento do tiro.

Será tocada pelo vento e pela gravidade, mas isso é parte do seu percurso: uma folha não deixa de ser folha só porque uma tempestade a arrancou da árvore. Assim é a intenção do homem: perfeita, reta, afiada, firme, precisa. Ninguém

consegue dete-la enquanto cruza o espaço que a separa do seu destino.

COMO SEGURAR O ARCO

Tenha calma e respire profundamente.

Todos os movimentos estão sendo notados pelos aliados, que o ajudarão no que for necessário.

Mas não esqueça que o adversário também está observando, e conhece a diferença entre a mão firme e a mão tremula: portanto, se estiver tenso, respire fundo, porque isso o ajudará a concentrar-se em todas as etapas do tiro.

No momento em que você segura seu arco e o coloca – com elegância – diante do corpo, procure rever mentalmente cada etapa que o levou a preparar o disparo. Mas faça isso sem tensão, porque é impossível ter todas as regras na cabeça: e com o espírito tranqüilo, a medida em que revê cada etapa, irá dar-se conta dos momentos mais difíceis, e de como os superou.

Isso lhe dará confiança, e sua mão não tremerá mais.

COMO ESTENDER A CORDA

O arco é um instrumento de música, e é na corda que o seu som se manifesta. A corda é grande, mas a flecha a toca apenas em um pequeno ponto, e é neste ponto que toda a sabedoria e experiência do arqueiro deve estar concentrada. Se ele inclinar-se um pouco para a direita, ou um pouco para a esquerda, se este ponto estiver acima ou abaixo da linha de tiro, o objetivo jamais será alcançado.

Portanto, ao estender a corda, seja como o músico que toca seu instrumento.

Na música, o tempo é mais importante que o espaço: um bando de notas colo-

cadadas em linha não quer dizer nada, mas aquele que lê o que ali está escrito consegue transformar esta linha em sons e compassos.

Assim como o arqueiro justifica a existência do alvo, a flecha justifica a existência do arco: você pode lançar uma flecha com a mão, mas um arco sem flecha não tem qualquer utilidade.

Portanto, quando abrir os braços, não pense que você está esticando o arco. Pense que a flecha é o centro, imóvel, e você está fazendo com que o arco e a corda se aproximem de suas extremidades, tocando-a com cuidado, pedindo para que coopere com você.

COMO OLHAR O ALVO

Muitos arqueiros se queixam que, apesar de praticarem por anos a arte do tiro, ainda sentem o coração disparar de ansiedade, a mão tremer, a pontaria falhar. Eles precisam entender que um arco ou uma flecha não podem mudar nada – mas a arte do tiro faz com que nossos erros sejam mais evidentes.

No dia que você estiver sem amor pela vida, seu tiro será confuso, complicado. Verá que está sem força suficiente para esticar ao máximo a corda, que não consegue fazer o arco curvar-se como deve.

E ao ver que seu tiro é confuso naquela manhã, vai tentar descobrir o que provocou tamanha imprecisão: isso fará com que se enfrente com um problema que o incomoda, mas que até então encontrava-se oculto.

O contrário também acontece: seu tiro é seguro, a corda soa como o instrumento musical, os pássaros cantam ao redor. Então você percebe que está dando o melhor de si mesmo.

Entretanto, não se deixe levar pelos tiros da manhã, sejam eles precisos ou inseguros. Ainda existem muitos outros dias pela frente, e cada flecha é uma

vida em si.

Aproveite os maus momentos para descobrir o que o faz tremer. Aproveite os bons momentos para encontrar seu caminho até a paz interior.

Mas não pare por temor nem por alegria: o caminho do arco é um caminho sem fim.

O MOMENTO DE DISPARAR

Existem dois tipos de tiro.

O primeiro é aquele que é dado com precisão, mas sem alma. Neste caso, embora o arqueiro tenha um grande domínio da técnica, ele concentrou-se exclusivamente no alvo – e por causa disso não evoluiu, tornou-se repetitivo, não conseguiu crescer, e um dia irá deixar o caminho do arco, porque acha que tudo transformou-se em rotina.

O segundo tiro é o que é dado com a alma. Quando a intenção do arqueiro se transforma no vôo da flecha, sua mão abre no momento certo, o som da corda faz os pássaros cantarem, e o gesto de atirar alguma coisa à distância provoca – paradoxalmente – um retorno e um encontro consigo mesmo.

Você sabe o esforço que custou para abrir o arco, respirar direito, concentrar-se em seu objetivo, ter clara sua intenção, manter a elegância da postura, respeitar o alvo.

Mas precisa também compreender que nada neste mundo fica conosco por muito tempo: em um dado momento sua mão terá que se abrir, e deixar que sua intenção siga seu destino.

Portanto, a flecha tem que partir, por mais que você ame todos os passos que o levaram até à postura elegante e à intenção correta, e por mais que você admire suas plumas, sua ponta, sua forma.

Mas ela não pode sair antes do arqueiro estar pronto para o disparo, porque seu vô seria pequeno. Ela não pode sair depois de se ter atingido a postura e a concentração exatas, porque o corpo não resistiria ao esforço e a mão começaria a tremer.

Ela tem que partir no momento em que o arco, o arqueiro, e o alvo se encontram no mesmo ponto do universo: isso é chamado de inspiração.

A REPETIÇÃO

O gesto é a encarnação do verbo: ou seja, uma ação é um pensamento que se manifesta.

Um pequeno gesto nos denuncia, de modo que temos que aperfeiçoar tudo, pensar nos detalhes, aprender a técnica de tal maneira que ela se torne intuitiva. Intuição nada tem a ver com rotina, mas com um estado de espírito que está além da técnica.

Assim, depois de muito praticar, já não pensamos em todos os movimentos necessários: eles passam a fazer parte de nossa própria existência. Mas para isso, é preciso treinar, repetir.

E como se não bastasse, é preciso repetir e treinar.

Observe um bom ferreiro trabalhando o aço. Para o olhar destreinado, ele está repetindo as mesmas marteladas.

Mas quem conhece o caminho do arco, sabe que cada vez que ele levanta o martelo e o faz descer, a intensidade do golpe é diferente. A mão repete o mesmo gesto, mas a medida que se aproxima do ferro, ela compreende se deve toca-lo com mais dureza ou mais suavidade.

Assim é com a repetição: embora pareça a mesma coisa, ela é sempre distinta .

Observe o moinho. Para quem olha suas pás apenas uma vez, ele parece girar

com a mesma velocidade, repetindo sempre o mesmo movimento.

Mas aquele que conhece os moinhos sabe que eles estão condicionados ao vento, e mudam de direção sempre que isso é necessário.

A mão do ferreiro foi educada depois que ele repetiu milhares de vezes o gesto de martelar. As pás do moinho são capazes de se moverem com velocidade depois que o vento soprou muito, e fez com que suas engrenagens ficassem polidas.

O arqueiro permite que muitas flechas passem longe do seu objetivo, porque sabe que só irá aprender a importância do arco, da postura, da corda, e do alvo, depois que repetir seus gestos milhares de vezes, sem medo de errar.

E os verdadeiros aliados jamais o criticarão, porque sabem que o treinamento é necessário, é a única maneira de aperfeiçoar seu instinto e seu golpe.

Até que chega o momento em que não é mais preciso pensar no que se está fazendo. A partir daí, o arqueiro passa a ser seu arco, sua flecha, e seu alvo.

COMO OBSERVAR O VÔO DA FLECHA

Uma vez que a flecha foi disparada, já não há mais nada que o arqueiro possa fazer, a não ser acompanhar o seu percurso em direção ao alvo. A partir deste momento, a tensão necessária para o tiro já não tem mais razão para existir. Portanto, o arqueiro mantém os olhos fixos no vôo da flecha, mas seu coração repousa, e ele sorri.

A mão que soltou a corda é empurrada para trás, a mão do arco faz um movimento de expansão, o arqueiro é forçado a abrir os braços e enfrentar, de peito aberto, o olhar de seus aliados e de seus adversários.

Neste momento, se treinou o bastante, se conseguiu desenvolver seu instinto, se manteve a elegância e a concentração durante todo o processo do disparo,



ele sentirá a presença do universo, e verá que sua ação foi justa e merecida. A técnica faz com que as duas mãos estejam prontas, que a respiração seja precisa, que os olhos possam fixar o alvo. O instinto faz com o momento do disparo seja perfeito.

Quem passar por perto e ver o arqueiro de braços abertos, com os olhos acompanhando a flecha, irá achar que está parado. Mas os aliados sabem que a mente de quem fez o disparo mudou de dimensão, está agora em contacto com todo o universo: ela continua trabalhando, aprendendo tudo o que aquele disparo trouxe de positivo, corrigindo os eventuais erros, aceitando suas qualidades, esperando para ver como o alvo reage ao ser atingido.

Quando o arqueiro estica a corda, pode ver o mundo inteiro dentro do seu arco. Quando acompanha o vôo da flecha, este mundo se aproxima dele, o acaricia, e faz com que tenha a sensação perfeita do dever cumprido.

Cada flecha voa de maneira diferente. Atire mil flechas, cada uma irá lhe mostrar um percurso distinto: esse é o caminho do arco.

O ARQUEIRO SEM ARCO, SEM FLECHA, SEM ALVO

O arqueiro aprende quando esquece as regras do caminho do arco, e passa a agir baseado apenas no seu instinto. Entretanto, para esquecer as regras, é preciso saber respeitá-las e conhecê-las.

Quando ele atinge este estado, já não precisa dos instrumentos que o fizeram aprender. Já não precisa do arco, nem das flechas, nem do alvo – porque o caminho é mais importante que aquilo que o levou a caminhar.

Da mesma maneira, o aluno que está aprendendo a ler chega ao momento em que se liberta das letras isoladas e passa a criar palavras com elas.

Entretanto, se as palavras estivessem todas unidas, elas não fariam sentido, ou

complicariam muito o seu entendimento: é necessário que existam espaços entre as palavras.

É necessário que, entre uma ação e a próxima, o arqueiro lembre tudo que fez, converse com seus aliados, descanse e fique contente com o fato de estar vivo.

O caminho do arco é o caminho da alegria e do entusiasmo, da perfeição e do erro, da técnica e do instinto.

Mas você só irá aprende-lo a medida que for atirando suas flechas.

Quando Tetsuya parou de falar, já estavam na porta da carpintaria.

-Obrigado pela companhia – disse ao rapaz.

Mas este não se moveu.

-Como posso saber se estou agindo certo? Como terei certeza de que tenho o olhar concentrado, a postura elegante, o arco seguro de maneira correta?

-Mentalize a idéia de um mestre perfeito sempre ao seu lado, e faça tudo para reverencia-lo e honrar seus ensinamentos. Este mestre, que muitos chamam de Deus, outros chamam de “a coisa”, outros chamam de talento, está sempre ali nos olhando. Ele merece que o melhor.

“Lembre-se também dos seus aliados: você tem que apóia-los, porque eles lhe ajudarão nos momentos em que estará precisando. Procure desenvolver o dom da bondade: este dom lhe permite estar sempre em paz com seu coração. Mas sobretudo não esqueça: o que lhe falei são talvez palavras inspiradas, mas só terão sentido se você as experimentar.

Tetsuya estendeu a mão para despedir-se, mas o rapaz pediu:

-Só mais uma coisa: como foi que aprendeu a atirar?

Tetsuya refletiu um pouco: valia a pena contar? Mas como aquele tinha sido um dia especial, terminou abrindo a porta de sua oficina.

-Vou preparar um chá. E vou contar a história – mas você terá que prometer a

mesma coisa que eu pedi que o estrangeiro me promettesse: jamais comentar com ninguém sobre minha habilidade.

Entrou, acendeu a luz, tornou a envolver seu arco com a longa tira de couro, e colocou-o em um lugar discreto: se alguém o achasse por acaso, iria pensar que era apenas um pedaço de bambu retorcido. Foi até a cozinha, preparou o chá, sentou-se com o rapaz, e começou sua história.

-Eu trabalhava para um grande senhor das redondezas: era encarregado de cuidar dos seus estábulos. Mas como o senhor viajava sempre, e meu tempo livre era enorme, resolvi me dedicar ao que considerava a verdadeira razão de viver: bebida e mulheres.

“Um belo dia, depois de várias noites em claro, senti uma vertigem e cai no meio do campo. Achei que ia morrer, e entreguei-me. Mas um homem que jamais tinha visto passou pela estrada, amparou-me, levou-me até sua casa – em um lugar muito distante daqui – e cuidou de minha saúde durante meses seguidos. Enquanto repousava, eu o via todas as manhãs ir para o campo com seu arco e suas flechas.

“Quando me senti recuperado, pedi que me ensinasse a arte do arco – era muito mais interessante que cuidar de cavalos. Ele me disse, entretanto, que minha morte tinha se aproximado muito, e agora não podia faze-la recuar: ela estava a dois passos de mim, eu já havia causado muito dano a meu corpo físico.

“Se eu quisesse aprender, era apenas para que minha morte não me tocasse. Um homem de um país distante, do outro lado do oceano, havia lhe ensinado que era possível desviar por algum tempo o caminho até o precipício da morte. Mas no meu caso, pelo resto de meus dias, eu precisava ter consciência de que estava caminhando à beira deste abismo, e podia cair nele a qualquer momento.

“Ensinou-me então o caminho do arco. Apresentou-me aos seus aliados, obri-

gou-me a participar de competições, e logo minha fama se espalhou por todo o país. Quando viu que eu já aprendera o suficiente, retirou minhas flechas, meu alvo, deixando apenas o arco como lembrança. Disse que eu usasse todos aqueles ensinamentos para fazer algo que realmente me enchesse de entusiasmo. “Eu comentei que a coisa que mais gostava era a carpintaria. Ele me abençoou, pediu que eu partisse e me dedicasse ao que gostava de fazer, antes que minha fama como arqueiro terminasse por me destruir, ou me levasse de volta à antiga vida.

“Desde então, travo todos os segundos uma luta contra meus vícios e minha auto-piedade. Preciso estar concentrado, manter a calma, fazer com amor o trabalho que escolhi, e jamais ter apego ao momento presente. Porque a morte continua ainda muito próxima, o abismo está do lado, e eu caminho pela sua borda.”

Tetsuya não disse que a morte está sempre perto todos os seres vivos: o rapaz era ainda muito jovem, e não precisava ficar pensando nisso. Tetsuya tampouco disse que cada etapa do caminho do arco estava presente em qualquer atividade humana.

Apenas abençoou o rapaz, da mesma maneira que tinha sido abençoado há muitos anos, e pediu que fosse embora, porque tinha sido um longo dia, e precisava dormir.

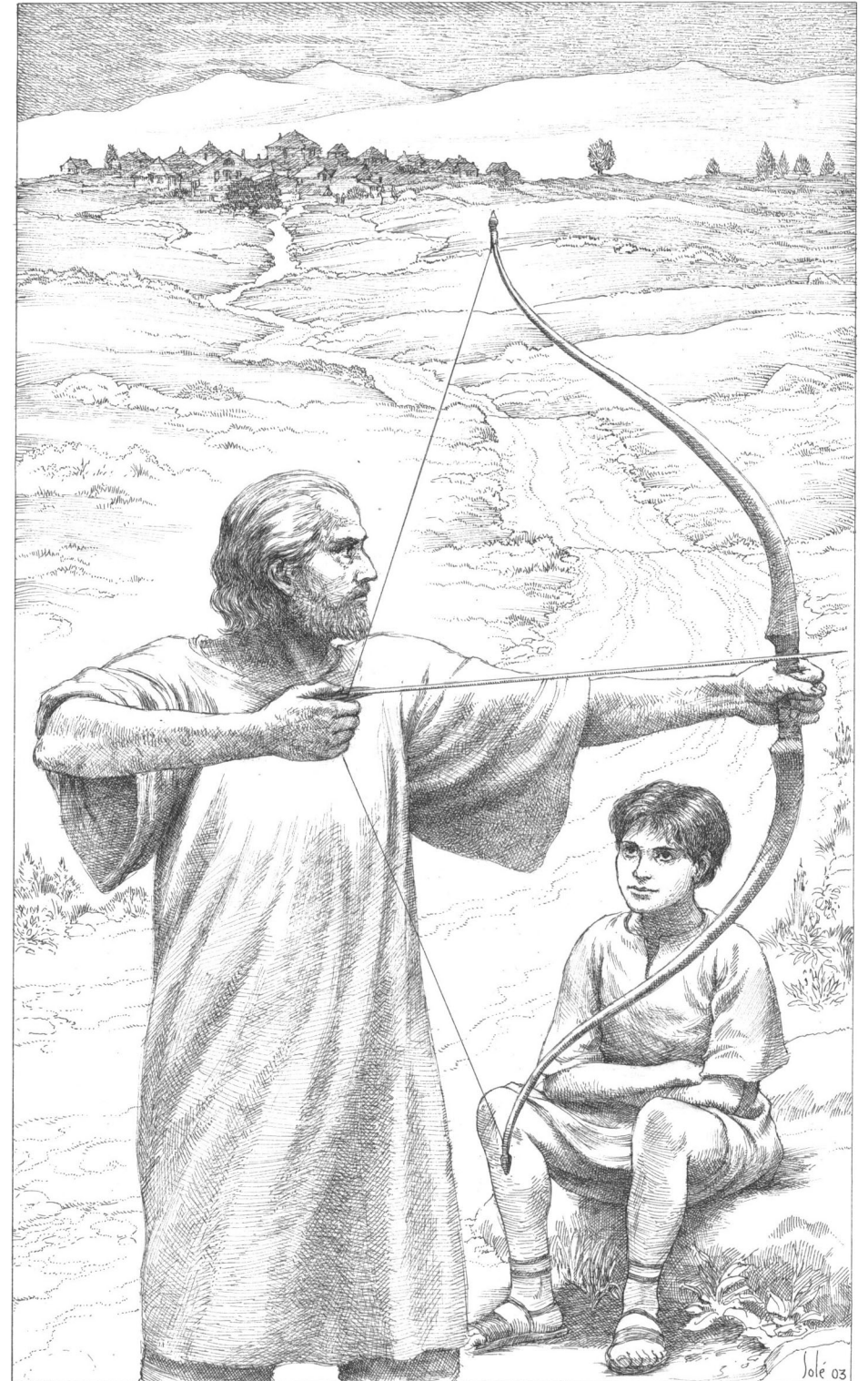
Agradecimentos

Harrigel, pelo livro “Zen e a arte cavalheiresca do tiro com arco” (Ed. Pensamento)

Pamela Hartigan, diretora geral da Schwab Foundation for Social Entrepreneurship: por descrever as qualidades dos aliados.

Dan e Jackie DeProspero pelo livro sobre Onuma-san, “Kyudo” (Budo Editions, France)

Carlos Castaneda, pela descrição do encontro da morte com o nagual Elias.



Il regalo di Natale che è stato scelto quest'anno è un racconto scritto in esclusiva per i nostri clienti da Paulo Coelho, famoso autore brasiliano.

“Il Cammino Dell’Arco” narra la storia di Tetsuya, il miglior arciere del paese, che cerca di trasmettere i suoi insegnamenti ad un ragazzo del suo villaggio. Gli sforzi giornalieri, il lavoro, il superamento delle difficoltà, la determinazione, il coraggio di prendere decisioni rischiose sono tra le qualità che emergono da questo racconto.

Paulo Coelho ha saputo esprimere in queste poche pagine molti di quei valori che ispirano il nostro lavoro giorno dopo giorno: innovazione, flessibilità, saperci adattare ai cambiamenti, entusiasmo, lavoro di squadra, tutte qualità che mettiamo a disposizione per cercare di perfezionare il nostro “Cammino Dell’Arco”.

Come per il protagonista del racconto, in *DMR Consulting* cerchiamo di dare il meglio perché sappiamo che la cosa più importante che possediamo è contenuta in noi stessi.

Buon Natale

Soci *DMR Consulting*

Per tutti i clienti di *DMR Consulting*, i quali riescono ad avere una visione della strategia corporativa a partire dall'efficienza individuale, scrissi questo testo, dove arco, freccia e bersaglio e arciere sono parte integrante dello stesso sistema di sviluppo e di sfida.

Paulo Coelho

Paulo Coelho

IL CAMMINO DELL'ARCO

Una preghiera senza scopo è come una freccia senza arco

Uno scopo senza preghiera è come un arco senza freccia

Ella Wheeler Wilcox

-Tetsuya.

Il ragazzo guardò con stupore lo straniero.

-Nessuno in questa città ha mai visto Tetsuya con un arco in mano – rispose.

– Sappiamo tutti che lavora nella falegnameria.

-Può darsi che abbia smesso, che si sia scoraggiato, a me questo non interessa insistette lo straniero. – Ma se ha rinunciato al suo talento non può essere considerato il miglior arciere del paese. E per questo motivo sono stato in viaggio tanti giorni: per sfidarlo e mettere la parola fine a una fama che non merita più.

Il ragazzo capì che non serviva continuare a discutere: era meglio portarlo dal falegname affinché vedesse con i propri occhi che si stava sbagliando.

Tetsuya stava lavorando nella bottega sul retro della sua casa. Si voltò per vedere chi stava arrivando, e il suo sorriso si interruppe a metà. Gli occhi si fissarono sulla lunga borsa a tracolla che lo straniero portava con sé.

-È esattamente quello che stai pensando – disse l'uomo appena arrivato. –

Non sono venuto fin qui per umiliare né per provocare l'uomo che è diventato una leggenda. Vorrei soltanto dimostrare che, con tutti i miei anni di esercizio, sono riuscito a raggiungere la perfezione.

Tetsuya accennò a tornare al suo lavoro: stava finendo di mettere i piedi ad un tavolo.

-Un uomo che fu di esempio per tutta una generazione, non può sparire come spariste voi – continuò lo straniero. – Segui i vostri insegnamenti, cercai di rispettare il cammino dell'arco, e merito che voi mi vediate tirare. Se farete ciò, io me ne andrò e non dirò ad alcuno dove si trova il più grande di tutti i maestri.

Lo straniero estrasse dal suo bagaglio un lungo arco, fatto di bambù laccato,

con l'impugnatura posta un poco più in basso rispetto al centro. Fece un inchino verso Tetsuya, si diresse fino al giardino, e fece un altro inchino verso un luogo determinato. Poi, estrasse una freccia ornata con piume di aquila, aprì le gambe in modo da formare una base solida per il tiro, con una mano portò l'arco fino all'altezza del viso, con l'altra incoccò la freccia.

Il ragazzo osservava con un misto di allegria e stupore. E Tetsuya aveva interrotto il suo lavoro, guardando lo straniero con curiosità.

L'uomo portò l'arco – con la freccia già incoccata alla corda – fino al centro del petto. Lo innalzò sopra la sua testa, e a man mano che faceva scendere le mani, iniziò a tenderlo.

Quando la freccia arrivò all'altezza del suo volto, l'arco era già completamente teso. Per un istante che sembrò durare un'eternità, l'arciere e l'arco rimasero immobili. Il ragazzo guardava il punto verso il quale la freccia stava puntando, ma non vide niente.

Improvvisamente, la mano sulla corda si aprì, il braccio venne spinto all'indietro, l'arco descrisse un cerchio elegante nell'altra mano, e la freccia scomparve dalla vista, per tornare ad fare la sua comparsa lontano.

-Vai a prenderla– disse Tetsuya.

Il ragazzo tornò con la freccia: aveva trafitto una ciliegia che si trovava per terra, a quaranta metri di distanza.

Tetsuya fece un inchino verso l'arciere, andò verso un angolo della sua falegnameria, e prese una specie di legno sottile, dalle curve eleganti, avvolto in una lunga fettuccia di cuoio. Sciolse la fettuccia senza la benché minima fretta, e comparve un arco simile a quello dello straniero – con la differenza che sembrava essere stato molto usato.

-Non ho frecce, e ne avrei bisogno di una delle tue. Farò ciò che mi hai chiesto, ma dovrai mantenere la promessa che hai fatto: non rivelerai mai il nome del villaggio dove vivo.

“Se qualcuno chiederà di me, dì che sei andato fino agli estremi confini del mondo per cercare di trovarmi, per poi scoprire che ero stato morso da un cobra e che dopo due giorni morii.”

Lo straniero annuì con la testa, e gli allungò una delle sue frecce.

Appoggiando una delle estremità del lungo arco di bambù alla parete, e facendo uno sforzo molto considerevole, Tetsuya sistemò la corda. Quindi, senza proferire parola, uscì in direzione delle montagne.

Lo straniero e il ragazzo lo accompagnarono. Camminarono per un'ora, finché giunsero ad una fenditura fra due rocce, dove scorreva un fiume impetuoso: quel luogo poteva essere attraversato solo per mezzo di un ponte di corda fradicio, mezzo pericolante.

Con tutta calma, Tetsuya arrivò fino al centro del ponte – che oscillava pericolosamente - fece un inchino verso qualcosa dall'altra parte, armò l'arco nella maniera in cui aveva fatto lo straniero, lo innalzò, lo portò nuovamente al petto, e tirò.

Il ragazzo e lo straniero videro che una pesca matura, che si trovava a venti metri dal punto preso di mira, era stata trafitta dalla freccia.

-Tu hai colpito una ciliegia, io ho colpito una pesca – disse Tetsuya, tornando verso la sicurezza rappresentata dalla sponda. - La ciliegia è più piccola.

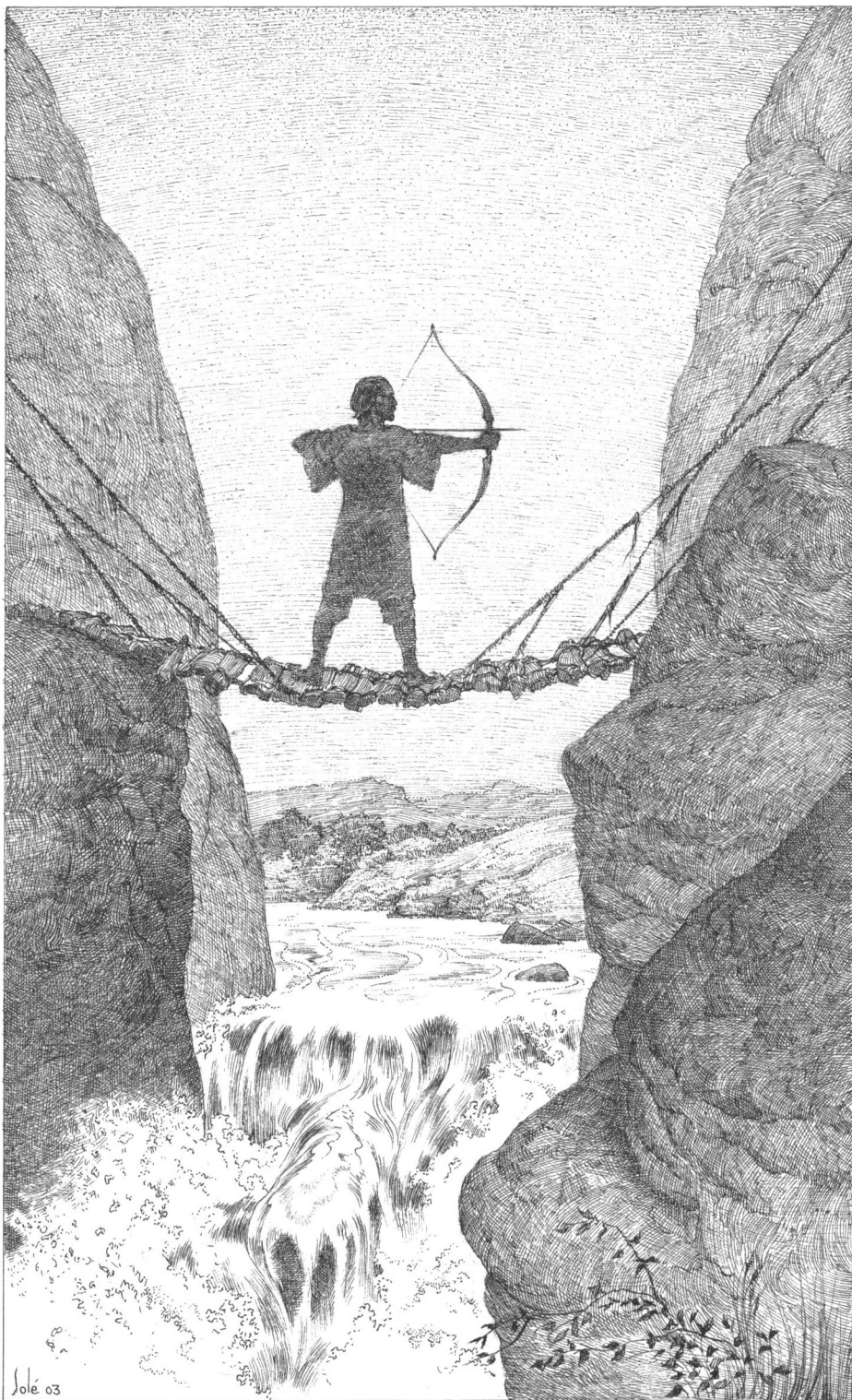
“Tu hai colpito il tuo bersaglio a quaranta metri, e il mio si trovava a metà di quella distanza. Quindi, tu sei in grado di ripetere quello che hai fatto. Vieni fin qui al centro di questo ponte, e rifai la stessa cosa.”

Terrorizzato, lo straniero si diresse fino al centro del ponte semi fradicio, tenendo gli occhi fissi al burrone sotto ai suoi piedi. Fece gli stessi gesti rituali, tirò in direzione dell'albero delle pesche, ma la freccia passò molto distante.

Facendo ritorno verso la sponda, il suo volto era pallido.

-Possiedi capacità, possiedi dignità, e possiedi la postura giusta – disse

Tetsuya.-Conosci bene la tecnica e padroneggi lo strumento, ma non sai domi-



nare la tua mente. Sai tirare quando tutte le circostanze ti sono favorevoli, ma trovandoti su un terreno rischioso, non riesci a raggiungere l'obiettivo. Invece, l'arciere non sempre può scegliere il suo campo di battaglia, per cui ricomincia l'allenamento e tieniti pronto per le situazioni non a tuo favore.

“Prosegui nel cammino dell'arco, poiché è il cammino di una vita. Ma cerca di imparare che un tiro corretto e preciso è molto diverso da un tiro fatto con la pace nell'anima.”

Lo straniero fece ancora una volta un profondo inchino, ripose il suo arco e le sue frecce nella lunga sacca a tracolla che portava sulle spalle, e partì.

Sulla strada del ritorno, il ragazzo era esultante.

-Lo avete umiliato, Tetsuya! Dovete essere proprio il più bravo di tutti!

-Non dobbiamo giudicare le persone senza prima imparare ad ascoltarle e rispettarle. Lo straniero era un uomo buono: non mi ha umiliato, né ha tentato di dimostrare di essere il migliore, nonostante desse l'impressione contraria.

Desiderava mostrare il suo talento e vederlo riconosciuto, al costo di dare l'impressione di starmi sfidando.

“D'altronde, fa parte del cammino dell'arco affrontare di tanto in tanto delle prove inaspettate, ed è stato esattamente ciò che oggi lo straniero mi ha permesso di fare”.

-Ha detto che eravate il più bravo di tutti, e io neppure sapevo che eravate un maestro del tiro con l'arco. Se è così, perché lavorate in una falegnameria?

-Perché il cammino dell'arco è utile per tutto, e il mio sogno era di lavorare il legno. Inoltre, un arciere che percorre questo cammino non ha bisogno dell'arco, né della freccia, né del bersaglio.

-In questo villaggio non succede mai niente di interessante, e improvvisamente mi rendo conto di stare al cospetto di un maestro in un'arte alla quale nessuno è più interessato – disse il ragazzo, con gli occhi che gli brillavano. – Che

cos'è il cammino dell'arco? Potete insegnarmelo ?

-Insegnare non è difficile. Posso farlo in meno di un'ora, mentre facciamo ritorno al villaggio. Ciò che è difficile è esercitarsi tutti i giorni fino a raggiungere la precisione necessaria.

Gli occhi del ragazzo sembravano implorare una risposta affermativa. Tetsuya camminò in silenzio per quasi quindici minuti, e quando riprese a parlare, la sua voce sembrava più giovane:

-Oggi sono contento: ho onorato un uomo che, molti anni fa, mi salvò la vita. Per questo motivo, ti darò tutte le regole necessarie, ma non posso fare nient'altro a parte questo: se tu riesci a comprendere quello che ti sto dicendo, potrai usare questi insegnamenti per qualsiasi cosa desideri.

“Pochi minuti fa, mi hai chiamato maestro. Cos'è un maestro? Ebbene io ti rispondo: non è chi insegna qualcosa, ma chi ispira l'alunno a dare il meglio di sé per scoprire una conoscenza che già possiede nella propria anima.”

E mentre scendevano dalla montagna, Tetsuya illustrò il cammino dell'arco.

GLI ALLEATI

L'arciere che non condivide con gli altri l'allegria dell'arco e della freccia, non conoscerà mai le proprie qualità e i propri difetti.

Perciò, prima di iniziare qualsiasi cosa, cerca degli alleati – persone che si interessano a ciò che stai facendo.

Non sto dicendo: “cerca degli altri arcieri.” Dico: trova delle persone dalle differenti capacità, perché il cammino dell'arco non è diverso da qualsiasi altro cammino intrapreso con entusiasmo.

I tuoi alleati non saranno necessariamente quelle persone che tutti guardano, restano incantati, e affermano: “ non esiste nessuno migliore.” Proprio il con-

trario: sono persone che non hanno paura di commettere errori, e quindi li commettono. Per questo motivo, non sempre il loro lavoro verrà riconosciuto. Ma è questo genere di persone che trasforma il mondo, e dopo molti errori riesce a combinare qualcosa che farà la più grande differenza all'interno della propria comunità.

Sono persone che non possono restare ad aspettare che le cose succedano, per poi decidere qual è l'atteggiamento migliore da assumere: loro decidono man mano che agiscono, pur sapendo che questo può essere molto rischioso.

Vivere assieme a queste persone è importante per un arciere, perché lui ha bisogno di capire che, prima di mettersi davanti al bersaglio, deve essere sufficientemente libero per cambiare direzione man mano che porta la freccia davanti al petto. Quando apre la mano e lascia la corda, deve dire a se stesso: “mentre tendevo l'arco, ho percorso un lunga via. Adesso scocco questa freccia sapendo che ho rischiato a sufficienza, e ho dato il meglio di me.”

I migliori alleati sono quelli che non ragionano come gli altri. Per questo, quando cerchi dei compagni con cui condividere l'entusiasmo del tiro, fidati del tuo intuito, e non curarti dei commenti altrui. Le persone giudicano sempre gli altri avendo come modello i propri limiti – e a volte l'opinione della comunità è piena di preconcetti e timori.

Unisciti a chi sperimenta, rischia, cade, si fa male, e torna a rischiare.

Allontanati da chi asserisce delle verità, critica chi non la pensa come loro, non ha mai mosso un dito senza avere la certezza che avrebbe ottenuto rispetto, e preferisce avere certezze piuttosto che dubbi.

Unisciti a chi si espone e non ha paura di mostrarsi vulnerabile: essi capiscono che le persone possono migliorare solo quando osservano ciò che l'altro sta facendo, non per giudicarlo, ma per ammirarlo per la sua dedizione e il suo coraggio..

Forse tu pensi che il tiro con l'arco non possa interessare a un fornaio o a un

agricoltore, ma io ti dico: loro trasferiranno ciò che hanno visto in ciò che stanno facendo. Anche tu farai lo stesso: imparerai da un bravo fornaio come usare le mani, e come conoscere l'esatta miscela degli ingredienti. Imparerai dall'agricoltore ad avere pazienza, a lavorare duramente a rispettare le stagioni, e a non bestemmiare contro i temporali – perché sarebbe soltanto una perdita di tempo.

Unisciti a chi è malleabile come il legno del tuo arco, e comprende i segnali lungo il cammino. Sono persone che non esitano a cambiare rotta quando scoprono una barriera insormontabile, o quando scorgono un'opportunità migliore. Questa è la qualità dell'acqua: cingere le rocce, adattarsi al corso del fiume, a volte trasformarsi in lago finché l'avallamento non si riempie e continuare così il proprio cammino, perché l'acqua non dimentica che il suo destino è il mare, e prima o dopo dovrà arrivare a lui.

Unisciti a chi non ha mai detto: “é finita, occorre che mi fermi qui.” Perché così come all'inverno succede la primavera, niente può finire: dopo avere raggiunto il tuo obiettivo è necessario ricominciare, avvalendoti sempre di ciò che hai appreso durante il cammino.

Unisciti a chi canta, racconta storie, gode della vita, e ha l'allegria negli occhi. Perché l'allegria è contagiosa, e riesce sempre ad evitare che le persone si lascino paralizzare dalla depressione, dalla solitudine, e dalle difficoltà.

Unisciti a tutti coloro che fanno il proprio lavoro con entusiasmo. Ma affinché tu possa essere utile a loro come loro sono utili a te, bisogna sapere di quali strumenti sei dotato, e come potrai perfezionare le tue capacità.

Quindi, è giunta l'ora di conoscere il tuo arco, la tua freccia, il tuo bersaglio, e la tua via.

L'ARCO

L'arco è la vita: da lui viene tutta l'energia.

La freccia scoccherà un giorno.

Il bersaglio è distante.

Ma l'arco resterà sempre con te, e bisogna saper prendersene cura.

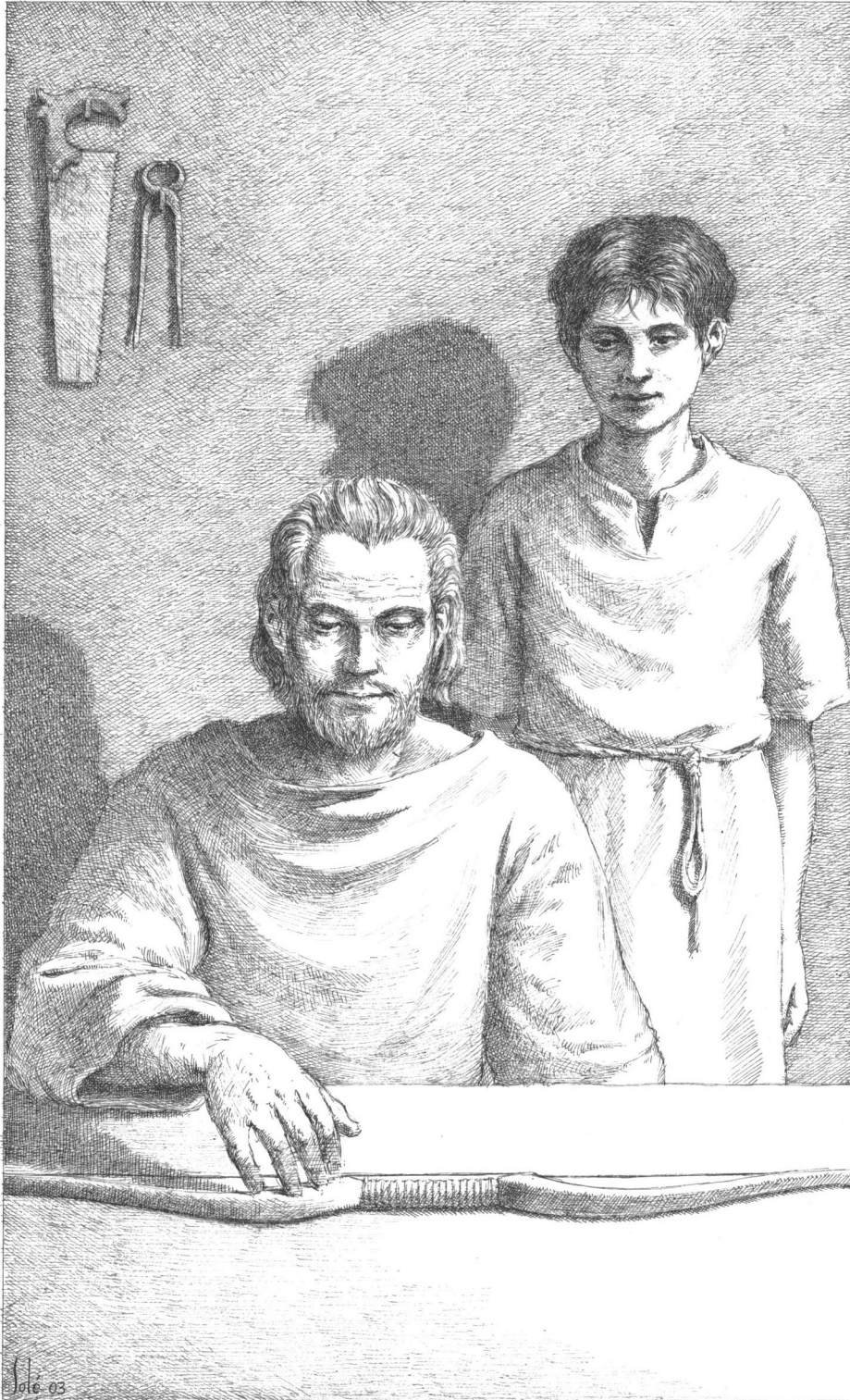
Ha bisogno di periodi di inattività – un arco che è sempre armato, in uno stato di tensione, perde la sua potenza. Perciò, lascia che riposi, che recuperi la sua stabilità: così quando tenderai la corda, lui sarà contento e con la sua forza intatta.

L'arco non possiede coscienza: è un prolungamento della mano e del desiderio dell'arciere. Serve per ammazzare o per meditare. Perciò, le tue intenzioni siano sempre chiare.

Un arco è flessibile, ma ha anche un limite. Uno sforzo al di là delle sue capacità lo spezzerà, o lascerà esausta la mano che lo tiene stretto. Perciò, cerca di essere in armonia con il tuo strumento, e non esigere più di quanto ti possa dare.

Un arco sta riposando oppure è teso nella mano dell'arciere: invece la mano è solo il luogo dove si concentrano tutti i muscoli del corpo, tutte le intenzioni di chi tira, tutto lo sforzo per il tiro. Perciò, per tenere l'arco aperto con eleganza, fai in modo che ciascuna componente faccia solo il necessario, e non disperda le sue energie. Così, potrai scoccare molte frecce senza stancarti.

Per comprendere il tuo arco, bisogna che passi a far parte del tuo braccio, ed essere un'estensione del tuo pensiero.



LA FRECCIA

La freccia è l'intenzione.

È ciò che unisce la forza dell'arco con il centro del bersaglio.

L'intenzione deve essere cristallina, onesta, molto equilibrata.

Una volta che è partita, non farà ritorno, per cui è meglio interrompere un tiro – perché i movimenti per arrivare fino a lì non erano precisi e corretti – che agire in una maniera qualsiasi, soltanto perché l'arco era già teso e il bersaglio stava attendendo.

Ma non smettere mai di scoccare la freccia se l'unica cosa che ti paralizza è la paura di sbagliare. Se i movimenti che hai fatto sono corretti, apri la tua mano e lascia la corda. Anche se non raggiunge l'obiettivo, la prossima volta saprai perfezionare la tua mira..

Se non corri dei rischi, non saprai mai quali cambiamenti erano necessari.

Ogni freccia lascia un ricordo nel tuo cuore – ed è la somma di questi ricordi che ti farà tirare sempre meglio.

IL BERSAGLIO

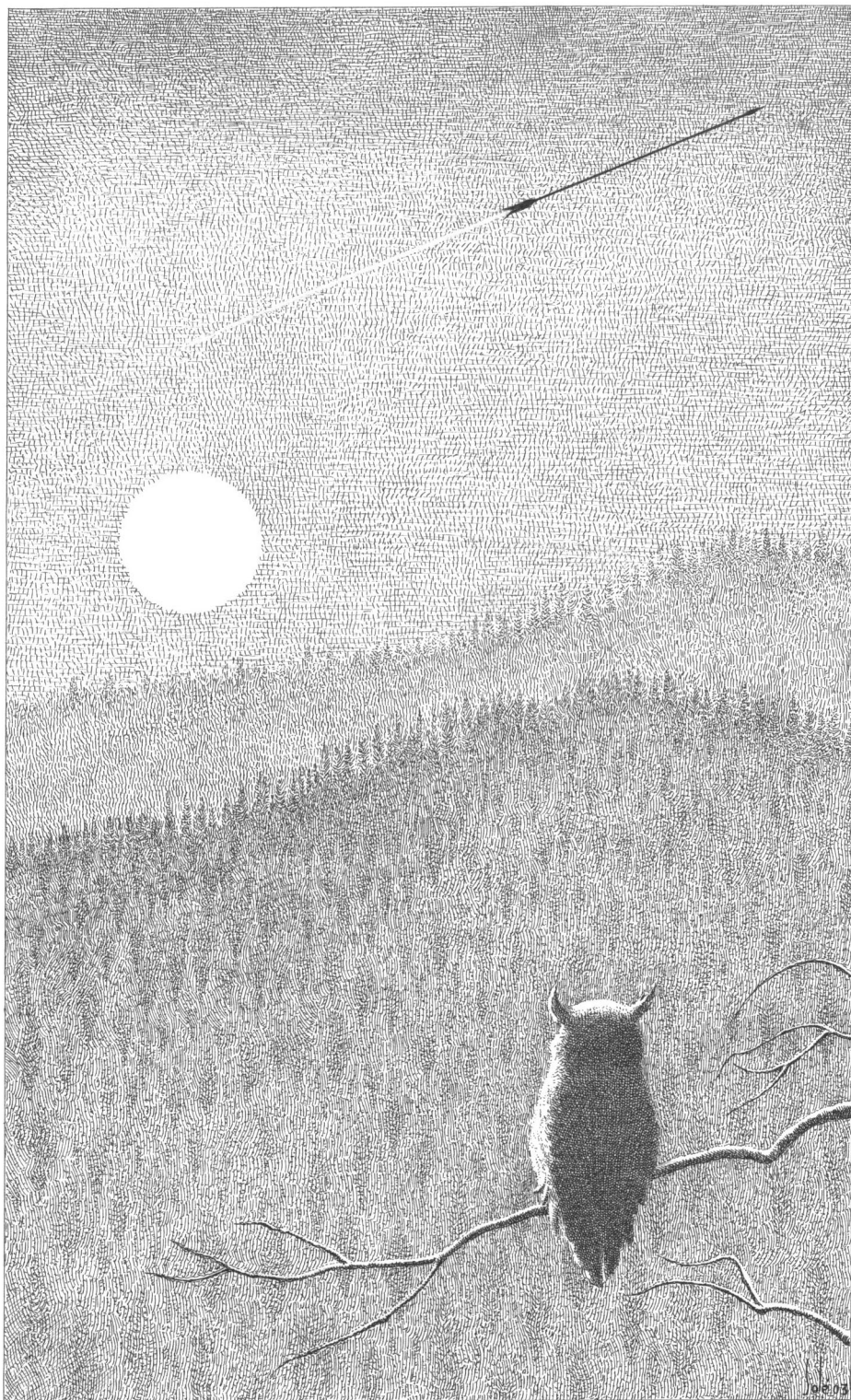
Il bersaglio è l'obiettivo da raggiungere.

È stato scelto dall'arciere, ma è distante, e non possiamo mai fargliene una colpa quando non lo si centra. In ciò alberga la bellezza del cammino dell'arco: non ti puoi mai scusare, dicendo che l'avversario era più forte.

Se stato tu a scegliere il tuo bersaglio, e ne sei responsabile.

Il bersaglio può essere grande, piccolo, essere a destra o a sinistra, ma tu devi sempre metterti davanti a lui, rispettarlo, e fare sì che si avvicini mentalmente.

Solo quando si troverà sulla punta della tua freccia, quello è il momento in cui



devi lasciare la corda.

Se guardi al bersaglio come ad un nemico, potrai comunque colpire il bersaglio, ma non riuscirai a migliorare niente in te stesso. Passerai la vita tentando soltanto di conficcare una freccia al centro di una cosa di carta o di legno, il che è assolutamente inutile. E quando starai con altre persone, ti lamenterai che non fai niente di interessante.

Per questo, occorre che tu scelga il tuo bersaglio, che dia il meglio di te stesso per raggiungerlo, e che lo guardi sempre con rispetto e dignità: occorre che tu sappia cosa significa, e quanto ti è costato lo sforzo, l'allenamento, l'intuizione. Guardando il bersaglio, non concentrarti solo su di esso, ma su tutto quello che succede attorno: perché la freccia, quando viene scoccata, si imbatte con fattori che di tu non calcoli, come il vento, il peso, la distanza.

Tu devi capire il bersaglio. Bisogna che ti domandi costantemente: "se sono il bersaglio, dove sono? In che maniera mi piacerebbe essere centrato, in modo da dare all'arciere quella rispettabilità che merita?"

Poiché un bersaglio esiste nella misura in cui esiste un arciere. Ciò che giustifica la sua esistenza è il desiderio dell'arciere di centrarlo – altrimenti sarebbe una cosa morta, un pezzo di carta o di legno, al quale nessuno presterebbe attenzione.

Così, nello stesso modo in cui la freccia cerca il bersaglio, anche il bersaglio cerca la freccia, perché è lei che dà senso alla sua vita: non è più un pezzo di carta, ma è il centro del mondo di un arciere.

LA POSIZIONE

Una volta compreso l'arco, la freccia, e il bersaglio, occorre possedere serenità ed eleganza per imparare la pratica del tiro.

La serenità viene dal cuore. Sebbene sia spesso tormentato da idee di insicurezza, lui sa che – attraverso la corretta posizione – otterrà il meglio di sé.

L'eleganza non è una cosa superficiale, bensì è la maniera escogitata dall'uomo per onorare la vita e il proprio lavoro. Per questo, quando talvolta avverti che la posizione ti è scomoda, non pensare che sia finta o innaturale: lei è vera perché è difficile. Lei fa sì che il bersaglio si senta trattato con rispetto dalla dignità dell'arciere.

L'eleganza non è la posizione più comoda, ma la posizione più appropriata affinché il tiro sia perfetto.

L'eleganza si raggiunge quando si elimina tutto il superfluo, e l'arciere scopre la semplicità e la concentrazione: più la posizione è semplice e sobria, più sarà bella.

La neve è bella perché è solo di un colore, il mare è bello perché sembra una superficie piana – ma sia il mare che la neve sono profondi e conoscono le proprie qualità.

COME INCOCCARE LA FRECCIA

Incoccare la freccia significa essere in contatto con la propria intenzione.

Bisogna osservarne tutta la lunghezza, vedere se le piume che guidano il suo volo sono messe bene, controllare la punta, assicurarsi che sia affilata.

Accertarsi che sia diritta, che non sia stata piegata o danneggiata da un tiro precedente.

La freccia, con la sua semplicità e leggerezza, può sembrare fragile – ma la forza dell'arciere fa sì che riesca a portare lontano l'energia del suo corpo e della sua mente. Racconta la leggenda che una semplice freccia fu in grado di affondare una nave, perché l'uomo che la scoccò sapeva dove si trovava il punto più debole del legno, e così riuscì ad aprire una falla che fece sì che l'acqua entrasse senza far rumore nella stiva, annientando la minaccia degli invasori del suo villaggio.

La freccia è l'intenzione che abbandona la mano dell'arciere, e parte in direzione del bersaglio – dunque, lei è libera durante il volo, e seguirà il cammino che le è stato destinato al momento del tiro.

Sarà toccata dal vento e dalla gravità, ma questo è parte del suo percorso: una foglia non smette di essere foglia solo perché un temporale l'ha strappata dall'albero.

Così è l'intenzione dell'uomo: perfetta, onesta, affilata, salda, precisa. Nessuno riesce a trattenerla mentre attraversa lo spazio che la separa dal suo destino.

COME REGGERE L'ARCO

Mantieni la calma e respira profondamente.

Tutti i movimenti vengono osservati dai tuoi alleati, che ti aiuteranno nella misura necessaria.

Ma non dimenticarti che anche l'avversario ti sta osservando, e conosce la differenza tra una mano ferma e una mano tremante: pertanto, se ti senti teso, respira profondamente, perché ciò ti aiuterà a trovare la concentrazione durante tutte le fasi del tiro.

Nel momento in cui reggi il tuo arco e lo disponi – con eleganza – di fronte al tuo corpo, cerca di rivedere mentalmente ogni passaggio che ti ha portato a

preparare il tiro. Ma fallo senza tensione, perché è impossibile tenere tutte quante le regole in mente: e con un atteggiamento tranquillo, mano a mano che rivedi ogni passaggio, prenderai coscienza dei momenti più difficili, e di come li hai superati.

Questo ti darà fiducia, e la tua mano non tremerà più.

COME TENDERE LA CORDA

L'arco è uno strumento musicale, ed è nella corda che si manifesta il suo suono.

La corda è grande, ma la freccia la tocca soltanto in un piccolo punto, ed è in questo punto che deve essere concentrata tutta la sapienza e l'esperienza dell'arciere.

Se lui si inclina un po' a destra, o un po' a sinistra, se questo punto si trova più in cima o più in basso rispetto alla linea di tiro, l'obiettivo non verrà mai raggiunto.

Pertanto, nel momento in cui tendi la corda, sii come un musicista che suona il suo strumento. Nella musica, il tempo è più importante dello spazio: un gruppo di note messe in fila non significano niente, ma chi legge quello che è scritto li riesce a trasformare questa fila in suoni e battute.

Così come l'arciere giustifica l'esistenza del bersaglio, la freccia giustifica l'esistenza dell'arco: tu puoi scoccare una freccia con una mano, ma un arco senza freccia non ha nessuna utilità.

Quindi, quando allarghi le braccia, non pensare che stai tendendo l'arco. Pensa che la freccia è il centro, immobile, e tu stai facendo in modo che le loro estremità si avvicinino, toccandola con attenzione, chiedendo che cooperi con te.

COME GUARDARE IL BERSAGLIO

Molti arcieri, nonostante pratichino da anni l'arte del tiro, si lamentano di sentire ancora il cuore battere all'impazzata dall'ansia, la mano tremare, la mira vacillare. Occorre che comprendano che una freccia o un arco non sono in grado di cambiare niente – ma l'arte del tiro fa sì che i nostri errori siano più evidenti.

Il giorno in cui non proverai più amore per la vita, il tuo tiro sarà confuso, complicato. Ti renderai conto di essere senza forza sufficiente per tendere la corda al massimo, di non riuscire a piegare l'arco come si deve.

E quella mattina rendendoti conto che il tuo tiro è confuso, cercherai di scoprire cosa ha causato una così grave imperfezione: ciò farà in modo di metterti faccia a faccia con un problema che ti angustia, ma che fino ad allora era rimasto nascosto.

Succede anche il contrario: il tuo tiro è sicuro, la corda vibra come uno strumento musicale, gli uccellini cantano attorno. Allora capisci che stai dando il meglio di te.

Nel frattempo, non farti influenzare dai tiri della mattina, sia che fossero precisi o incerti. Ci sono ancora molti altri giorni davanti a te, e ogni freccia è una vita a parte.

Serviti dei brutti momenti per scoprire ciò che ti fa tremare. Serviti dei momenti belli per trovare la tua via verso la pace interiore.

Ma non smettere né per paura né per allegria: il cammino dell'arco è una via senza fine.

IL MOMENTO DI SCOCCARE

Esistono due tipi di tiro.

Il primo è quello effettuato con precisione, ma senza anima. In questo caso, anche se l'arciere possiede un grande dominio della tecnica, egli si è concentrato esclusivamente sul bersaglio – e per questo motivo non si è fatto progressi, è diventato ripetitivo, non è riuscito a crescere, e un giorno abbandonerà il cammino dell'arco, perché ritiene che tutto sia diventato ripetitivo.

Il secondo tiro è quello effettuato con l'anima. Quando l'intenzione dell'arciere si tramuta nel volo della freccia, la sua mano si apre al momento giusto, il suono della corda fa cantare gli uccelli, e il gesto di scagliare lontano un oggetto qualunque determina – paradossalmente – un ritorno e un incontro con se stessi.

Tu sai lo sforzo che ti è costato tendere l'arco, respirare correttamente, concentrarti sul tuo obiettivo, avere ben chiara la tua intenzione, mantenere l'eleganza della postura, rispettare il bersaglio.

Ma occorre anche che tu comprenda che niente in questo mondo rimane a lungo con noi: in un dato momento la tua mano dovrà aprirsi, e lasciare che la tua intenzione segua il proprio destino.

Pertanto, la freccia deve partire, per quanto tu ami tutti i passi che ti portarono fino alla posizione elegante e alla giusta intenzione, e per quanto tu ammiri le sue piume, la sua punta, la sua forma.

Ma lei non può scoccare se prima l'arciere non è pronto per il tiro, perché il suo volo sarebbe breve. Lei non può scoccare se non dopo che si sono raggiunte la posizione e la concentrazione giusta, perché il corpo non resisterebbe allo sforzo e la mano inizierebbe a tremare.

Lei deve scoccare nel momento in cui l'arco, l'arciere, e il bersaglio si trovano nello stesso punto dell'universo: ciò si chiama ispirazione.

LA RIPETIZIONE

Il gesto è l'incarnazione del verbo: ossia, un'azione è un pensiero che si manifesta.

Un piccolo gesto ci rivela, per cui dobbiamo perfezionare tutto, pensare ai dettagli, imparare la tecnica in maniera tale che diventi intuitiva. L'intuizione non ha niente a che vedere con il fare le cose meccanicamente, ma con una disposizione dello spirito che va oltre la tecnica.

Così, dopo molto esercizio, non pensiamo più a tutti i movimenti necessari: finiscono per diventare parte della nostra esistenza. Ma per raggiungere ciò, occorre allenarsi, ripetere.

E come se non bastasse, occorre ripetere e allenarsi.

Osserva un bravo fabbro che lavora l'acciaio. Per un occhio non allenato, sta ripetendo gli stessi colpi di martello.

Ma chi conosce il cammino dell'arco, sa che ogni volta che solleva il martello e lo cala, l'intensità del colpo è diversa. La mano ripete lo stesso gesto, ma man mano che si avvicina al ferro, capisce se deve colpirlo con più forza o con più leggerezza.

Lo stesso succede con la ripetizione: anche se sembra la stessa cosa, è sempre diversa.

Osserva il mulino. Per chi guarda le sue pale solo una volta, sembra che giri con la stessa velocità, ripetendo sempre lo stesso movimento.

Ma chi conosce i mulini sa che sono influenzati dal vento, e cambiano direzione ogni qual volta sia necessario.

La mano del fabbro è stata educata dopo aver ripetuto migliaia di volte il gesto di martellare. Le pale del mulino sono in grado di muoversi velocemente, dopo che ha tirato un forte vento e ha fatto sì che i suoi ingranaggi restassero scorrevoli.

L'arciere lascia che molte frecce oltrepassino il suo obiettivo, perché sa che imparerà l'importanza dell'arco, della postura, della corda, e del bersaglio, dopo aver ripetuto i suoi gesti migliaia di volte, senza timore di sbagliare. E i veri alleati non lo esportano mai a critiche, perché sanno che l'allenamento è necessario, è l'unica maniera di perfezionare il proprio istinto e il suo colpo. Finché non arriva il momento in cui non occorre più pensare a quello che si sta facendo. A partire da quel momento, l'arciere passa a essere il suo arco, la sua freccia, e il suo bersaglio.

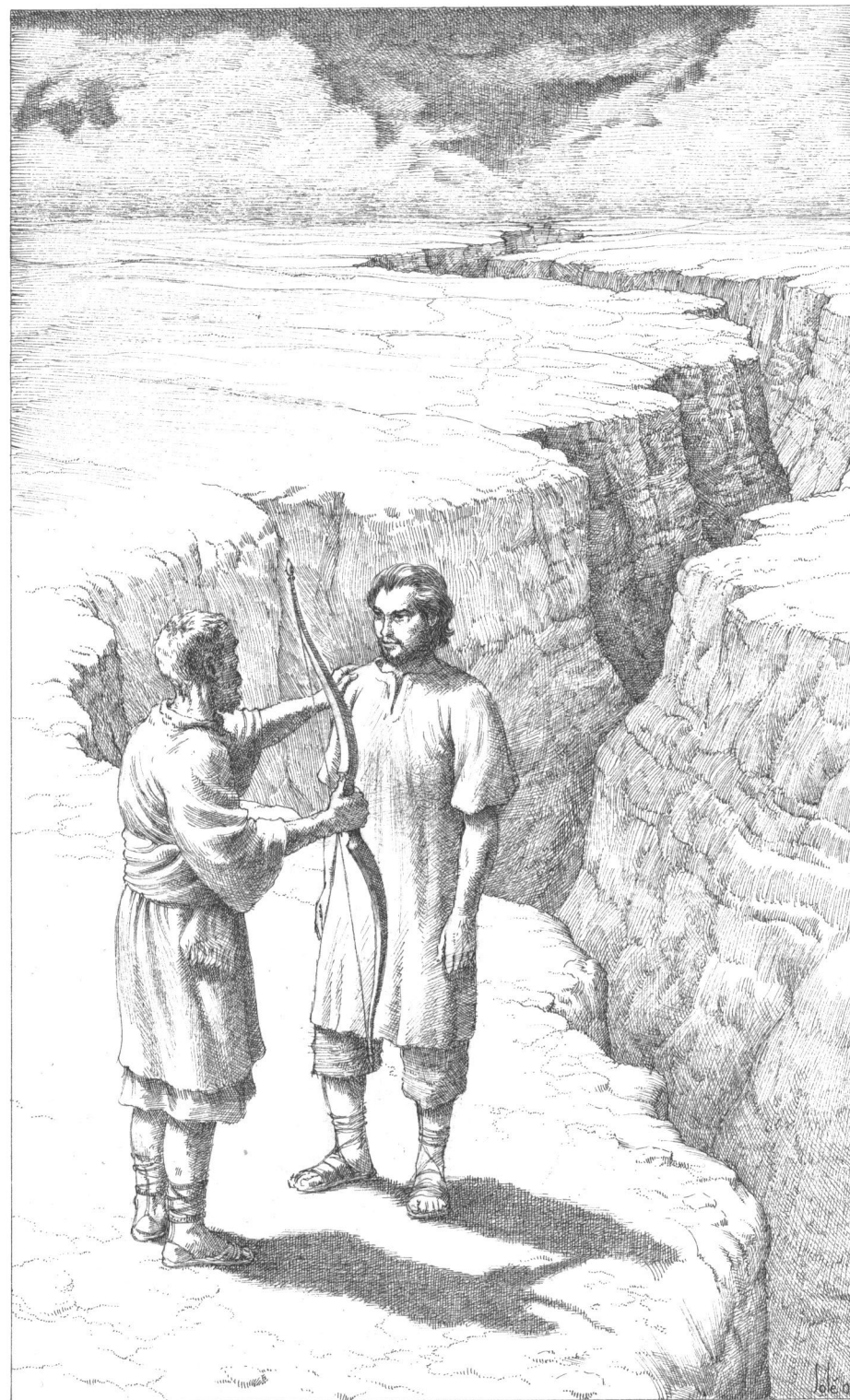
COME OSSERVARE IL VOLO DELLA FRECCIA

Una volta che la freccia è stata scoccata, non c'è più niente che l'arciere possa fare, se non accompagnare il suo tragitto verso l'obiettivo. A partire da questo momento, la tensione necessaria per il tiro non ha più motivo di esistere. Pertanto, l'arciere tiene gli occhi fissi al volo della freccia, ma il suo cuore riposa, e lui sorride.

La mano che lascia la corda viene spinta all'indietro, la mano sull'arco fa un movimento di espansione, l'arciere è costretto ad aprire le braccia e affrontare, a petto libero, lo sguardo dei suoi alleati e dei suoi avversari.

In questo momento, se si è sufficientemente allenato, se è riuscito a sviluppare il suo istinto, se è riuscito a mantenere l'eleganza e la concentrazione durante tutto il processo del tiro, sentirà la presenza dell'universo, e vedrà che la sua azione è stata giusta e meritata.

La tecnica fa sì che le sue due mani siano pronte, che la respirazione sia precisa, che gli occhi possano fissare il bersaglio. L'istinto fa sì che il momento del tiro sia perfetto.



Chi passasse da vicino e vedesse l'arciere con le braccia aperte, con gli occhi che accompagnano la freccia, penserà che sia immobile. Ma gli alleati sanno che la mente di chi ha effettuato il tiro ha cambiato dimensione, adesso si trova in contatto con tutto l'universo: continua a lavorare, a imparare tutto ciò di positivo che ha portato quel tiro, a correggere gli eventuali errori, a accettare le sue qualità, ad aspettare per vedere come reagisce il bersaglio quando viene centrato.

Quando l'arciere tende la corda, può vedere il mondo intero nel suo arco. Quando accompagna il volo della freccia, questo mondo si avvicina a lui, lo accarezza, e fa in modo che abbia la nitida sensazione di aver compiuto il proprio dovere.

Ogni freccia vola in maniera diversa. Scocca mille frecce, ciascuna ti mostrerà un tragitto distinto: questo è il cammino dell'arco.

L'ARCIERE SENZA ARCO, SENZA FRECCIA, SENZA BERSAGLIO

L'arciere impara quando dimentica le regole del cammino dell'arco, e passa ad agire basandosi soltanto sul proprio istinto. Mentre, per dimenticare le regole, occorre saperle rispettare e conoscerle.

Quando raggiunge questa condizione, non ha più bisogno degli strumenti che lo hanno fatto imparare. Non ha più bisogno dell'arco, né delle frecce, né del bersaglio – perché il cammino è più importante di ciò che lo ha messo in moto. Allo stesso modo, l'allunno che sta imparando a leggere giunge al momento in cui si affranca dalle lettere isolate, e passa a creare parole con esse.

Mentre, se le parole fossero tutte unite, non avrebbero senso, o renderebbero molto complicata la loro comprensione: è necessario che esistano degli spazi tra le parole.

È necessario, che tra un'azione all'altra, l'arciere si rammenti di tutto ciò che ha fatto, parli con i suoi alleati, si riposi e sia contento per il fatto di essere vivo.

Il cammino dell'arco è il cammino dell'allegria e dell'entusiasmo, della perfezione e dell'errore, della tecnica e dell'istinto.

Ma tu lo imparerai man mano che scoccherai le tue frecce.

Quando Tetsuya smise di parlare, erano già dinnanzi alla porta della falegnameria.

-Grazie per la compagnia – disse al ragazzo.

Ma questi non si mosse.

-Come posso sapere se sto agendo nella maniera giusta? Come avrò la certezza di avere lo sguardo concentrato, la postura elegante, l'arco saldo nella maniera corretta?

-Crea nella tua mente l'idea di un perfetto maestro sempre al tuo fianco, e fai tutto con lo scopo di riverirlo e di onorare i suoi insegnamenti. Questo maestro, che molti chiamano Dio, altri chiamano "la cosa", altri chiamano talento, ci guarda sempre. Lui merita il meglio.

"Ricordati anche dei tuoi alleati: devi sostenerli, perché loro ti aiuteranno nel momento in cui ne avrai bisogno. Cerca di coltivare il dono della bontà: questo dono ti permette di essere sempre in pace con il tuo cuore. Ma soprattutto non dimenticare: ciò che ti ho detto forse sono parole ispirate, ma avranno senso solo se tu le metterai in pratica.

Tetsuya allungò la mano per accomiarsi, ma il ragazzo gli domandò:

-Ancora una cosa: come è successo che avete imparato a tirare ?

Tetsuya rifletté un istante: valeva la pena raccontarlo? Ma siccome quello era stato un giorno speciale, finì per aprire la porta della sua bottega.

-Preparo un tè. E ti racconterò la storia – ma tu dovrai promettermi la stessa

cosa che ho chiesto mi promettesse lo straniero: non riferirai mai ad alcuno del mio talento.

Entrò, accese la luce, riavvolse il suo arco con la lunga striscia di cuoio, e la ripose in un luogo discreto: se qualcuno per caso la trovasse, penserebbe che sia soltanto una canna di bambù ritorta. Andò fino in cucina, preparò un tè, si sedette con il ragazzo e inizio il suo racconto.

-Lavoravo nelle vicinanze per un uomo importante: ero incaricato di occuparmi delle sue stalle. Ma siccome il signore viaggiava sempre, e avevo moltissimo tempo libero, decisi di dedicarmi a quella che ritenevo essere la ragione di vivere vera: l'alcool e le donne.

“Un bel giorno, dopo varie notti in bianco, ebbi le vertigini e caddi in mezzo alla campagna. Pensai di stare per morire, e mi lasciai andare. Ma un uomo che non avevo mai visto prima passò per la strada, mi soccorse, mi portò fino a casa sua – in un luogo molto distante da qui – e si prese cura della mia salute durante i mesi che seguirono. Mentre riposavo, io lo vedevo che tutte le mattine andava in campagna con il suo arco e le sue frecce.

“Quando mi sentii guarito, domandai che mi insegnasse l'arte dell'arco – era molto più interessante che occuparsi dei cavalli. Lui mi disse che, nel frattempo, la morte si era avvicinata molto a me, e che adesso niente poteva farla indietreggiare: stava a due passi da me, io avevo già causato molto danno al mio corpo.

“ Se io desideravo imparare, era solo per evitare di essere toccato dalla morte. Un uomo di un paese lontano, dall'altra parte dell'oceano, gli aveva insegnato che era possibile deviare per qualche tempo la strada verso il baratro della morte. Ma nel mio caso, per il resto dei miei giorni, occorreva che fossi cosciente del fatto che stavo camminando sul margine di questa abisso, e potevo cadere in qualsiasi momento.

“Mi insegnò quindi il cammino dell'arco. Mi presentò ai suoi alleati, mi cos-

trinse a partecipare a delle gare, e presto la mia fama si diffuse in tutto la nazione. Quando si rese conto che avevo già imparato a sufficienza, si prese le mie frecce, il mio bersaglio, lasciandomi solo l'arco come ricordo. Disse che usassi tutti quegli insegnamenti per fare qualcosa che mi riempisse veramente di entusiasmo.

“Io dissi che la cosa che più mi piaceva era la falegnameria. Lui mi benedisse, mi chiese di partire e di dedicarmi a ciò che mi piaceva fare, prima che la mia fama come arciera potesse distruggermi, o mi riportasse alla vecchia vita.

“ Da allora, ingaggio una lotta continua contro i miei vizi e l'autocommiserazione. Occorre che sia concentrato, che mantenga la calma, che faccia con amore il lavoro che ho scelto, e che non sia attaccato al momento presente. Perché la morte continua ad essere molto vicina, l'abisso è vicino, e io cammino sul bordo.”

Tetsuya non disse che la morte è sempre vicina a tutti gli esseri viventi: il ragazzo era ancora molto giovane, e non c'era bisogno che si fermasse a pensarci. Né disse Tetsuya che ogni tappa del cammino dell'arco era presente in qualsiasi attività umana.

Benedisse semplicemente il ragazzo, nella stessa maniera in cui fu benedetto molti anni fa, e chiese che se ne andasse, perché la giornata era stata lunga, e aveva bisogno di dormire.

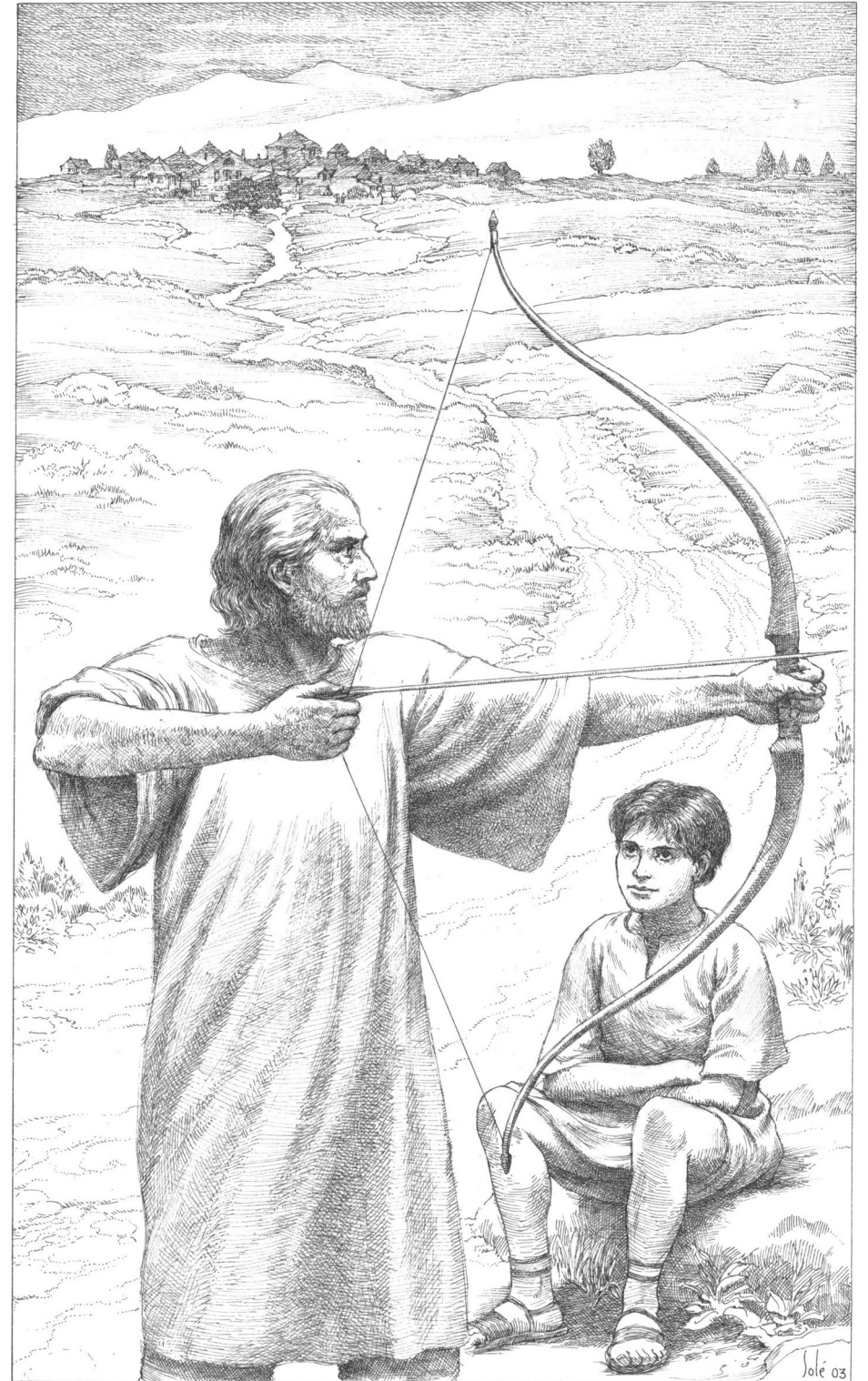
Ringraziamenti

Harrigel, per il libro "Zen e a arte cavalheiresca do tiro com arco" (Ed. Pensamento)

*Pamela Hartigan, direttore generale di Schwab Foudation for Social Entrepreneurship: per
avere descritto le qualità degli alleati.*

Dan e Jackie DeProspero per il libro su Onuma-san, "Kyudo" (Budo Editions, France)

Carlos Castaneda, per la descrizione dell'incontro della morte con il nagual Elias.



Das Weihnachtsgeschenk, das wir dieses Jahr ausgewählt haben, ist eine Geschichte, die von Paulo Coelho, dem berühmten brasilianischen Autor, ausschließlich für unsere Klienten verfasst wurde.

„Der Weg des Bogens“ handelt von der Geschichte Tetsuyas, dem besten Bogenschützen des Landes, der seine Lehren an einen Jungen seines Dorfes weitergibt.

In der Geschichte spiegeln sich folgende Gedanken wieder: unsere täglichen Bemühungen, unsere Arbeit, die Überwindung von Schwierigkeiten, Standfestigkeit, der Mut, riskante Entscheidungen zu treffen.

Paulo Coelho hat es geschafft, auf diesen wenigen Seiten, viele der Werte auszudrücken, die unsere tägliche Arbeit inspirieren: Innovation, Flexibilität, Anpassung an Änderungen, Begeisterung, Teamwork, Fähigkeiten, die wir Ihnen mit der Absicht anbieten, „Unseren Weg des Bogens“ zu vervollkommen.

Wie im Fall des Hauptdarstellers der Geschichte, versuchen wir *-DMR Consulting-*, unser Bestes zu geben, mit dem Wissen, dass das Wesentliche in uns selbst zu finden ist.

Frohe Weihnachten!

Die Partner-*DMR Consulting*

Für die Kunden der *DMR Consulting*, die aufgrund ihrer eigenen Effizienz eine Vision korporativer Strategie gestalten können, habe ich diesen Text geschrieben, in dem Bogen, Pfeil und Ziel und Schütze Teil des gleichen Systems von Entwicklung und Herausforderung sind.

Paulo Coelho

Paulo Coelho

DER WEG DES BOGENS

Ein Gebet ohne Absicht ist wie ein Pfeil ohne Bogen

Eine Absicht ohne Gebet ist wie ein Bogen ohne Pfeil

Ella Wheeler Wilcox

„Tetsuya!“

Der Junge blickte den Fremden erstaunt an.

„Niemand in dieser Stadt hat Tetsuya je einen Bogen halten sehen“, antwortete er. „Wir kennen ihn alle nur als Tischler.“

Der Fremde ließ nicht locker. „Vielleicht hat er das Bogenschießen inzwischen aufgegeben, den Mut verloren, was weiß ich. Doch dann verdient er auch nicht mehr, als der beste Bogenschütze des Landes zu gelten. Darum habe ich auch die lange Reise auf mich genommen: Um ihn herauszufordern und dem Ruhm, den er nicht mehr verdient, ein Ende zu bereiten.“

Der Junge sah, dass es zwecklos war, zu streiten: Es war besser, den Fremden zum Tischler zu bringen, damit er sich selbst davon überzeugen konnte, dass er sich irrte.

Tetsuya arbeitete in der Werkstatt, die im hinteren Teil seines Hauses lag. Er wandte den Kopf, um zu sehen, wer gekommen war und sein Lächeln gefror. Er starrte auf den langen Beutel, den der Fremde über der Schulter trug.

„Es ist genau, was Ihr denkt“, sagte der Fremde, der gerade eingetreten war.

„Ich bin nicht hierher gekommen, um den Mann, der eine Legende geworden ist, zu demütigen. Ich möchte nur beweisen, dass es mir nach vielen Jahren der Übung gelungen ist, die Vollkommenheit zu erreichen.“

Tetsuya schickte sich an, seine Arbeit wieder aufzunehmen: Er war gerade dabei, einen Tisch mit Beinen zu versehen.

Der Fremde aber fuhr fort: „Ein Mann, der das Vorbild einer ganzen Generation war, kann nicht so wie Ihr einfach verschwinden. Ich habe Eure Lehren befolgt, habe versucht, den Weg des Bogens zu achten und habe verdient, dass Ihr mir beim Schießen zuseht. Wenn Ihr dies tut, werde ich wieder gehen und niemandem sagen, wo der Größte aller Meister sich aufhält.“

Der Fremde entnahm dem langen Beutel einen langen, aus lackiertem Bambus gefertigten Bogen, dessen Griff etwas unterhalb der Mitte angebracht war. Er verbeugte sich zu Tetsuya gewandt, ging dann in den Garten und verbeugte sich dort zu einer bestimmten Stelle hin. Darauf zog er einen mit Adlerfedern bestückten Pfeil heraus, stellte die Füße so auseinander, dass er sicher stand, um zu schießen, hob den Bogen mit einer Hand vor das Gesicht und legte mit der anderen den Pfeil an den Bogen.

Der Junge schaute mit einer Mischung aus Freude und Verblüffung zu. Und Tetsuya hatte seine Arbeit unterbrochen, schaute dem Fremden neugierig zu. Der Mann zog, während der Pfeil bereits an der Sehne lag, den Bogen etwas zur Brust hin. Er hob ihn so an, dass der Pfeil über dem Kopf war und dann spannte er, indem er die Hände senkte, den Bogen.

Als der Pfeil auf der Höhe seines Gesichtes angelangte, war der Bogen bereits ganz gespannt. Einen Augenblick lang, der eine Ewigkeit zu dauern schien, bewegten sich Schütze und Bogen nicht. Der Junge schaute zu der Stelle hin, in die der Pfeil wies, konnte aber nichts erkennen.

Plötzlich öffnete sich die Hand an der Sehne, der Arm wurde zurückgezogen, der Bogen beschrieb in der anderen Hand eine anmutige Drehung, und der Pfeil verschwand aus dem Gesichtsfeld, um in der Ferne wieder aufzutauchen. „Geh und hole ihn“, sagte Tetsuya.

Der Junge kam mit dem Pfeil zurück: Dieser hatte eine Kirsche durchbohrt, die in vierzig Metern Entfernung auf dem Boden gelegen hatte.

Tetsuya verbeugte sich zum Bogenschützen gewandt, begab sich in eine Ecke seiner Tischlerwerkstatt und nahm ein feines, sanft geschwungenes Stück Holz, das mit einem langen Lederband umwickelt war. Langsam wickelte er das Band ab und zum Vorschein kam ein Bogen, ähnlich wie der des Fremden, nur wirkte er sehr viel abgenutzter.

„Ich habe keine Pfeile, ich werde einen von Euren nehmen müssen. Ich werde

tun, worum Ihr mich gebeten habt, doch dafür müsst Ihr Euer Versprechen halten und niemandem verraten, in welchem Dorf ich lebe. Wenn Euch jemand nach mir fragt, sagt Ihr, dass Ihr bis ans Ende der Welt gegangen seid, um mich zu finden und schließlich erfahren musstet, dass ich zwei Tage zuvor an einem Schlangenbiss gestorben sei.“

Der Fremde nickte und reichte ihm einen seiner Pfeile.

Tetsuya stützte ein Ende des langen Bambusbogens an der Wand ab und spannte unter großer Kraftanstrengung die Sehne ein. Dann ging er wortlos hinaus in die Berge.

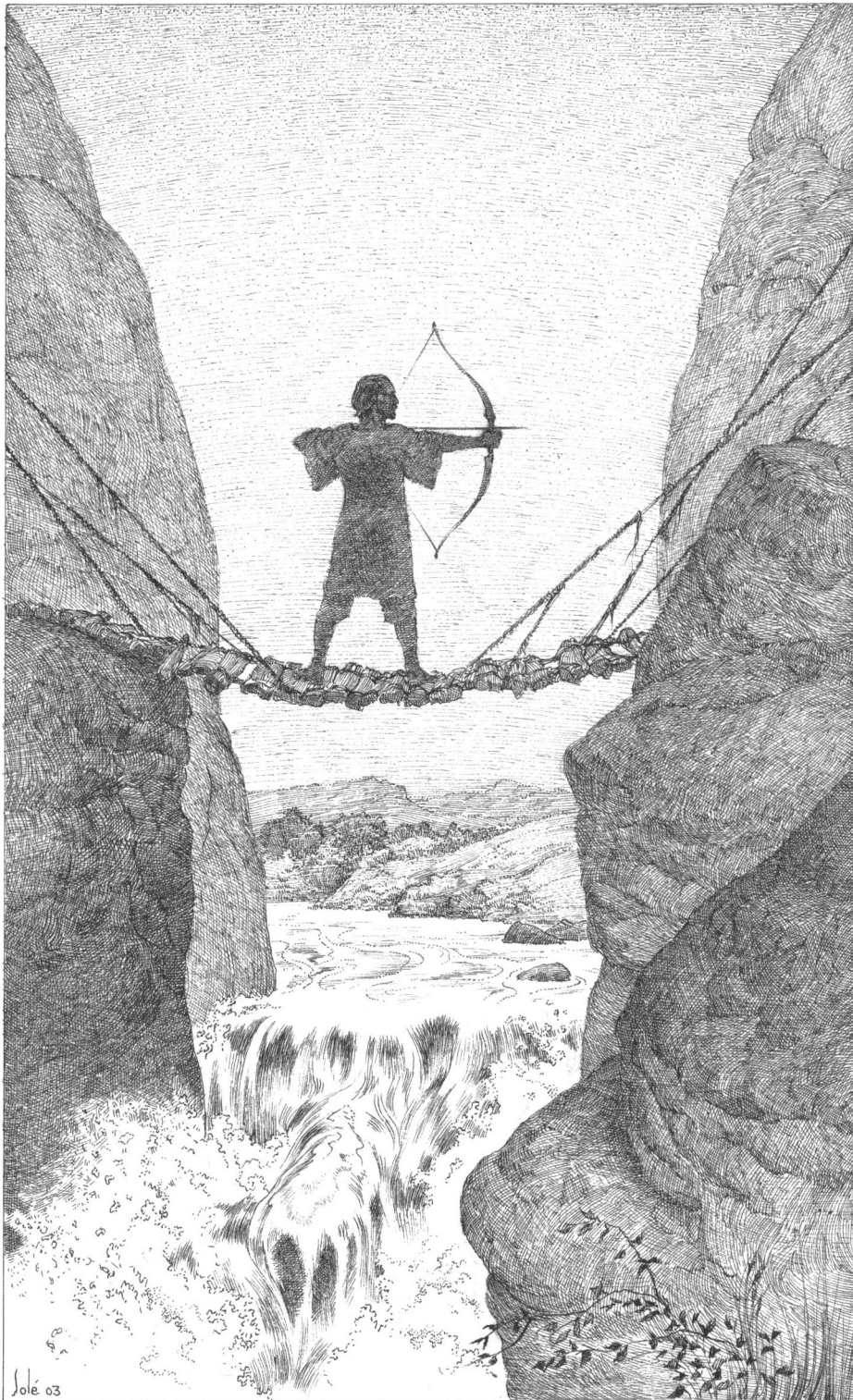
Der Fremde und der Junge begleiteten ihn. Sie wanderten eine Stunde lang, bis sie zu einer engen Schlucht gelangten, durch die ein reißender Bach floß. Man konnte nur über eine fast verrottete Seilbrücke auf die andere Seite gelangen.

Tetsuya ging ruhig bis in die Mitte der gefährlich schaukelnden Brücke, verbeugte sich vor etwas, das sich auf der anderen Seite befand, spannte den Bogen so wie es der Fremde gemacht hatte, hob ihn an, senkte ihn zur Brust und schoss ab.

Der Junge und der Fremde sahen, dass ein reifer Pfirsich, der sich in zwanzig Meter Entfernung befand, vom Pfeil durchbohrt worden war.

„Ihr habt eine Kirsche getroffen, ich habe einen Pfirsich getroffen“, sagte Tetsuya, während er ans sichere Ufer zurückkehrte. „Die Kirsche ist kleiner. Ihr habt Euer Ziel auf vierzig Meter Entfernung getroffen, und meines befand sich nur halb so weit entfernt. Geht auf die Brücke und tut es mir nach.“ Angstvoll ging der Fremde bis zur Mitte der halbverrotteten Brücke und starrte dabei in die Schlucht unter seinen Füßen. Er führte das Ritual des Bogenspannens durch, zielte auf den Pfirsichbaum, aber der Pfeil flog weit daran vorbei.

Bleich kehrte er ans Ufer zurück.



„Ihr besitzt Geschicklichkeit, habt Würde, habt Haltung“, sagte Tetsuya. „Ihr beherrscht die Technik und den Bogen, aber nicht Euren Geist. Ihr könnt schießen, wenn die Bedingungen günstig sind, doch wenn Ihr Euch auf gefährlichem Terrain befindet, gelingt es Euch nicht, das Ziel zu treffen. Ein Bogenschütze aber kann sein Schlachtfeld nicht immer selber wählen, daher solltet Ihr wieder üben - und seid auf ungünstige Bedingungen gefasst! Setzt den Weg des Bogens fort, denn er ist der Weg eines Lebens. Lernt jedoch, dass korrektes und zielsicheres Schießen etwas ganz anderes ist als ein Schuss, der mit Frieden in der Seele abgegeben wird.“

Der Fremde verbeugte sich noch einmal tief, steckte Bogen und Pfeile in seinen langen Beutel und ging davon.

Auf dem Rückweg jubelte der Junge.

„Ihr habt ihn gedemütigt, Tetsuya! Ihr müsst wirklich der Beste von allen sein! Wir sollten Menschen niemals beurteilen, bevor wir sie angehört und gelernt haben, sie zu respektieren. Der Fremde war ein guter Mensch: Er hat mich weder gedemütigt, noch hat er versucht, mir seine Überlegenheit zu beweisen, obwohl es vielleicht den Anschein haben mochte. Er wollte seine Kunst zeigen und sie anerkannt sehen, auch wenn es so wirkte, als würde er mich herausfordern.“

Zudem gehört es zum Weg des Bogens, sich hin und wieder unerwarteten Herausforderungen zu stellen, und genau dies hat mir der Fremde heute ermöglicht.“

„Er hat gesagt, Ihr seid der Beste von allen und ich wußte nicht einmal, dass Ihr ein Meister des Bogenschießens seid. Wenn es stimmt, warum arbeitet Ihr dann in einer Tischlerei?“

„Weil der Weg des Bogens für alles gut ist und es mein Traum war, mit Holz zu arbeiten. Zudem braucht ein Schütze, der diesem Weg folgt, keinen Bogen, kei-

nen Pfeil und auch keine Zielscheibe.“

„Hier im Dorf passiert nie etwas Aufregendes und plötzlich erfahre ich, dass ich einen Meister einer Kunst vor mir habe, für die sich niemand mehr interessiert“, sagte der Junge mit leuchtenden Augen. „Was ist der Weg des Bogens, könnt Ihr mich ihn lehren?“

„Ihn lehren ist nicht schwer. Das kann ich in weniger als einer halben Stunde tun, während wir zurück ins Dorf wandern. Schwierig ist es, jeden Tag zu üben, bis man die nötige Präzision erreicht hat.“

Bittend blickte ihn der Junge an. Tetsuya aber schritt fast eine halbe Stunde lang schweigend aus. Und als er zu sprechen anfang, wirkte seine Stimme viel jünger:

„Heute bin ich zufrieden: Ich habe einem Mann die Ehre erwiesen, der mir vor vielen Jahren das Leben gerettet hat. Aus diesem Grunde werde ich dir alle notwendigen Regeln sagen, mehr kann ich nicht tun. Wenn du begreifst, was ich sage, kannst du diese Lehren anwenden, wann immer du willst.“

Du hast mich gerade Meister genannt. Was ist ein Meister? Nun, ich antworte dir darauf: Ein Meister ist nicht derjenige, der etwas lehrt, sondern jemand, der seinen Schüler dazu anregt, sein Bestes zu geben, um ein Wissen zu entdecken, das er bereits in seiner Seele trägt.“

Und während sie vom Berg herabstiegen, erklärte Tetsuya den Weg des Bogens.

DIE VERBÜNDETEN

Der Bogenschütze, der die Freude des Bogens und des Pfeils nicht mit anderen teilt, wird niemals seine eigenen Vorzüge und Mängel kennenlernen.

Daher suche dir, bevor du beginnst, Verbündete – Menschen, die sich für das

interessieren, was du tust.

Ich sage nicht: Suche andere Bogenschützen. Ich sage: Suche Menschen mit anderen Fähigkeiten, denn der Weg des Bogens ist wie jeder andere Weg, der mit Begeisterung gegangen wird.

Deine Verbündeten sind nicht notwendigerweise jene Menschen, auf die alle staunend blicken und über die man sagt: „Jemand Besseren gibt es nicht.“

Ganz im Gegenteil: Es sind Menschen, die keine Angst davor haben, sich zu irren, und es daher auch tun. Aus diesem Grunde wird ihre Arbeit nicht immer anerkannt. Aber gerade diese Menschen verändern die Welt. Nach vielen Irrtümern schaffen sie etwas, das äußerst wichtig für ihre Gemeinschaft ist.

Es sind Menschen, die warten können, bis die Dinge geschehen, um später entscheiden zu können, wie sie sich am besten dazu verhalten: Sie treffen eine Entscheidung, während sie handeln, auch wenn sie zugleich wissen, dass dies sehr riskant sein kann.

Das Zusammenleben mit diesen Menschen ist sehr wichtig für einen Bogenschützen, denn er muss begreifen, dass er, bevor er sich vor seinem Ziel aufstellt, frei genug sein muss, um die Richtung zu wechseln, während er den Pfeil vor seine Brust zieht. Wenn er die Hand öffnet und die Sehne loslässt, sollte er zu sich selber sagen: „Während ich den Bogen spannte, habe ich einen langen Weg zurückgelegt. Jetzt lasse ich den Pfeil im Bewusstsein los, genügend riskiert und das Beste von mir gegeben zu haben.“

Die besten Verbündeten sind diejenigen, die nicht wie die anderen denken. Daher vertraue deiner Intuition, wenn du Gefährten suchst, mit denen du die Begeisterung für das Bogenschießen teilen möchtest und kümmere dich nicht darum, was andere sagen. Die Menschen beurteilen die anderen immer nach sich selber – und manchmal ist ihre Meinung von Vorurteilen und Ängsten geprägt.

Tue dich mit denen zusammen, die etwas ausprobieren, etwas riskieren, die fallen, sich verletzen und von Neuem etwas riskieren. Und halte dich von denjenigen fern, die Wahrheiten verkünden, die jemanden kritisieren, weil er anders denkt als sie und die niemals einen Schritt getan haben, ohne die Gewissheit zu haben, dass sie deswegen geachtet werden würden und die Gewissheiten dem Zweifel vorziehen.

Tue dich mit denen zusammen, die sich offen zeigen und keine Angst davor haben, verletzlich zu sein: Sie verstehen, dass Menschen nur besser werden können, wenn sie sehen, was ihr Nächster tut, nicht etwa, um ihn zu beurteilen, sondern um seinen Eifer und seinen Mut zu bewundern.

Vielleicht glaubst du, Bogenschießen könnte weder einen Bäcker noch einen Bauern interessieren, aber ich sage dir: Sie werden das, was sie gesehen haben, in das legen, was sie tun. Auch du wirst das tun: Du wirst vom guten Bäcker lernen, deine Hände zu gebrauchen und die Zutaten genau zu mischen. Vom Bauern wirst du lernen, geduldig zu sein und hart zu arbeiten, die Jahreszeiten zu achten und nicht gegen die Stürme zu fluchen – denn das wäre verlorene Zeit.

Tue dich mit Menschen zusammen, die so geschmeidig sind wie das Holz deines Bogens und die die Zeichen des Weges verstehen. Es sind Menschen, die nicht zögern, ihre Richtung zu ändern, wenn sie ein unüberwindliches Hindernis entdecken oder wenn sie eine bessere Gelegenheit sehen. Es ist dies die Eigenschaft des Wassers: Es fließt um Felsen herum, passt sich dem Lauf des Flusses an, verwandelt sich manchmal in einen See, bis eine Senke sich gefüllt hat und es seinen Weg fortsetzen kann, denn das Wasser vergißt nicht, dass sein Ziel das Meer ist, das es früher oder später erreichen muss.

Tue dich mit denen zusammen, die niemals gesagt haben: „Jetzt ist Schluß, hier höre ich auf.“ Denn so wie der Frühling auf den Winter folgt, kann nichts enden: Wenn man sein Ziel erreicht hat, muss man neu anfangen und dabei

immer das nutzen, was man auf dem Weg gelernt hat.

Tue dich mit denen zusammen, die singen, Geschichten erzählen, das Leben genießen und Freude im Blick haben. Denn Freude ist ansteckend und es gelingt ihr immer zu verhindern, dass Menschen sich von der Depression, von der Einsamkeit und von den Schwierigkeiten lähmen lassen.

Tue dich mit allen zusammen, die ihre Arbeit voller Begeisterung tun. Aber damit du ihnen nützlich bist, so wie auch sie dir nützlich sind, musst du wissen, welches ihre Werkzeuge sind und wie ihre Fähigkeiten verbessert werden können.

Daher ist nun der Zeitpunkt gekommen, deinen Bogen, deinen Pfeil, dein Ziel und deinen Weg kennenzulernen.

DER BOGEN

Der Bogen ist das Leben: Aus ihm heraus kommt alle Energie.

Der Pfeil wird eines Tages davonfliegen.

Das Ziel ist weit weg.

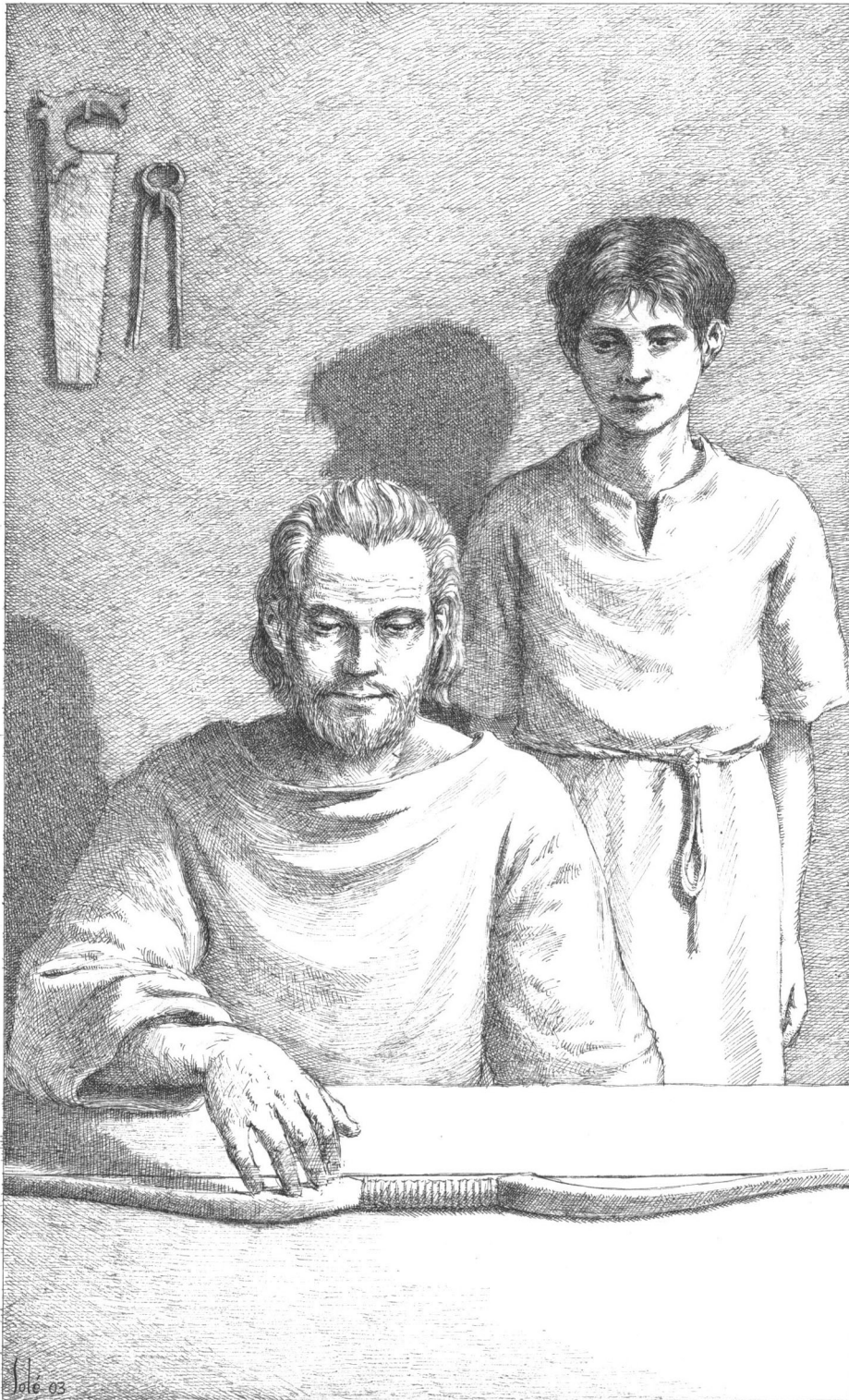
Aber der Bogen wird immer bei dir sein und du musst wissen, wie man ihn pflegt.

Er braucht Ruhezeiten – ein Bogen, der immer mit einer Sehne versehen ist, immer unter Spannung steht, verliert seine Kraft. Daher laß ihn sich erholen, wieder Festigkeit gewinnen: Dann wird er, wenn du die Sehne spannst, zufrieden sein und seine Kraft unverehrt bleiben.

Der Bogen hat kein Bewusstsein: Er ist die Verlängerung der Hand und des Wunsches des Bogenschützen. Er dient zum Töten und zum Meditieren.

Daher sei immer klar in deinen Absichten.

Ein Bogen ist biegsam, aber er hat auch seine Grenzen. Eine Belastung über



seine Möglichkeiten hinaus wird ihn brechen oder die Hand erschöpfen, die ihn hält. Daher versuche, mit deinem Bogen in Einklang zu stehen und verlange nicht mehr von ihm, als er dir geben kann.

Ein Bogen ruht in der Hand des Schützen oder ist gespannt: aber die Hand ist nur der Ort, an dem alle Muskeln des Körpers, alle Absichten dessen, der schießt, alle Kraftanstrengung für den Schuss konzentriert sind. Daher halte den gespannten Bogen mit Eleganz, mache, dass jeder Teil deines Körpers nur das Notwendige gibt und vergeude deine Energien nicht. So kannst du viele Pfeile abschießen, ohne zu ermüden.

Um deinen Bogen zu verstehen, muss er ein Teil deines Armes und die Fortsetzung deiner Gedanken werden.

DER PFEIL

Der Pfeil ist die Absicht.

Er ist das, was die Kraft des Bogens mit dem Mittelpunkt der Zielscheibe verbindet.

Die Absicht muss kristallklar, geradlinig, gut ausgewogen sein.

Ist der Pfeil einmal abgeflogen, kommt er nicht mehr zurück, daher ist es besser, einen Schuss abubrechen, wenn die Bewegungen vorher nicht präzise und korrekt waren, als irgendwie zu schießen, nur weil der Bogen bereits gespannt war und das Ziel wartete.

Lasse nie einen Pfeil los, falls das Einzige, was ihn lähmt, die Angst ist, das Ziel zu verfehlen. Wenn die Bewegungen korrekt waren, öffne deine Hand und lasse die Sehne los. Auch wenn der Pfeil das Ziel nicht erreicht, wirst du seine Treffsicherheit das nächste Mal zu korrigieren wissen.

Wenn du nichts riskierst, wirst du nie wissen, was du das nächste Mal anders

machen musst.

Jeder Pfeil lässt in deinem Herzen eine Erinnerung zurück – und die Summe dieser Erinnerungen wird dich jedesmal besser schießen lassen.

DAS ZIEL

Das Ziel ist das, was getroffen werden soll.

Es wurde vom Bogenschützen ausgewählt, ist aber weit weg, und wir dürfen ihm nie die Schuld daran geben, dass es nicht getroffen wurde. Darin liegt die Schönheit des Weges des Bogens: Du kannst dich nie damit herausreden, dass der Gegner stärker war.

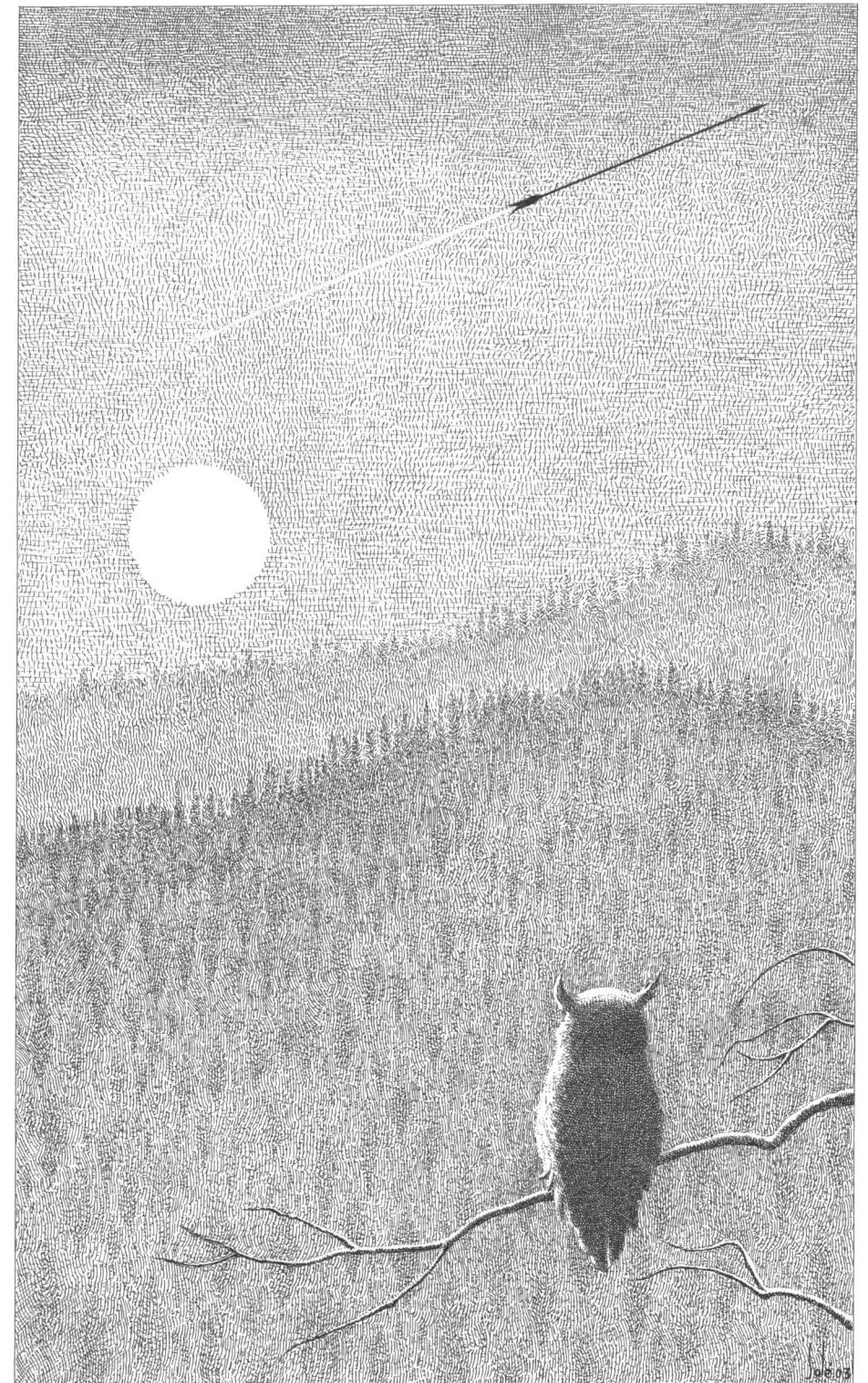
Du hast das Ziel ausgesucht und bist dafür verantwortlich.

Das Ziel kann größer oder kleiner sein, kann rechts oder links liegen, aber du musst dich immer vor ihm aufbauen, ihm Respekt bezeugen und es im Geiste heranholen. Erst wenn es sich auf der Spitze des Pfeils befindet, darfst du die Sehne loslassen.

Wenn du das Ziel als deinen Feind ansiehst, wirst du es womöglich treffen, aber es wird dir nicht gelingen, etwas in dir selber zu verbessern. Du wirst dein ganzes Leben damit verbringen, nur den Pfeil in den Mittelpunkt eines Gegenstands aus Papier oder Holz zu rammen, was vollkommen nutzlos ist. Und wenn du mit anderen Menschen zusammen bist, wirst du dich ständig darüber beschweren, dass du nichts Interessantes tust.

Daher musst du dein Ziel gut auswählen, dein Bestes geben, um es zu erreichen und es immer mit Respekt und Würde betrachten: Du musst wissen, was es bedeutet und wieviel Kraft, wieviel Übung und wieviel Intuition es dich gekostet hat.

Wenn du es anschaust, konzentriere dich nicht allein auf das Ziel, sondern



auch auf alles, was um es herum geschieht: Denn der Pfeil wird, wenn er abgeschossen wird, auf Gegebenheiten stoßen, mit denen du nicht gerechnet hast, wie zum Beispiel den Wind, das Gewicht, die Entfernung. Du musst das Ziel begreifen, musst dich ständig fragen: „Wenn ich das Ziel bin, wo bin ich dann? Wie möchte ich gern getroffen werden, damit ich dem Bogenschützen die Ehre zuteil werden lasse, die er verdient?“ Denn ein Ziel existiert nur solange der Bogenschütze existiert. Seine Existenz wird durch den Wunsch des Schützen gerechtfertigt, es zu treffen, andernfalls wäre es ein totes Ding, ein Stück Papier oder Holz, auf das niemand achten würde. Der Pfeil sucht das Ziel, aber das Ziel sucht auch den Pfeil, weil er seiner Existenz einen Sinn verleiht: Es ist nicht mehr Papier, sondern der Mittelpunkt der Welt eines Bogenschützen.

DIE HALTUNG

Hast du den Bogen, den Pfeil und das Ziel begriffen, sind Gelassenheit und Eleganz vonnöten, um Schießen zu lernen. Die Gelassenheit kommt aus dem Herzen. Auch wenn es oft vom Gefühl der Unsicherheit gequält wird, so weiß es – durch die korrekte Haltung –, dass es sein Bestes zu erreichen vermag. Die Eleganz ist nichts Oberflächliches, sondern durch sie kann der Mensch das Leben und seine Arbeit ehren. Daher denke nicht, die Haltung sei falsch oder künstlich, wenn du manchmal das Gefühl hast, sie sei unbequem: Sie ist wahr, weil sie schwierig ist. Sie führt dazu, dass das Ziel sich durch die Würde des Bogenschützen geehrt fühlt. Die Eleganz ist nicht die bequemste Haltung, aber die angemessenste Haltung für einen vollkommenen Schuss.

Die Eleganz ist erreicht, wenn alles Überflüssige abgelegt wird und der Bogenschütze die Einfachheit und die Konzentration entdeckt: Je einfacher und sparsamer die Haltung ist, desto schöner ist sie. Der Schnee ist schön, weil er nur weiß ist, das Meer ist schön, weil es wie eine glatte Oberfläche wirkt – aber das Meer wie auch der Schnee sind tief und wissen um ihre Eigenschaften.

WIE DER PFEIL ZU HALTEN IST

Den Pfeil halten heißt, mit seiner Absicht in Verbindung zu stehen. Man muss ihn in seiner ganzen Länge betrachten, sehen, ob die Federn, die seinen Flug lenken, richtig angeordnet sind, man muss seine Spitze prüfen, sicher sein, dass sie angespitzt ist. Man muss sich versichern, dass er gerade und nicht durch einen vorangegangenen Schuss verbogen oder beschädigt ist. Der Pfeil mag durch seine Einfachheit und Leichtigkeit zerbrechlich erscheinen, aber die Kraft des Bogenschützen macht, dass der Pfeil die Energie seines Körpers und seines Geistes weit trägt. Eine Legende besagt, dass ein einfacher Pfeil ein Schiff versenken konnte, weil der Mann, der ihn abschoss, wußte, an welcher Stelle das Holz des Rumpfes dünn war. So konnte er ein Loch öffnen, durch das das Wasser lautlos in den Laderaum drang, und auf diese Weise die drohende Besetzung seines Dorfes vereiteln. Der Pfeil ist die Absicht, die die Hand des Schützen verlässt und zum Ziel hin fliegt. Daher ist sie frei in ihrem Flug und wird dem Weg folgen, der ihr im Augenblick des Schusses zugewiesen wurde. Er wird vom Wind und der Schwerkraft berührt werden, aber das gehört zu seinem Weg: Ein Blatt hört nicht nur deshalb auf, ein Blatt zu sein, weil ein Sturm es vom Baum gerissen hat.

Dergestalt ist die Absicht des Menschen: vollkommen, geradlinig, geschärft, fest, präzise. Niemand kann sie aufhalten, solange sie den Raum durchmisst, der sie von ihrem Ziel und Schicksal trennt.

WIE MAN DEN BOGEN HÄLT

Sei ganz ruhig und atme tief.

Alle Bewegungen werden von den Verbündeten bemerkt, die dir bei allem helfen werden, was sich als notwendig erweisen wird.

Aber vergiss nicht, dass der Gegner dich auch beobachtet und den Unterschied zwischen einer sicheren und einer zitterigen Hand kennt: Daher atme tief ein, wenn du angespannt bist, denn das wird dir helfen, dich während aller Phasen des Schießens zu konzentrieren.

In dem Augenblick, in dem du deinen Bogen hältst und ihn voller Eleganz vor den Körper ziehst, versuche im Geiste jede Phase durchzugehen, die dich dazu gebracht hat, den Schuss vorzubereiten. Aber tue dies ohne Anspannung, denn es ist unmöglich, alle Regeln im Kopf zu haben: Und während du dir mit ruhigem Geist jede Phase noch einmal vergegenwärtigst, wirst du dir der schwierigsten Augenblicke gewahr werden und auch, wie du sie überwunden hast.

Das wird dir Selbstvertrauen geben, und deine Hand wird nicht mehr zittern.

WIE DIE SEHNE GESPANNT WIRD

Der Bogen ist ein Musikinstrument, und wie in der Saite eines Instruments offenbart sich in der Sehne des Bogens sein Klang.

Die Sehne ist lang, doch der Pfeil berührt nur einen kleinen Punkt, und in genau diesem Punkt müssen sich Wissen und Erfahrung des Bogenschützen konzentrieren.

Neigt er sich etwas nach rechts oder etwas nach links oder liegt dieser Punkt oberhalb oder unterhalb der Schusslinie, wird der Gegenstand niemals getroffen werden.

Daher sei, wenn du die Sehne spannst, wie ein Musiker, der sein Instrument spielt. In der Musik ist die Zeit wichtiger als der Raum: Ein auf Linien aufgereihter Notenschwarm besagt an sich nichts, aber derjenige, der liest, was dort steht, kann diese Reihe in Töne und Rhythmus verwandeln.

So wie der Bogenschütze die Existenz des Ziels rechtfertigt, rechtfertigt der Pfeil die Existenz des Bogens: Du kannst einen Pfeil mit der Hand werfen, aber ein Bogen ohne Pfeil ist vollkommen nutzlos.

Daher denke, wenn du die Arme öffnest, nicht daran, dass du einen Bogen spannst. Denke daran, dass der Pfeil der reglose Mittelpunkt ist und dass du derjenige bist, der bewirkt, dass Bogen und Sehne sich seinen Endpunkten annähern. Berühre die Sehne vorsichtig, bitte sie darum, mit dir zusammenzuarbeiten.

WIE DER BLICK AUF DAS ZIEL GERICHTET SEIN SOLL

Viele Bogenschützen klagen darüber, dass sie, obwohl sie sich viele Jahre lang in der Kunst des Bogenschießens üben, noch immer Herzklopfen haben, dass ihre Hände zittern, ihre Zielsicherheit versagt. Sie sollten begreifen, dass ein Bogen oder ein Pfeil nichts ändern können, sondern dass die Kunst des Schießens nur unsere Fehler deutlicher sichtbar macht.

An einem Tag, an dem dir die Liebe zum Leben fehlt, wird dein Schuss unge-

ordnet, kompliziert sein. Du wirst sehen, dass du nicht genug Kraft hast, um die Sehne bis ins Letzte zu spannen, dass es dir nicht gelingt, den Bogen dazu zu bringen, sich so zu biegen, wie es sein soll.

Und wenn du siehst, dass dein Schuss an jenem Morgen ungeordnet war, wirst du versuchen, herauszufinden, was die fehlende Präzision hervorgerufen hat: Das führt dazu, dass du dich einem Problem stellst, das dich stört, aber das bis dahin verborgen war.

Es geschieht aber auch das Gegenteil: Dein Schuss ist sicher, die Sehne klingt wie die Saite eines Instruments, die Vögel singen ringsum. Dann bemerkst du, dass du dein Bestes gibst.

Dennoch lass dich nicht von den Schüssen am Morgen täuschen, seien sie noch so präzise oder unsicher. Es liegen noch viele andere Tage vor dir, und jeder Pfeil ist in sich ein Leben.

Nutze die schlechten Augenblicke, um herauszufinden, was dich zitternd macht. Nutze die guten Augenblicke, um deinen Weg zum inneren Frieden zu finden. Aber höre nicht aus Angst oder Freude auf: Der Weg des Bogens ist ein Weg ohne Ende.

DER AUGENBLICK DES ABSCHUSSES

Es gibt zwei Arten von Schüssen:

Die einen sind die Schüsse, die präzise, aber ohne Seele abgegeben werden. Hierbei hat sich der Bogenschütze, obwohl er die Technik vorzüglich beherrscht, ausschließlich auf das Ziel konzentriert – und daher hat er sich nicht entwickelt, er tut immer das Gleiche, es gelingt ihm nicht, zu wachsen, und eines Tages wird er den Weg des Bogens aufgeben, weil er findet, dass alles Routine geworden ist.

Das andere sind Schüsse, die mit der Seele abgegeben werden. Wenn die Absicht des Bogenschützen sich in den Flug des Pfeils verwandelt, öffnet sich seine Hand im richtigen Augenblick, bringt der Klang der Sehne die Vögel zum Singen, und die Geste, auf etwas in der Ferne zu schießen, führt paradoxerweise zu einer Rückkehr und einer Begegnung mit sich selber.

Du weißt, welcher Kraftanstrengung es bedarf, um den Bogen zu spannen, richtig zu atmen, dich auf dein Ziel zu konzentrieren, dir über die Absicht klar zu sein, die Eleganz der Haltung zu bewahren, das Ziel zu respektieren. Aber du musst auch begreifen, dass nichts auf dieser Welt lange bei uns bleibt: In einem bestimmten Augenblick muss sich deine Hand öffnen und zulassen, dass deine Absicht ihrem Ziel und Schicksal folgt.

Daher muss der Pfeil losfliegen, so sehr du auch alle Schritte liebst, die dich zur eleganten Haltung und richtigen Absicht geführt haben, und so sehr du auch seine Federn, seine Spitze, seine Form bewunderst.

Aber er kann nicht losfliegen, bevor der Schütze nicht bereit zum Schuss ist, denn sonst würde sein Flug nur kurz ausfallen. Der Pfeil kann nicht losfliegen, nachdem genaue Haltung und Konzentration erreicht wurden, denn der Körper würde der Anstrengung nicht standhalten und die Hand würde anfangen zu zittern.

Er muss in dem Augenblick losfliegen, in dem der Bogen, der Schütze und das Ziel sich an derselben Stelle des Universums befinden: das nennt man Inspiration.

DIE WIEDERHOLUNG

Die Geste ist die Fleischwerdung des Wortes oder anders gesagt, eine Handlung ist ein sich manifestierender Gedanke.

Eine kleine Geste kann uns verraten, daher müssen wir alles vervollkommen, an die Einzelheiten denken, die Technik so verinnerlichen, dass sie intuitiv wird. Intuition hat nichts mit Routine zu tun, sondern mit einer Geisteshaltung, die über die Technik hinausgeht.

Daher denken wir, wenn wir viele Jahre geübt haben, nicht mehr an alle notwendigen Bewegungen: Sie werden zu einem Teil unserer Existenz. Aber dazu muss geübt, wiederholt werden.

Und als wäre das nicht genug, muss wiederholt und geübt werden.

Schau einem guten Schmied zu, der Stahl bearbeitet. Für das ungeübte Auge wiederholt er die Hammerschläge.

Aber wer den Weg des Bogens kennt, der weiß, dass die Intensität des Schlages jedesmal, wenn er den Hammer hebt und wieder senkt, anders ist. Die Hand wiederholt dieselbe Bewegung, aber während die Hand sich dem Eisen nähert, weiß sie, ob sie es härter oder sanfter berühren muss.

So verhält es sich mit der Wiederholung: Auch wenn es so aussieht, als wäre sie immer dieselbe, ist sie doch immer wieder anders.

Schau der Mühle zu. Für den, der sie nur ein Mal ansieht, dreht sie sich immer mit derselben Geschwindigkeit, wiederholt sie ständig dieselbe Bewegung.

Aber wer sich mit Mühlen auskennt, weiß, dass sie vom Wind abhängen und immer die Richtung wechseln, wenn es sich als notwendig erweist.

Die Hand des Schmiedes wurde geschult, nachdem sie Tausende von Malen die Geste des Hammers wiederholt hat. Die Schaufeln der Mühle können sich schnell drehen, nachdem der Wind lange geblasen und ihre Zahnräder gängig gemacht.

Der Bogenschütze wird erst lernen, wie wichtig der Bogen, die Haltung, die Sehne und das Ziel sind, nachdem er seine Gesten tausendmal wiederholt hat, ohne Angst zu haben, etwas falsch zu machen.

Und die wahren Verbündeten werden ihn niemals kritisieren, weil sie wissen,

dass Übung notwendig ist. Nur durch Übung können Intuition und Bewegung vervollkommen werden.

Bis der Augenblick kommt, an dem er nicht mehr über das nachdenken muss, was er gerade tut. Von diesem Augenblick an wird der Bogenschütze zu seinem Bogen, seinem Pfeil und zu seinem Ziel.

WIE DER FLUG DES PFEILS BEOBACHTET WERDEN SOLL

Sobald der Pfeil abgeschossen wurde, kann der Schütze nichts mehr tun und nur noch dessen Flug zum Ziel verfolgen. Von diesem Augenblick an, gibt es keinen Grund mehr, die für den Schuss notwendige Spannung aufrecht zu erhalten.

Daher hat der Schütze den Flug des Pfeils fest im Blick, aber sein Herz ruht sich aus und er lächelt.

Die Hand, die die Sehne losgelassen hat, schnell nach hinten, die Bogenhand hingegen macht eine Bewegung nach außen und unten, der Schütze ist gezwungen, seine Arme auszubreiten und so, mit dargebotener Brust, dem Blick seiner Verbündeten und seiner Gegner zu begegnen.

In diesem Augenblick wird er - falls er genug geübt hat, falls es ihm gelungen ist, seine Intuition zu entwickeln, falls er Eleganz und Konzentration während des Abschusses beizubehalten gewusst hat - die Gegenwart des Universums spüren, und er wird sehen, dass seine Handlung recht und verdient war.

Die Technik führt dazu, dass seine beiden Hände bereit sind, der Atem genau ist, der Blick das Ziel fixieren kann. Die Intuition macht, dass der Augenblick des Abschusses vollkommen ist.

Wer vorbeikommt und den Schützen mit ausgebreiteten Armen dastehen sieht und wie sein Blick dem Pfeil folgt, wird glauben, dass er stillsteht. Aber

seine Verbündeten wissen, dass der Geist, der den Schuss ausgelöst hat, sich in eine andere Dimension begeben hat, jetzt in Kontakt zum ganzen Universum steht: Er arbeitet weiter, lernt alles, was dieser Schuss an Positivem gebracht hat, korrigiert mögliche Fehler, akzeptiert seine guten Eigenschaften, wartet ab, wie das Ziel darauf reagiert, dass es getroffen wurde.

Wenn der Bogenschütze die Sehne spannt, dann kann er die ganze Welt in seinem Bogen sehen. Wenn er den Flug des Pfeils verfolgt, nähert sich ihm diese Welt, liebkost ihn und gibt ihm das vollkommene Gefühl, eine Pflicht erfüllt zu haben.

Jeder Pfeil fliegt anders. Schieße tausend Pfeile ab, und jeder wird dir einen anderen Weg zeigen: Das ist der Weg des Bogens.

DER SCHÜTZE OHNE BOGEN, OHNE PFEIL, OHNE ZIEL

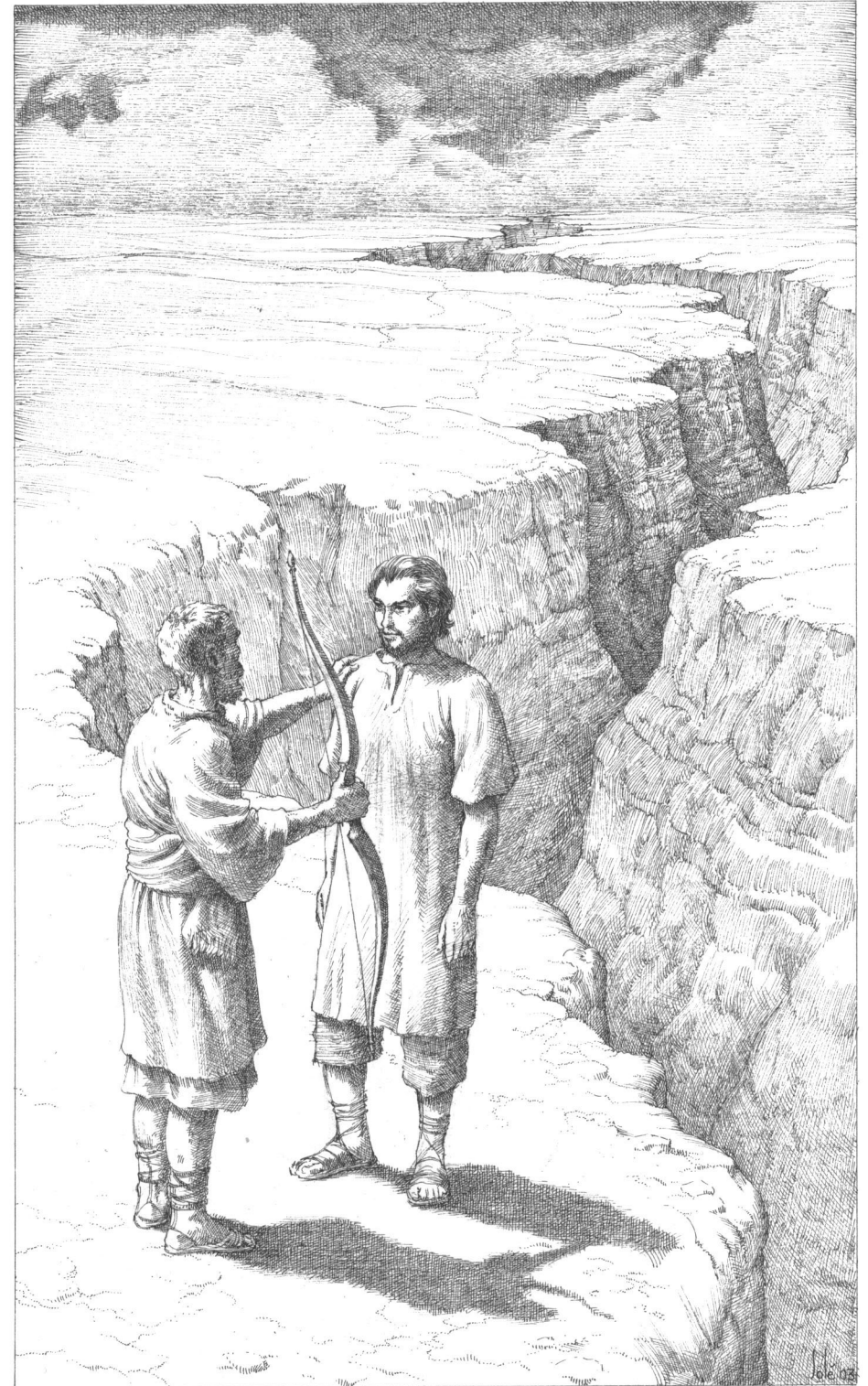
Der Bogenschütze lernt, wenn er die Regeln des Weges des Bogens vergißt und handelt dann nur intuitiv. Allerdings muss man, um sie vergessen zu können, die Regeln kennen und respektieren.

Wenn er diesen Zustand erreicht, braucht er die Geräte nicht mehr. Er braucht weder Bogen, noch Pfeile, noch die Zielscheibe – weil der Weg wichtiger ist als das, was ihn dazu gebracht hat, ihn zu beschreiten.

So wie der Schüler, der Lesen lernt, einen Augenblick erlebt, in dem er sich von den einzelnen Buchstaben befreit und beginnt, aus ihnen Wörter zu erschaffen.

Allerdings ergäben die Wörter, wenn sie alle zusammengeschrieben wären, keinen Sinn oder wären schwer verständlich: Es sind Räume zwischen den Wörtern vonnöten.

Zwischen einer Handlung und der nächsten muss der Bogenschütze sich an



alles erinnern, das er getan hat, mit seinen Verbündeten sprechen, sich ausruhen und sich darüber freuen, dass er lebt.

Der Weg des Bogens ist der Weg der Freude und der Begeisterung, der Vollkommenheit und des Fehlers, der Technik und der Intuition.

„Aber du lernst ihn nur, indem du deine Pfeile auch abschießt.“

Als Tetsuya aufhörte zu reden, waren sie bereits an der Tür der Tischlerei angelangt.

„Danke dass du mich begleitet hast“, sagte er zum Jungen.

Doch der rührte sich nicht.

„Wie aber kann ich wissen, dass ich richtig gehandelt habe? Wie kann ich sicher sein, dass mein Blick konzentriert, meine Haltung elegant ist und dass ich den Bogen richtig halte?“

„Stell dir vor, dass immer ein vollkommener Meister neben dir steht und tue alles, um ihm deine Ehrerbietung zu erweisen und das, was er lehrt, zu ehren. Dieser Meister, den viele Gott, andere wiederum >ein Etwas<, wieder andere Talent nennen, ist immer da und schaut uns zu. Er hat nur das Beste verdient. Vergiß nie, wer deine Verbündeten sind: Du musst sie unterstützen, weil sie dir in Augenblicken helfen werden, in denen du es brauchst. Versuche, die Gabe der Güte zu entwickeln: Diese Gabe erlaubt dir, immer mit deinem Herzen in Frieden zu leben. Aber vor allem vergiß nie: Was ich dir gesagt habe, sind vielleicht beseelte Worte, aber sie werden nur einen Sinn haben, wenn du sie ausprobierst.“

Tetsuya streckte die Hand aus, um sich zu verabschieden, aber der Junge bat ihn:

„Nur noch eines: Wie habt Ihr das Bogenschießen gelernt?“

Tetsuya überlegte einen Augenblick lang: Lohnte es sich, es zu erzählen? Aber da es ein besonderer Tag gewesen war, öffnete er schließlich die Tür zu seiner

Werkstatt.

„Ich werde einen Tee zubereiten. Und ich werde die Geschichte erzählen – aber du musst mir dasselbe Versprechen geben, das ich dem Fremden abverlangt habe: Du wirst niemandem je etwas über meine Kunst verraten.“

Er trat ein, machte Licht, wickelte den Bogen wieder in den langen Lederstreifen und stellte ihn an eine unauffällige Stelle: Wenn jemand ihn zufällig finden sollte, würde er denken, es handele sich nur um ein gebogenes Stück Bambus. Tetsuya ging in die Küche, machte Tee, setzte sich zum Jungen und begann seine Geschichte.

„Damals arbeitete ich für einen großen Herrn in der Umgebung: Ich war für seine Ställe zuständig. Aber da der Herr ständig auf Reisen war, hatte ich viel freie Zeit und beschloß, mich dem zu widmen, was ich für den wahren Sinn des Lebens hielt: Trinken und Frauen.“

Eines Tages aber, nach mehreren durchzechten Nächten, wurde mir schwindlig, und ich brach mitten auf dem Feld zusammen. Ich glaubte, zu sterben und schickte mich darein. Aber ein Mann, den ich noch nie zuvor gesehen hatte, kam auf der Straße vorbei, half mir auf und nahm mich mit zu sich nach Hause weit, weg von hier und kümmerte sich monatelang um meine Gesundheit. Während ich mich erholte, sah ich ihn jeden Morgen mit seinem Bogen und seinen Pfeilen hinaus aufs Feld gehen.

Als ich mich wiederhergestellt fühlte, bat ich ihn, mir die Kunst des Bogenschießens beizubringen – das war viel interessanter, als für Pferde zu sorgen. Er sagte, der Tod habe sich mir sehr genähert, und er könne ihn nicht dazu bringen, sich wieder zurückzuziehen: Er stehe zwei Schritt von mir entfernt, und zudem hätte ich meinem Körper zu viel Schaden zugefügt.

Wenn ich die Kunst aber erlernen wolle, so sei dies nur, damit der Tod mich nicht berühre. Ein Mann aus einem fernen Land auf der anderen Seite des Ozeans habe ihm beigebracht, dass es möglich sei, den Weg bis zum Abgrund

des Todes für eine geraume Zeit zu umgehen. Ich müsse mir aber für den Rest meiner Tage immer bewusst sein, dass ich am Rande dieses Abgrundes ginge und jeden Augenblick hineinfallen könne.

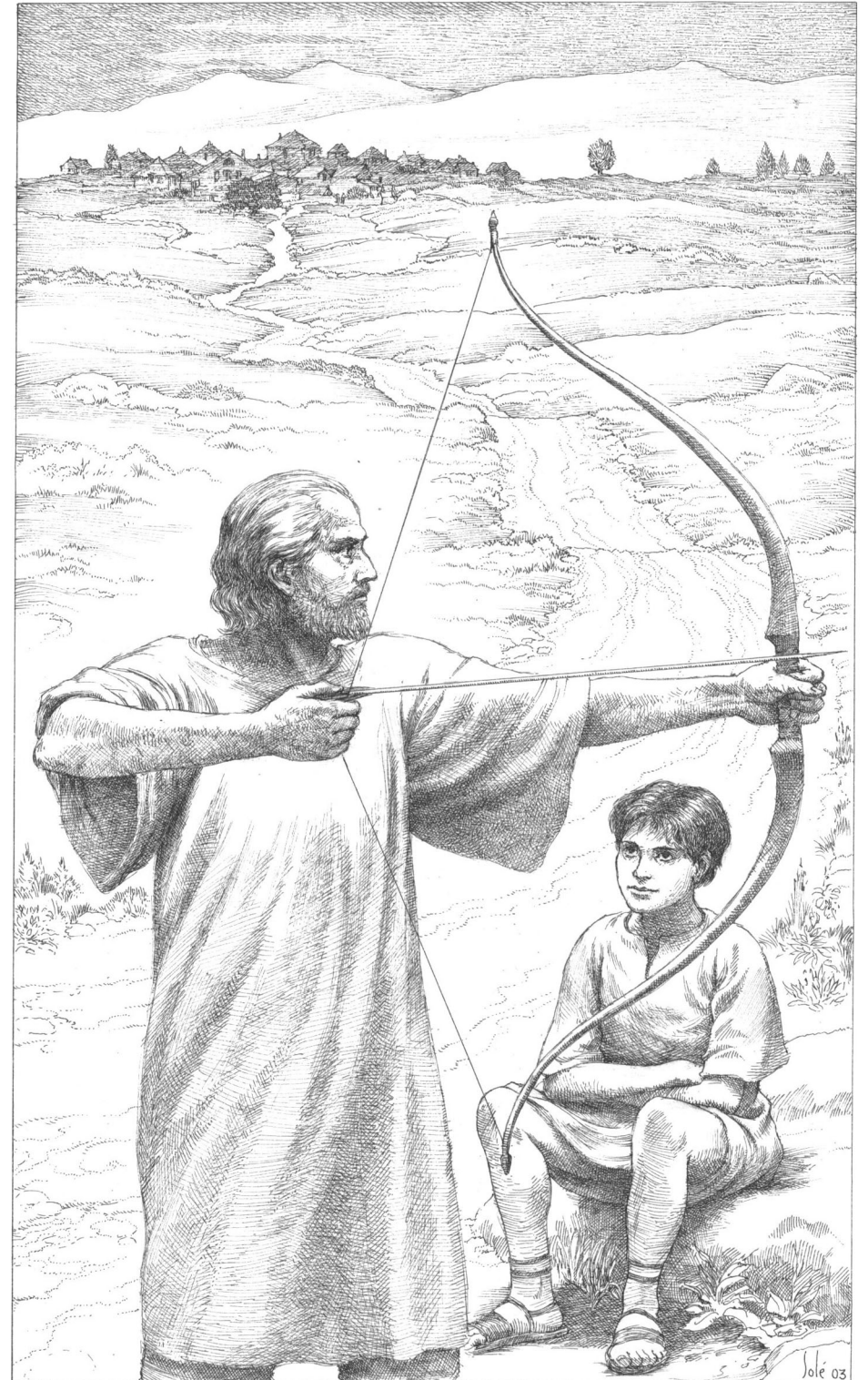
Er lehrte mich dann den Weg des Bogens. Er hat mich seinen Verbündeten vorgestellt, hat mich gezwungen, an Wettkämpfen teilzunehmen, und bald verbreitete sich mein Ruhm im ganzen Land. Als er sah, dass ich genügend gelernt hatte, nahm er mir Pfeile und Zielscheibe weg und ließ mir nur den Bogen als Erinnerung. Er sagte, ich solle alles, was er mich gelehrt habe, dazu nutzen, etwas zu tun, was mich wirklich begeistere.

Ich sagte ihm, ich wäre am liebsten Tischler. Er segnete mich, bat mich aufzubrechen und mich genau dem zu widmen, was ich am liebsten tue, bevor mich mein Ruhm als Bogenschütze am Ende zerstöre oder zurück ins alte Leben bringe.

Seither kämpfe ich jede Sekunde gegen meine Laster und mein Selbstmitleid. Ich muss konzentriert sein, ruhig bleiben, voller Liebe die Arbeit tun, die ich mir ausgesucht habe und mich niemals an den gegenwärtigen Augenblick binden. Denn der Tod ist immer noch an meiner Seite, der Abgrund liegt neben mir, und ich gehe an seinem Rand entlang“.

Tetsuya sagte nicht, dass der Tod immer in der Nähe aller Lebewesen ist: Der Bursche war noch so jung und brauchte nicht ständig daran zu denken. Tetsuya sagte ihm auch nicht, dass in jedem menschlichen Handeln jede Phase des Weges des Bogens enthalten ist.

Er segnete den Jungen nur, so wie er vor vielen Jahren gesegnet worden war und bat ihn zu gehen. Es sei ein langer Tag gewesen und er müsse nun schlafen.



Danksagung

Herrigel für das Buch Zen in der Kunst des Bogenschießens (Ed. Pensamento)

*Pamela Hartigan, Generaldirektorin der Schwab Foundation for Social Entrepreneurship, für
ihre Beschreibung der Eigenschaften der Verbündeten*

Dan und Jackie DeProspero für das Buch über Onuma-san, „Kyudo“ (Budo Editions, France)

Carlos Castañeda für die Beschreibung des Todes mit dem Nagual Elias.

The Christmas present which we have chosen this year is a story written exclusively for our clients by Paulo Coelho, the renowned Brazilian author.

“The Way of the Bow” relates the story of Tetsuya, the best archer of the country, who conveys his teachings to a boy in his village. Throughout the story, several thoughts are all reflected; our daily efforts and work, how to overcome difficulties, steadfastness, courage to take risky decisions.

Paulo Coelho has managed to express in these few pages many of the values which inspire our daily work: innovation, flexibility, adaptation to changes, enthusiasm, team work, qualities which we place at your disposal in order to try to perfect “Our Way of the Bow”.

As in the case of the main character of the story, in *DMR Consulting*, we try to give the best of ourselves because we know that the most important element of what we have, is contained within ourselves.

Merry Christmas

Partners of *DMR Consulting*

To all clients of *DMR Consulting*, who manage to have a vision of corporate strategy based on the effectiveness of the individual, I dedicate this text, in which bow, arrow, target and archer form an integral part of the same system of growth and challenge.

Paulo Coelho

Paulo Coelho

THE WAY OF THE BOW

A prayer without a deed is an arrow without a bow-string

A deed without a prayer is a bow-string without an arrow

Ella Wheeler Wilcox

'Tetsuya.'

The boy looked at the stranger, startled.

'No one in this city has ever seen Tetsuya holding a bow,' he replied. 'Everyone here knows him as a carpenter.'

'Maybe he gave up, maybe he lost his courage, that doesn't matter to me,' insisted the stranger. 'But he cannot be considered to be the best archer in the country if he has abandoned his art. That's why I've been travelling all these days, in order to challenge him and put an end to a reputation he no longer deserves.'

The boy saw there was no point in arguing; it was best to take the man to the carpenter's shop so that he could see with his own eyes that he was mistaken. Tetsuya was in the workshop at the back of his house. He turned to see who had come in, but his smile froze when his eyes fell on the long bag that the stranger was carrying.

'It's exactly what you think it is,' said the new arrival. 'I did not come here to humiliate or to provoke the man who has become a legend. I would simply like to prove that, after all my years of practice, I have managed to reach perfection.'

Tetsuya made as if to resume his work: he was just putting the legs on a table. 'A man who served as an example for a whole generation cannot just disappear as you did,' the stranger went on. 'I followed your teachings, I tried to respect the way of the bow, and I deserve to have you watch me shoot. If you do this, I will go away and I will never tell anyone where to find the greatest of all masters.'

The stranger drew from his bag a long bow made from varnished bamboo, with the grip slightly below centre. He bowed to Tetsuya, went out into the garden and bowed again towards a particular place. Then he took out an arrow fletched with eagle feathers, stood with his legs firmly planted on the ground, so as to have a solid base for shooting, and with one hand brought

the bow in front of his face, while with the other he positioned the arrow. The boy watched with a mixture of glee and amazement. Tetsuya had now stopped working and was observing the stranger with some curiosity. With the arrow fixed to the bow-string, the stranger raised the bow so that it was level with the middle of his chest. He lifted it above his head and, as he slowly lowered his hands again, began to draw the string back. By the time the arrow was level with his face, the bow was fully drawn. For a moment that seemed to last an eternity, archer and bow remained utterly still. The boy was looking at the place where the arrow was pointing, but could see nothing. Suddenly, the hand on the string opened, the hand was pushed backwards, the bow in the other hand described a graceful arc, and the arrow disappeared from view only to reappear in the distance. 'Go and fetch it,' said Tetsuya. The boy returned with the arrow: it had pierced a cherry which he found on the ground, forty metres away. Tetsuya bowed to the archer, went to a corner of his workshop and picked up what looked like a slender piece of wood, delicately curved, wrapped in a long strip of leather. He slowly unwound the leather and revealed a bow similar to the stranger's, except that it appeared to have seen far more use. 'I have no arrows, so I'll need to use one of yours. I will do as you ask, but you will have to keep the promise you made, never to reveal the name of the village where I live. If anyone asks you about me, say that you went to the ends of the earth trying to find me and eventually learned that I had been bitten by a snake and had died two days later.' The stranger nodded and offered him one of his arrows. Resting one end of the long bamboo bow against the wall and pressing down hard, Tetsuya strung the bow. Then, without a word, he set off towards the mountains. The stranger and the boy went with him. They walked for an hour, until they reached a large crevice between two rocks through which flowed a rushing

river, which could only be crossed by means of a fraying rope bridge almost on the point of collapse.

Quite calmly, Tetsuya walked to the middle of the bridge, which swayed ominously; he bowed to something on the other side, loaded the bow just as the stranger had done, lifted it up, brought it back level with his chest and fired. The boy and the stranger saw that a ripe peach, about twenty metres away, had been pierced by the arrow.

'You pierced a cherry, I pierced a peach,' said Tetsuya, returning to the safety of the bank. 'The cherry is smaller. You hit your target from a distance of forty metres, mine was half that. You should, therefore, be able to repeat what I have just done. Stand there in the middle of the bridge and do as I did.' Terrified, the stranger made his way to the middle of the dilapidated bridge, transfixed by the sheer drop below his feet. He performed the same ritual gestures and shot at the peach tree, but the arrow sailed past.

When he returned to the bank, he was deathly pale.

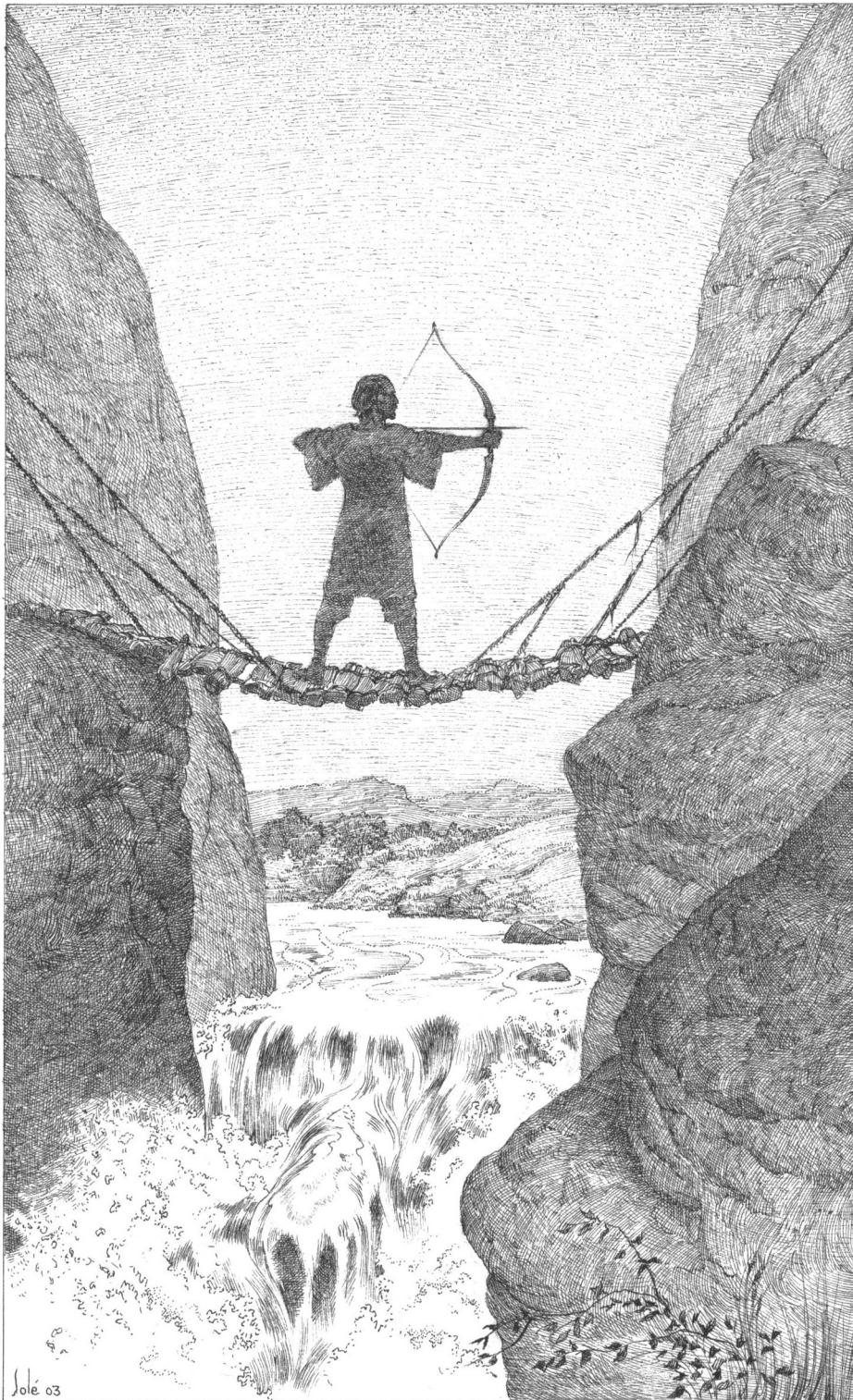
'You have skill, dignity and posture,' said Tetsuya. 'You have a good grasp of technique and you have mastered the bow, but you have not mastered your mind. You know how to shoot when all the circumstances are favourable, but if you are on dangerous ground, you cannot hit the target. The archer cannot always choose the battlefield, so start your training again and be prepared for unfavourable situations. Continue in the way of the bow, for it is a whole life's journey, but remember that a good, accurate shot is very different from one made with peace in your soul.'

The stranger made another deep bow, replaced his bow and his arrows in the long bag he carried over his shoulder, and left.

On the way back, the boy was exultant.

'You showed him, Tetsuya! You really are the best!'

'We should never judge people without first learning to hear and to respect them. The stranger was a good man; he did not humiliate me or try to prove he was better than me, even though he may have given that impression. He



wanted to show off his art and to have it recognised, even though he gave the impression that he was challenging me. Besides, having to confront unexpected trials is all part of the way of the bow, and that was precisely what the stranger allowed me to do today.'

'He said that you were the best, and I didn't even know you were a master archer. So why do you work as a carpenter?'

'Because the way of the bow serves for everything, and my dream was to work with wood. Besides, an archer who follows the way does not need a bow or an arrow or a target.'

'Nothing interesting ever happens in this village, and now suddenly here I am face to face with the master of an art that no one even cares about any more,' said the boy, his eyes shining. 'What is the way of the bow? Can you teach me?'

'Teaching it isn't hard. I could do that in less than an hour, while we're walking back to the village. The difficult thing is to practise it every day, until you achieve the necessary precision.'

The boy's eyes seemed to be begging him to say yes. Tetsuya walked in silence for nearly fifteen minutes and when he spoke again, his voice sounded younger:

'Today I am contented. I did honour to the man who, many years ago, saved my life and, because of that, I will teach you all the necessary rules, but I can do no more than that. If you understand what I tell you, you can use those teachings as you wish. Now, a few minutes ago, you called me master. What is a master? I would say that he is not someone who teaches something, but someone who inspires the student to do his best to discover a knowledge he already has in his soul.'

And as they came down the mountain, Tetsuya explained the way of the bow.

ALLIES

The archer who does not share with others the joy of the bow and the arrow will never know his own qualities and defects.

Therefore, before you begin anything, seek out your allies, people who are interested in what you are doing.

I'm not saying 'seek out other archers'. I'm saying: find people with other skills, because the way of the bow is no different from any other path that is followed with enthusiasm.

Your allies will not necessarily be the kind of dazzling people to whom everyone looks up and of whom they say: 'There's none better.' On the contrary, they are people who are not afraid of making mistakes and who do, therefore, make mistakes, which is why their work often goes unrecognised. Yet they are just the kind of people who transform the world and, after many mistakes, manage to do something that can make a real difference in their community. They are people who can't bear to sit around waiting for things to happen in order to decide which attitude to adopt; they decide as they act, well aware that this could prove highly dangerous.

Living with such people is important for an archer because he needs to realise that before he faces the target, he must first feel free enough to change direction as he brings the bow up to his chest. When he opens his hand and releases the string, he should say to himself: 'As I was drawing the bow, I travelled a long road. Now I release this arrow knowing that I took the necessary risks and gave of my best.'

The best allies are those who do not think like everyone else. That is why when you seek companions with whom you can share your enthusiasm for archery, trust your intuition and pay no attention to what anyone else may say. People always judge others by taking as a model their own limitations, and other people's opinions are often full of prejudice and fear.

Join with all those who experiment, take risks, fall, get hurt and then take more risks. Stay away from those who affirm truths, who criticise those who

do not think like them, people who have never once taken a step unless they were sure they would be respected for doing so, and who prefer certainties to doubts.

Join with those who are open and not afraid to be vulnerable: they understand that people can only improve once they start looking at what their fellows are doing, not in order to judge them, but to admire them for their dedication and courage.

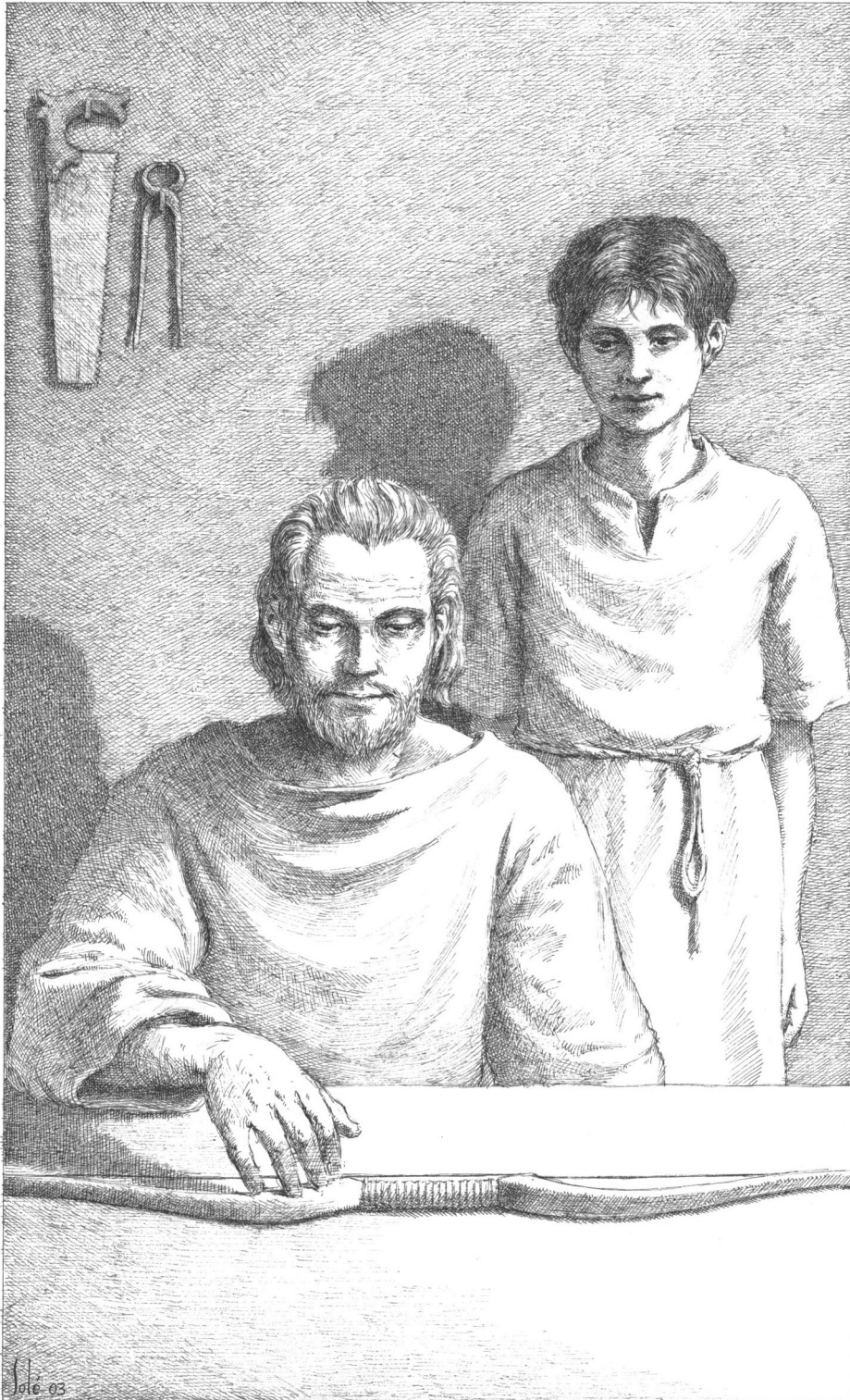
You might think that archery would be of no interest to, say, a baker or a farmer, but I can assure you that they will introduce whatever they see into what they do. You will do the same: you will learn from the good baker how to use your hands and how to get the right mix of ingredients. You will learn from the farmer to have patience, to work hard, to respect the seasons and not to curse the storms, because it would be a waste of time.

Join with those who are as flexible as the wood of your bow and who understand the signs along the way. They are people who do not hesitate to change direction when they encounter some insuperable barrier, or when they see a better opportunity. They have the qualities of water: flowing around rocks, adapting to the course of the river, sometimes forming into a lake until the hollow fills to overflowing, and they can continue on their way, because water never forgets that the sea is its destiny and that sooner or later it must be reached.

Join with those who have never said: 'Right, that's it, I'm going no further,' because as sure as spring follows winter, nothing ever ends; after achieving your objective, you must start again, always using everything you have learned on the way.

Join with those who sing, tell stories, take pleasure in life, and have joy in their eyes, because joy is contagious and can prevent others from becoming paralysed by depression, loneliness and difficulties.

Join with those who do their work with enthusiasm, and because you could be as useful to them as they are to you, try to understand their tools too and how their skills could be improved.



The time has come, therefore, to meet your bow, your arrow, your target and your way.

THE BOW

The bow is life: the source of all energy.

The arrow will leave one day.

The target is a long way off.

But the bow will stay with you, and you must know how to look after it.

It requires periods of inaction - a bow that is always armed and braced loses its strength. Therefore, allow it to rest, to recover its firmness; then, when you draw the bow-string, the bow will be content, with all its strength intact.

A bow has no conscience: it is a prolongation of the hand and desire of the archer. It can serve to kill or to meditate. Therefore, always be clear about your intentions.

A bow is flexible, but it has its limits. Stretching it beyond its capacity will break it or exhaust the hand holding it. Therefore, try to be in harmony with your instrument and never ask more than it can give.

A bow rests or lies in the hand of the archer, but the hand is merely the place where all the muscles of the body, all the intentions of the archer and all the effort of shooting is concentrated. Therefore, in order to maintain elegance of posture while keeping the bow drawn, make sure that every part does only what is necessary and do not dissipate your energies. That way, you will be able to shoot many arrows without tiring.

In order to understand your bow, it must become part of your arm and an extension of your thoughts.



THE ARROW

The arrow is the intention.

It is what unites the strength of the bow with the centre of the target.

The intention must be crystal-clear, straight and balanced.

Once the arrow has gone, it will not come back, so it is better to interrupt a shot, because the movements that led up to it were not sufficiently precise and correct, than to act carelessly, simply because the bow was fully drawn and the target was waiting.

But never hold back from firing the arrow if all that paralyses you is fear of making a mistake. If you have made the right movements, open your hand and release the string. Even if the arrow fails to hit the target, you will learn how to improve your aim next time.

If you never take a risk, you will never know what changes you need to make.

Each arrow leaves a memory in your heart, and it is the sum of those memories that will make you shoot better and better.

THE TARGET

The target is the objective to be reached.

It was chosen by the archer and though it is a long way off, we cannot blame it when we fail to hit it. In this lies the beauty of the way of the bow: you can never excuse yourself by saying that your opponent was stronger than you.

You were the one who chose the target and you are responsible for it.

The target can be larger, smaller, to the right or the left, but you always have to stand before it, respect it and bring it closer mentally. Only when it is at the very end of your arrow should you release the bow-string.

If you view the target as the enemy, you might well hit the target, but you will not improve anything inside yourself. You will go through life trying only to place an arrow in the centre of a piece of paper or wood, which is absolutely

pointless. And when you are with other people, you will spend your time complaining that you never do anything interesting.

That is why you must choose your target, do your best to hit it, and always regard it with respect and dignity; you need to know what it means and how much effort, training and intuition was required on your part.

When you look at the target, do not concentrate on that alone, but on everything going on around it, because the arrow, when it is shot, will encounter factors you failed to take into account, like wind, weight, distance.

You must understand the target. You need to be constantly asking yourself: 'If I am the target, where am I? How would it like to be hit, so as to give the archer the honour he deserves?'

The target only exists if the archer exists. What justifies its existence is the desire of the archer to hit it, otherwise it would be a mere inanimate object, an insignificant piece of paper or wood.

Just as the arrow seeks the target, so the target also seeks the arrow, because it is the arrow that gives meaning to its existence; it is no longer just a piece of paper; for an archer, it is the centre of the world.

POSTURE

Once you have understood the bow, the arrow and the target, you must have the serenity and elegance necessary to learn how to shoot.

Serenity comes from the heart. Although the heart is often tormented by thoughts of insecurity, it knows that - through correct posture - it will be able to do its best.

Elegance is not something superficial, but the way in which a man can do honour to his life and his work. If you occasionally find the posture uncomfortable, do not think of it as false or artificial; it is real because it is difficult.

It allows the target to feel honoured by the dignity of the archer.

Elegance is not the most comfortable of postures, but it is the best posture if the shot is to be perfect.

Elegance is achieved when everything superfluous has been discarded, and the archer discovers simplicity and concentration; the simpler and more sober the posture, the more beautiful.

The snow is lovely because it has only one colour, the sea is lovely because it appears to be a completely flat surface, but both sea and snow are deep and know their own qualities.

HOW TO HOLD THE ARROW

To hold the arrow is to be in touch with your own intention.

You must look along the whole length of the arrow, check that the feathers guiding its flight are well placed, and make sure that the point is sharp.

Ensure that it is straight and that it has not been bent or damaged by a previous shot.

In its simplicity and lightness, the arrow can appear fragile, but the strength of the archer means that it can carry the energy of his body and mind a long way. Legend has it that a single arrow once sank a ship, because the man who shot it knew where the wood was weakest and so made a hole that allowed the water to seep silently into the hold, thus putting paid to the threat of those would-be invaders of his village.

The arrow is the intention that leaves the archer's hand and sets off towards the target, that is, it is free in its flight and will follow the path chosen for it when it was released.

It will be affected by the wind and by gravity, but that is part of its trajectory; a leaf does not cease to be a leaf merely because a storm tore it from the tree.

A man's intention should be perfect, straight, sharp, firm, precise. No one can stop it as it crosses the space separating it from its destiny.

HOW TO HOLD THE BOW

Keep calm and breathe deeply.

Every movement will be noticed by your allies, who will help you if necessary. But do not forget that your opponent is watching you too, and he knows the difference between a steady hand and an unsteady one: therefore, if you are tense, breathe deeply, because that will help you to concentrate at every stage. At the moment when you take up your bow and place it - elegantly - in front of your body, try to go over in your mind every stage that led up to the preparation of that shot. But do this without tension, because it is impossible to hold all the rules in your head; and with a tranquil mind, as you review each stage, you will see again all the most difficult moments and how you overcame them.

This will give you confidence and your hand will stop shaking.

HOW TO DRAW THE BOW-STRING

The bow is a musical instrument, and its sound is made manifest in the string.

The bow-string is a big thing, but the arrow touches only one point on it, and all the archer's knowledge and experience should be concentrated on that one small point.

If he leans slightly to the right or to the left, if that point is above or below the line of fire, he will never hit the target.

Therefore, when you draw the bow-string, be like a musician playing an instrument. In music, time is more important than space; a group of notes on a line means nothing, but the person who can read what is written there can transform that line into sounds and rhythms.

Just as the archer justifies the existence of the target, so the arrow justifies the existence of the bow: you can throw an arrow with your hand, but a bow

without an arrow is no use at all.

Therefore, when you open your arms, do not think of yourself as stretching the bow. Think of the arrow as the still centre and that you are trying to bring the ends of bow and bow-string closer together; touch the string delicately; ask for its co-operation.

HOW TO LOOK AT THE TARGET

Many archers complain that, despite having practised the art of archery for many years, they still feel their heart beating anxiously, their hands shaking, their aim failing. They need to understand that a bow or an arrow can change nothing, but that the art of archery makes our mistakes more obvious.

On a day when you are out of love with life, your aim will be confused, difficult. You will find that you lack the strength to draw the string back fully, that you cannot get the bow to bend as it should.

And when you see that your aim is poor that morning, you will try to find out what could have caused such imprecision; this will mean confronting the problem that is troubling you, but which, up until then, has remained hidden.

The opposite can happen too: your aim is true, the string hums like a musical instrument, the birds are singing all around. Then you realise that you are giving of your best.

Nevertheless, do not allow yourself to be carried away by how you shoot in the morning, whether well or badly. There are many more days ahead, and each arrow is a life in itself.

Use your bad moments to discover what makes you tremble. Use your good moments to find your road to inner peace.

But do not stop either out of fear or joy: the way of the bow has no end.

THE MOMENT OF RELEASE

There are two types of shot.

The first is the shot made with great precision, but without any soul. In this case, although the archer may have a great mastery of technique, he has concentrated solely on the target and because of this he has not evolved, he has become stale, he has not managed to grow, and, one day, he will abandon the way of the bow because he finds that everything has become mere routine.

The second type of shot is the one made with the soul. When the intention of the archer is transformed into the flight of the arrow, his hand opens at the right moment, the sound of the string makes the birds sing, and the gesture of shooting something over a distance provokes - paradoxically enough - a return to and an encounter with oneself.

You know the effort it took to draw the bow, to breathe correctly, to concentrate on the target, to be clear about your intention, to maintain elegance of posture, to respect the target, but you need to understand, too, that nothing in this world stays with us for very long: at a given moment, your hand will have to open and allow your intention to follow its destiny.

Therefore, the arrow must leave, however much you love all the steps that led to the elegant posture and the correct intention, and however much you admire its feathers, its point, its shape.

However, it cannot leave before the archer is ready to shoot, because its flight would be too brief. It cannot leave after the exact posture and concentration have been achieved because the body would be unable to withstand the effort and the hand would begin to shake.

It must leave at the moment when bow, archer and target are at the same point in the universe: this is called inspiration.

REPETITION

The gesture is the incarnation of the verb, that is, an action is a thought made manifest.

A small gesture betrays us, so we must polish everything, think about details, learn the technique in such a way that it becomes intuitive. Intuition has nothing to do with routine, but with a state of mind that is beyond technique. So, after much practising, we no longer think about the necessary movements, they become part of our own existence. But for this to happen, you must practise and repeat.

And if that isn't enough, you must repeat and practise.

Look at the skilled farrier working steel. To the untrained eye, he is merely repeating the same hammer blows.

But anyone who knows the way of the bow, knows that each time he lifts the hammer and brings it down, the intensity of the blow is different. The hand repeats the same gesture, but as it approaches the metal, it understands that it must touch it with more or less force.

So it is with repetition, although it may appear to be the same thing, it is always different.

Look at the windmill. To someone who glances at its sails only once, they seem to be moving at the same speed, repeating the same movement.

But those familiar with windmills know that they are controlled by the wind and change direction as necessary.

The hand of the farrier was trained by repeating the gesture of hammering thousands of times. The sails of the windmill can move fast when the wind blows hard and thus ensure that its gears run smoothly.

The archer allows many arrows to go far beyond the target, because he knows that he will only learn the importance of bow, posture, string and target, by repeating his gestures thousands of time and by not being afraid of making mistakes.

And his true allies will never criticise him, because they know that practise is



necessary, that it is the only way in which he can perfect his instinct, his hammer blow.

And then comes the moment when he no longer has to think about what he is doing. From then on, the archer becomes his bow, his arrow and his target.

HOW TO OBSERVE THE FLIGHT OF THE ARROW

Once the arrow has been shot, there is nothing more the archer can do, except follow its path to the target. From that moment on, the tension required to shoot the arrow has no further reason to exist.

Therefore, the archer keeps his eyes fixed on the flight of the arrow, but his heart rests, and he smiles.

The hand that released the bow-string is thrust back, the hand holding the bow moves forward, the archer is forced to open wide his arms and confront, chest exposed and with a sincere heart, the gaze of both allies and opponents. If he has practised enough, if he has managed to develop his instinct, if he has maintained elegance and concentration throughout the whole process of shooting the arrow, he will, at that moment, feel the presence of the universe and will see that his action was just and deserved.

Technique allows both hands to be ready, breathing to be precise, the eyes to be trained on the target. Instinct allows the moment of release to be perfect. Anyone passing nearby and seeing the archer with his arms open, his eyes following the arrow, will think that nothing is happening. But his allies know that the mind of the person who made the shot has changed dimensions, it is now in touch with the whole universe; the mind continues to work, learning all the positive things about that shot, correcting possible errors, accepting its good qualities, and waiting to see how the target reacts when it is hit.

When the archer draws the bow-string, he can see the whole world in his bow. When he follows the flight of the arrow, that world grows closer to him, caresses him and gives him a perfect sense of duty fulfilled.

Each arrow flies differently. You can shoot a thousand arrows and each one will follow a different trajectory: that is the way of the bow.

THE ARCHER WITHOUT BOW, WITHOUT ARROW, WITHOUT TARGET

The archer learns when he forgets all about the rules of the way of the bow and goes on to act entirely on instinct. In order, though, to be able to forget the rules, it is necessary to respect them and to know them.

When he reaches this state, he no longer needs the instruments that helped him to learn. He no longer needs the bow or the arrows or the target, because the path is more important than the thing that first set him on that path.

In the same way, the student learning to read reaches a point when he frees himself from the individual letters and begins to make words out of them. However, if the words were all run together, they would make no sense at all or would make understanding extremely hard; there have to be spaces between the words.

Between one action and the next, the archer remembers everything he has done, he talks with his allies, he rests and is content with the fact of being alive.

The way of the bow is the way of joy and enthusiasm, of perfection and error, of technique and instinct.

But you will only learn this if you keep shooting your arrows.

By the time Tetsuya stopped talking, they had reached the carpentry workshop.

'Thank you for your company,' he said to the boy.

But the boy did not leave.

'How can I know if I'm doing the right thing? How can I be sure that my eyes are concentrating, that my posture is elegant, that I'm holding the bow correctly?'

'Visualise the perfect master always by your side and do everything to revere

him and to honour his teachings. This master, whom many people call God, although some call him 'the thing' and others 'talent', is always watching us. He deserves the best.

Remember your allies too: you must support them, because they will help you at those moments when you need help. Try to develop the gift of kindness: this gift will allow you to be always at peace with your heart. But, above all, never forget that what I have told you might perhaps be words of inspiration, but they will only make sense if you experience them yourself.'

Tetsuya held out his hand to say goodbye, but the boy said:

'One other thing, how did you learn to shoot a bow?'

Tetsuya thought for a moment: was it worth telling the story? Since this had been a special day, he opened the door to his workshop and said:

'I'm going to make some tea, and I'm going to tell you the story, but you have to promise the same thing I made the stranger promise - never tell anyone about my skill as an archer.'

He went in, put on the light, wrapped his bow up again in the long strip of leather and placed it out of sight. If anyone stumbled upon it, they would think it was just a piece of warped bamboo. He went into the kitchen, made the tea, sat down with the boy and began his story.

'I was working for a great nobleman who lived in the region; I was in charge of looking after his stables. But since my master was always travelling, I had a great deal of free time, and so I decided to devote myself to what I considered to be the real reason for living: drink and women.

One day, after several nights without sleep, I felt dizzy and collapsed in the middle of the countryside, far from anywhere. I thought I was going to die and gave up all hope. However, a man I had never seen before happened to pass along that road; he helped me and took me to his house - a place far from here - and nursed me back to health during the months that followed. While I was recovering, I used to see him set out every morning with his bow and arrows.

When I felt better, I asked him to teach me the art of the bow; it was far more

interesting than looking after horses. He told me that my death had come a great deal closer, and that now I could not drive it away. It was just two paces away from me, for I had done great physical harm to my body.

If I wanted to learn, it would only be in order to keep death from touching me. A man in a far-off land, on the other side of the ocean, had taught him that it was possible to avoid for some time the road that led to the precipice of death. But in my case, for the rest of my days, I needed to be aware that I was walking along the edge of this abyss and could fall into it at any moment.

He taught me the way of the bow. He introduced me to his allies, he made me take part in competitions, and soon my fame spread throughout the land.

When he saw that I had learned enough, he took away my arrows and my target, leaving me only the bow as a souvenir. He told me to use his teachings to do something that filled me with real enthusiasm.

I said that the thing I liked most was carpentry. He blessed me and asked me to leave and to devote myself to what I enjoyed doing most before my fame as an archer ended up destroying me, or led me back to my former life.

Every second since then has been a struggle against my vices and against self-pity. I need to remain focused and calm, to do the work I chose to do with love, and never to cling to the present moment, because death is still very close, the abyss is there beside me, and I am walking along the edge.'

Tetsuya did not say that death is always close for all living beings; the boy was still very young and there was no need for him to think about such things.

Tetsuya did not say either that the way of the bow is present in any human activity.

He merely blessed the boy, just as he had been blessed many years before, and asked him to leave, because it had been a long day, and he needed to sleep.



Acknowledgments

Eugen Herrigel, for his book Zen in the Art of Archery. (Ed. Pensamento)

*Pamela Hartigan, Managing Director of the Schwab Foundation for Social Entrepreneurship, for
describing the qualities of allies.*

Dan and Jackie DeProspero, for their book about Onuma-san, Kyudo. (Budo Editions, France)

Carlos Castaneda, for his description of the encounter between death and the nagual Elias.

